

Dónde enterré a Fabiana Orquera

Cristian Perfumo



Dónde enterré a Fabiana Orquera

Cristian Perfumo

www.cristianperfumo.com

Copyright Cristian Perfumo 2014
Kindle edition

**A Angelita,
a quien siempre vi con un libro en las manos.**

1 — LA CARTA

Cuando encontré la carta, yo de Fabiana Orquera sabía lo que cualquiera en Puerto Deseado. Sabía que hacía muchísimos años se había ido a pasar un fin de semana romántico con un tipo, y que nunca más se supo de ella. Sabía que al tipo en cuestión, casado y candidato a intendente del pueblo, lo habían encontrado tirado en el suelo, inconsciente y empapado en sangre. Sabía que la sangre no era de él ni de ella, y que todo esto había sucedido en una casa cuyo vecino más cercano estaba a quince kilómetros.

La misma casa en la que, años después, yo pasaría casi todos los veranos de mi vida.

A los meses de la desaparición habían juzgado al tipo. Y aunque lo declararon inocente por falta de pruebas, el juicio le costó la candidatura en las elecciones. Eso era todo lo que yo conocía sobre Fabiana Orquera cuando encontré aquel sobre amarillento y ajado.

Al menos esos eran los hechos. Porque conjeturas había una por cada habitante de Puerto Deseado. Que si un rito satánico, que si no era la primera vez que el tipo hacía desaparecer a alguien. O que si la esposa... porque ya se sabe cómo son las que tienen cara de mosquita muerta.

Volviendo a la carta, la descubrí por pura casualidad. Acababa de llegar a la estancia Las Maras tras una hora y media de viaje desde Puerto Deseado. Después de convidarme unos mates, Dolores y Carlucho, tan amigos de mis viejos que eran casi mis tíos, me indicaron en cuál de las cinco habitaciones de la casa dormiría yo ese verano.

Me tocó una de las más grandes. Una cómoda de madera maciza que hubiera valido una fortuna en un anticuario y un espejo sobre ella ocupaban la mayor parte de una de las paredes. En sus cajones, vacíos salvo por algunas bolitas de naftalina, fui guardando la ropa de abrigo que había llevado para pasar el verano en aquella casa en el medio de la Patagonia. Abrí el cajón más bajo y puse en él toda la ropa interior que había traído. Al cerrarlo, descubrí la esquina de un papel amarillento asomando por debajo de la cómoda.

Era un sobre viejo. Con letra larga y apretada, alguien había escrito hacía mucho tiempo la frase “A quien lo encuentre”. Como único indicio del remitente, en el dorso había un lacre rojo con un sello circular.

Sin estar demasiado seguro de que fuera una buena idea, lo abrí y extraje una cuartilla de papel fino y quebradizo, escrito con la misma caligrafía.

Estancia Las Maras, Noviembre de 1998

Fueron casi dieciséis años de silencio absoluto, y dieciséis años es mucho tiempo. Ya no queda ningún motivo para ocultarlo: Raúl lleva muerto casi un año y a mí no sé cuánto hilo me queda en el carretel.

Por eso decidí contar quién soy y dónde enterré a Fabiana Orquera.

La respuesta está al alcance de todos, en las páginas que nadie lee ni recuerda.

NN

Para cuando terminé de leerla por tercera vez, el corazón me latía con fuerza. Mientras caminaba por la habitación, me pregunté una y otra vez quién era NN, qué habría hecho con Fabiana Orquera y a qué se refería con que la respuesta estaba al alcance de todos.

Entonces alguien abrió la puerta de la habitación.

2 — LAS MARAS

—Cenamos en cinco minutos, Nahuel —me dijo Dolores Nieves, asomando la cabeza.

—Gracias, Lola. Ahora voy.

—No tardes, que ya sabés cómo se pone Carlucho —dijo, y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Miré el reloj. Casi las diez de la noche, y a la luz del día todavía le quedaba un buen rato. Por la ventana vi el sol enorme que empezaba a esconderse, alargando las pocas sombras de la meseta patagónica. Una pequeña construcción de piedra a la que llamábamos la Cabaña y un molino eran lo único que se erigía a más de medio metro del suelo. El resto era tierra gris y matas bajas entre mi ventana y el horizonte.

Metí la carta en el sobre y la dejé en el cajón junto con mi ropa interior, calculando que habían pasado más de catorce años desde que NN la había escrito. Desde noviembre de 1998 hasta enero de 2013.

El dos de enero de 2013, para ser precisos. La primera vez en muchos años que mi familia y los Nieves, dueños de Las Maras, no pasaban juntos las fiestas de fin de año. A mi viejo le había dado un preinfarto en noviembre y el médico le había recomendado que se quedara en el pueblo, cerca del hospital. A pesar de las protestas, entre mi mamá y yo lo obligamos a pasar la navidad y el fin de año en casa, aunque significara romper con una tradición que tenía más años que yo.

Eso hizo que las fiestas ese año fueran las más raras de mi vida. Estaba acostumbrado a pasarlas con mis padres, sí, pero no en su casa. No en Puerto Deseado, brindando con los vecinos. Para mí el año nuevo significaba que a las doce y cinco nuestros fuegos artificiales fueran los únicos en el cielo. Que cuando los platitos con garrapiñadas quedaban medio vacíos, la enésima chacarera la cantaran Carlucho y mi viejo, borrachos y abrazados. Y que a las cuatro de la mañana nos diéramos cuenta de que se estaba haciendo de día y cerráramos las cortinas para seguirla un rato más.

Fue justamente esa nostalgia la que causó que el mediodía de ese dos de enero, cuando terminamos por fin con las sobras de la cena de fin de año, decidiera ir a Las Maras a visitar a los Nieves. Sabía que no sería lo mismo que pasar las fiestas con ellos, sobre todo porque la mayoría de los veintipico que celebraban el año nuevo allí ya estarían de vuelta en sus casas. Los únicos que se quedarían, como siempre, hasta bien entrado enero serían Carlucho y Dolores Nieves. Así y todo, quise ir a pasar unos días con ellos en el campo, sin teléfono, ni Internet, ni un solo nene que me gritara “hola profe” por la calle.

Fue así como, después del postre y de tomar unos mates con mis viejos, abrí la puerta del Fiat Uno y tiré el asiento del conductor hacia adelante. Mi perro Bongo se sacudió el pelaje negro, pegó un ladrido mirándome con su cara cruzada por cicatrices y se subió de un salto. Hicimos los ochenta kilómetros desde Deseado a Las Maras mientras Charly García y yo cantábamos todas las canciones de Casandra Lange.

3 — PABLO

Como cada año en esa época, unos tablones apoyados sobre caballetes de madera duplicaban la longitud de la mesa de comedor. Los cuatro comensales se agrupaban en una punta. Carlucho Nievas estaba sentado en la cabecera, y a su derecha su esposa Dolores me hacía señas para que me apurara. Frente a ella, Valeria, la única hija del matrimonio, coqueteaba con su nuevo novio.

—Dale Nahuel, que se enfría —dijo Carlucho al verme aparecer en el comedor.

Me senté al lado de Dolores, justo enfrente del novio de Valeria.

—Perdón por darles de comer recalentado, pero esto no lo vamos a tirar —dijo Carlucho, señalando sobre la mesa una fuente en la que apenas cabía una paleta de cordero—. Sobró del asado que hicimos al mediodía para despedir a los últimos parientes.

—¿Qué dice, Carlos? Si me sirven esto en un restaurante y me cobran un ojo de la cara, dejo el otro de propina —dijo el novio de Valeria.

El comentario me pareció bastante pelotudo. Sin embargo, encontré normal que el pibe aprovechara cualquier oportunidad de anotarse un punto con sus futuros suegros. Después de todo, había manejado trescientos cincuenta kilómetros, sesenta de ellos de ripio, desde Comodoro Rivadavia para conocer a los padres de Valeria.

—Los piropos guardalos para mi hija —respondió Carlucho, hundiendo un cuchillo de hoja ancha en la pata de cordero.

El novio —Pablo se llamaba— empezó a murmurar algo como disculpándose, pero lo interrumpió la carcajada ronca de Carlucho, que terminó de separar un trozo de carne del hueso y se lo puso a Pablo en el plato.

—Ya te dije como es mi papá —dijo Valeria riendo, y lo besó en la mejilla.

Desvié la vista, simulando interés en la comida.

Carlucho continuó sirviendo carne hasta que todos tuvimos un trozo. Dolores nos llenó los vasos con torrónes salteño y empezamos a comer.

La conversación transcurrió casi todo el tiempo en torno a las preguntas que Pablo hacía a Carlucho sobre el funcionamiento del campo. Cuántas ovejas por hectárea, cuánta lana por oveja y los silencios entre medio para las multiplicaciones pertinentes. A la hora del postre —sobras de tiramisú y *lemon pie*—, Pablo ya tenía suficiente información para saber que con Valeria había que estar por amor. El único interés que tendría cabida en esa relación era el que se llevaba el banco.

—Vale nos contó que te dedicás a la informática. ¿Arreglás computadoras? —preguntó Dolores a su futuro yerno.

—No exactamente. Desarrollo *software*.

Carlucho y Dolores lo miraron sin pestañear.

—Hace programas que se ejecutan en una computadora. Como el Word —traduje.

—Gracias, Nahuel —dijo Pablo—. Trabajo para la empresa más grande de Comodoro en el área. La mayoría de nuestros clientes son petroleras.

—¿Y te gusta? —pregunté.

Me miró desconcertado.

—No me quejo. Se trabaja mucho, pero es una de las empresas que mejor paga a los programadores en el país. ¿Y vos, Nahuel, a qué te dedicás?

—Soy maestro.

—¿De escuela? —me preguntó, como si no hubiera entendido bien.

—Sí, de segundo y tercer grado. Nenes de siete y ocho años.

Pablo se llevó a la boca la cuchara colmada de postre. Cuando la sacó, perfectamente limpia, la usó para apuntarme.

—¿Te soy sincero? Yo no podría.

Gracias por el dato, pensé. Revelador.

—No es para cualquiera —intervino Dolores, que se había jubilado como directora de la escuela donde yo trabajaba—. Los chicos son difíciles, y hasta crueles a veces. Si no los mantenés entretenidos, alpiste perdiste. Pero Nahuel tiene una pasta impresionante. Lo adoran.

—¿No estarás un poquito condicionada porque me querés mucho vos?

—¿Un poquito condicionada? —saltó Valeria, y después agregó con voz aguda—. “¿Qué querés comer hoy, Nahuelito?” “No, dejá, no te levantes, que te llevo el mate a la cama”.

—Es que es difícil no quererlo a éste. Es el hijo varón que nunca tuve —le comentó a Pablo y me pegó una palmada suave detrás de la cabeza.

Mientras él asentía con una sonrisa, la mirada de Valeria y la mía se cruzaron por un segundo. Intenté tragar, pero no pude.

—O sea que un señor maestro y un tipo querido.

—Y además, escritor —agregó Dolores sin darme tiempo a abrir la boca.

—No me digas, ¿en serio?

—A ver, todo lo que te diga ella, tomátele como si viniese de mi mamá. Soy un maestro normal y corriente. Esa es mi profesión. Lo de escribir es más un *hobby* que otra cosa. Pero de ahí a...

—¿Novelas? —me interrumpió Pablo.

—No, eso me sería imposible. Tengo cero imaginación. Si tuviera que ponerle un nombre a lo que hago, es más periodismo que escritura. De vez en cuando publico una sección en El Orden, el diario de Deseado.

—Algo más que un aficionado, entonces. ¿Y de qué es la sección?

—Es difícil definirla, la verdad. Sería periodismo de investigación, pero a nivel pueblo. Por ejemplo, en octubre escribí dos páginas con la historia de cómo un terreno que estaba destinado a ser la plaza de un barrio se convirtió en locales comerciales tras una noche de póquer entre un concejal y sus amigos.

—“La plaza de los otros juegos” —dijo Carlucho.

—Así es como se llamó el artículo y así es como la gente del pueblo llama ahora a esa zona, que nunca llegó a ser plaza —añadió Dolores.

—O sea que lo de un tipo querido, depende a quién le preguntes —concluyó Pablo.

—Totalmente. Hay un montón de gente en el pueblo que no me puede ni ver. Es bastante entendible, la verdad. Cuando uno se dedica a sacar trapitos al sol en un lugar así de chico, es inevitable caerle mal a más de uno. De hecho, de vez en cuando recibo alguna que otra amenaza. Mensajes en el teléfono, sobre todo.

—¿Y no te da un poco de miedo? —preguntó Pablo.

—Miedo, no. Me cuido, eso sí. Si me amenazan, automáticamente a la semana siguiente los escracho en la columna. Si sé quiénes son, lo hago con nombre y apellido, y si no, transcribo el mensaje que me hayan dejado y hago una carta abierta.

—O los vas a buscar a la casa y te agarrás a las trompadas —apuntó Valeria.

—Esos fueron casos puntuales en los que perdí los estribos. En general me limito a escracharlos. Una vez que hay una denuncia pública, ¿te pensás que se van a animar a hacerme algo? Además, no todo lo que publico es así de polémico.

—Es un *hobby* mucho más arriesgado que el mío. Soy numismático. Las monedas son bastante más inofensivas.

—¿Y ya tenés pensada la próxima historia, Nahuel? —preguntó Valeria.

—Tengo ganas de escribir sobre Fabiana Orquera. Se me ocurrió hace poco.

Menos de una hora para ser exactos, pero eso preferí no decirlo.

Al escuchar el nombre de Fabiana Orquera, los padres de Valeria dejaron de masticar.

—¿Café? —preguntó Dolores.

Todos dijimos que sí.

4 – LA DESAPARICIÓN

—Fabiana Orquera —explicó Valeria a Pablo— es una mujer que desapareció en esta casa a principios de la década del ochenta.

—Marzo de mil novecientos ochenta y tres —precisó Carlucho.

—¿Cómo que *desapareció*?

—Yo tenía la edad de ustedes y acababa de hacerme cargo de este campo —nos dijo Carlucho—. Mi madre había muerto hacía poco y mi papá, que tenía cerca de setenta años, ya no estaba para quedarse solo en esta casa. Si le llegaba a pasar algo, estaba a quince kilómetros del vecino y a ochenta del hospital. Así que lo convencí para que se viniera a Deseado.

—¿Y no se quedó nadie en la estancia?

—Sola no se puede dejar —rió Carlucho—. Y yo no me podía mudar para acá porque me iba bastante bien en Deseado con el taller mecánico, así que contraté a un mensual para que mantuviera el campo. Yo vendría todos los fines de semana que pudiera para supervisar y ayudar.

—¿Y alcanza con una sola persona para mantener un campo de veinte mil hectáreas?

—Para las tareas de mantenimiento, sí. Un tipo con experiencia basta y sobra para rodear ovejas, revisar alambrados, cuidar la casa. Ahora, para los trabajos más pesados, como la esquila o la señalada, siempre se contrata más gente. De hecho, lo seguimos haciendo así desde hace treinta años.

Pablo no parecía del todo satisfecho con la respuesta. Supuse que para alguien que no había estado nunca en un campo de la Patagonia era imposible imaginarse que en una superficie del tamaño de un país pequeño pudiera vivir una única persona. Y mucho menos, que su medio de transporte fuera un caballo.

—Como al mensual lo instalamos en la casita esa que está del otro lado de los tamariscos, ésta quedó vacía. Entonces se me ocurrió que los fines de semana que yo no viniera, podía alquilarla para sacar unos pesos extra.

—¿Pero eso funciona en un lugar como éste? —preguntó Pablo—. Deseado está a ochenta kilómetros, y Comodoro, casi a trescientos. ¿Qué tipo de gente alquila una casa en el medio de la nada?

—Yo también tenía esa duda la primera vez que puse el anuncio en El Orden, hace treinta y pico de años. Y resulta que, casi sin querer, descubrí que había mucha gente casada interesada en alquilarla.

—¿Matrimonios? —preguntó Pablo.

—Más bien uno de cada matrimonio —corrigió Carlucho.

Pablo miró a Valeria, desconcertado.

—A ver, amor, imagínate que vivís en un pueblo en el que todo el mundo sabe vida y obra del vecino. Imagínate además que estás casado y le estás metiendo los cuernos a tu mujer. Si vas a la casa de tu amante, alguien te va a ver seguro. A un hotel no podés ir, porque si el recepcionista no te conoce a vos, conoce a algún pariente tuyo. ¿Qué hacés?

—Me voy a pasar un fin de semana con mi amante a Comodoro.

—Estás pensando como alguien de la *city* —rió Valeria—, no como alguien de pueblo. Comodoro está lleno de deseadenses. No te olvides que somos un pueblo chiquito, sin universidad, sin grandes tiendas de ropa y, hasta hace poco, sin oculista. ¿Y dónde vamos cuando necesitamos todo eso? A Comodoro..

—O sea que usted alquilaba esta casa para aventuras extramatrimoniales.

—No. Yo alquilaba esta casa para que la gente viniera a pasar unos días en el campo y no le hacía preguntas a nadie.

—¿Y qué pasó con Fabiana Orquera, Carlucho? —intervine para reencauzar la conversación.

—Raúl Báez vino a verme una tarde al taller y me preguntó si le podía alquilar la casa para el fin de semana siguiente. Le respondí que no, porque tenía planeado venir yo. De hecho me iba a acompañar tu viejo —añadió mirándome—. Íbamos a venir a cazar guanacos y pescar en Cabo Blanco. En esa época éramos solteros, aunque él ya noviaba con tu mamá y Dolores y yo estábamos a punto de casarnos.

Mi padre y Carlucho eran amigos de toda la vida. Se habían conocido al empezar la escuela —la misma a la que había ido yo y en la que ahora trabajaba—. Sesenta y cinco años más tarde, todavía les quedaban ganas de seguir viéndose las caras. Mi viejo, jubilado hacía años, iba dos o tres veces por semana a tomar mate al taller. Y de no ser por el preinfarto, el día en que Carlucho se disponía a contarnos la historia de Fabiana Orquera mi papá habría estado junto a él en Las Maras, ayudándole a vaciar la botella de torrontés.

—Pero Báez insistió. Me dijo que necesitaba que fuera ese fin de semana sí o sí y se ofreció a pagarme el doble.

—Típico del que tiene guita de sobra —agregó Pablo.

—No. No era esa la actitud del tipo. Fue más bien la de alguien desesperado que te pide un favor.

—¿Te dijo para qué quería la casa? —preguntó Valeria.

—Esa era la pregunta que yo había aprendido a no hacer. Simplemente le dije que sí y acepté el doble. De hecho —dijo bajando la voz hasta un tono casi imperceptible—, con ese dinero compré...

Levantó la mano izquierda para mostrarnos la palma. Con el pulgar señaló la alianza de oro en su dedo grueso.

—Pero ese detalle mejor no lo escribas, Nahuel, porque a Dolores no le gusta que lo mencione.

—No es que no me guste que lo menciones —la voz de la mujer se oyó desde un rincón del comedor y su figura regordeta apareció con cinco tazas humeantes sobre una bandeja—. Lo que no me gusta es que relaciones estas alianzas, que simbolizan toda una vida juntos, con algo tan feo. Si no te hubiera pagado ese día Báez en el taller, habría aparecido cualquier otro a alquilar la casa o a que le arreglaras el coche, ¿o no? Y las alianzas las habrías comprado igual.

—Por supuesto que sí, mujer —dijo Carlucho, sonriéndole a Dolores—. Volviendo al tema, Báez me dijo que pasaría el fin de semana en la casa y que el lunes me dejaría la llave en un buzoncito que yo tenía en el taller. Yo tuve que hacer un viaje a Comodoro y cuando volví, el martes al mediodía, el buzón estaba vacío. Pensando que se habría olvidado, me fui para su casa y cuando golpeé la puerta me abrió la esposa con los ojos hinchados de llorar. Al reconocermme, empezó a pegarme con las manos cerradas, llorando y gritando que todo había sido culpa mía.

—¿Báez estaba casado con otra? —preguntó Pablo.

—Ya te dije. Casi todos los que me alquilaban estaban casados con otra.

—¿Y qué le dijiste a la mujer? —quise saber.

—Nada, ¿qué le iba a decir? Le pedí que se calmara y que me explicara lo que había pasado. Pero la señora no hacía más que llorar y gritarme que Báez estaba preso por culpa mía. En su cabeza, si yo no le hubiera alquilado a su marido para que se fuera con otra, nada de lo que vino después habría sucedido.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntó Pablo.

Carlucho se levantó de su silla y con un gesto nos indicó que lo siguiéramos.

5 – LA ESCENA DEL CRIMEN

Un minuto más tarde estábamos todos en la cocina.

—Según Báez, ese domingo él y Fabiana Orquera se levantaron, desayunaron y salieron a caminar por el campo.

—Que yo no digo que no sea verdad —interrumpió Dolores, que se disponía a lavar los platos—, pero con el viento que hubo ese fin de semana en Deseado, me cuesta creerlo.

Carlucho levantó los hombros antes de hablar, como quien ya está cansado de pelear la misma batalla.

—Según su historia, que ya nadie puede saber si es cierta o no, desayunaron y salieron a pasear. Al volver a la casa, Báez fue a buscar carne que el mensual le había dejado preparada en la carnicería.

—La carnicería es el cuartito donde se carnean los corderos y se los deja colgados para que se oreen —dijo Valeria, adelantándose a la pregunta de su novio.

—Ahora no se ve porque es de noche, pero esa ventana da a un caminito de piedras —continuó Carlucho, señalando el vidrio enorme que nos reflejaba como un espejo negro—. Bordeándolo, hay una hilera de tamariscos de unos treinta metros más o menos. Cuando se terminan esos árboles, si girás a la derecha y caminás unos veinte metros más, está la casa del mensual.

—Y atrás de ella, la carnicería —agregó Valeria.

—Báez declaró que antes de desaparecer detrás de los tamariscos se volvió para tirarle un beso a Fabiana, y que ella lo miraba por esta ventana mientras preparaba algo para picar. Dijo que tras saludarla, se perdió detrás de los árboles y a los pocos metros sintió un golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento. Cuando se despertó estaba de nuevo en esta casa, en la vieja despensa.

—Todo esto, según él —acotó Dolores, que seguía lavando los platos.

—Según él —aceptó Carlucho y abrió una puerta de madera en la cocina.

Encendió la luz, invitándonos a entrar en una pequeña habitación en la que apenas cabían dos camas. Reconocí sobre ambas las mantas de lana tejidas a croché bajo las cuales había dormido más de un verano. Era, con diferencia, la habitación más fría de la casa. De sus años como despensa todavía conservaba estantes en dos de las cuatro paredes y ganchos de hierro colgando del techo.

—A partir de acá, su declaración y la del mensual son idénticas. Cuando Báez se despertó, estaba tirado ahí.

Señaló con el dedo el suelo en la entrada de la habitación.

—Alcides, el mensual, le pegaba en la cara con la mano abierta. Al incorporarse, lo primero que

notó fue que estaba prácticamente bañado en sangre y que junto a él había un cuchillo enorme, también manchado.

—¿Lo apuñalaron? —preguntó Pablo.

—No, no tenía ni un rasguño —dijo Dolores desde la cocina.

—La sangre no era de él —agregó Carlucho.

—Entonces tenía que ser de Fabiana Orquera —sugirió Pablo—. Báez la podría haber matado y, después de deshacerse del cuerpo, fingir un ataque sabiendo que el mensual tarde o temprano lo encontraría. O quizás era inocente y quienes lo atacaron asesinaron a Fabiana Orquera y empararon a Báez en su sangre para inculparlo.

—Ni una cosa ni la otra —dijo Carlucho—. Más tarde la policía comprobó que la sangre tampoco era de Fabiana Orquera.

—¿Había pruebas de ADN en esa época? —preguntó Pablo.

—No sé —dijo Carlucho—, pero en este caso no hizo falta. Era sangre de oveja. El mensual después declaró que en la carnicería había un cordero degollado sobre el banco para carnear. Estaba sin cuerear y no le habían abierto la panza para sacarle las vísceras. Solamente le habían hecho un tajo en la garganta.

—¿Y qué más descubrió la policía? —quiso saber Pablo.

—Nada más. Durante varios días la casa pareció una película yanqui. No me dejaban entrar ni a mí. Al cabo de una semana concluyeron que era como si la chica se hubiera esfumado. Hasta perros trajeron, pero no la pudieron rastrear. Me acuerdo que se la pasaban, pobres bichos, peleándose con los ovejeros de Alcides.

—¿Y esto en qué año dice que pasó, don Carlos?

—En el ochenta y tres.

—Plena dictadura militar —dijo Pablo.

—Fines de la dictadura militar —corregí—. Las elecciones fueron en octubre y esto pasó en marzo.

—¿Y no puede ser que a Fabiana Orquera la hicieran desaparecer los militares?

—Puede ser —intervine—. Después de todo, los milicos se chuparon como a treinta mil personas.

Recordé las veces que mi tío Hernando, el hermano de mi madre, me había contado los horrores de haber estado preso durante la dictadura en el setenta y siete. Él tuvo suerte y lo largaron a los tres meses, pero de su novia y dos compañeros de la universidad nunca se supo nada más.

—Mucho menos —dijo Pablo—. Son tantos los que dicen treinta mil como los que dicen siete mil.

—Perdoname, pero para mí los que dicen siete mil son unos fascistas —dije sin pensar.

—Con tu misma lógica, para mí los que dicen treinta mil son unos zurdos que siempre están en contra de todo.

—*Okey* —intervino Valeria—. Acá no estamos para hablar de política.

—Esto no es política —corregí—. Es la historia de uno de los genocidios más grandes del país.

—No importa qué título tenga, Nahuel —insistió Valeria—. Estamos hablando de Fabiana Orquera.

—¿Pero puede ser o no que esta mujer fuera uno de los subversivos que los militares querían limpiar? —preguntó Pablo.

—No creo —concluyó Carlucho—. Yo tuve un amigo al que lo chuparon los milicos. La forma en la que desapareció esta chica no concuerda para nada con cómo se movían ellos. Los militares te iban a buscar a tu casa y ponían todo patas para arriba. Buscaban pruebas, libretas de contactos, información. Lo que sea. Pero a la casa de Fabiana Orquera no fue nadie, y acá no tocaron nada. Y después está la sangre de cordero, eso sí que no encaja de ninguna forma.

—Además la mayoría de los desaparecidos de la dictadura fueron detenidos entre el setenta y seis y el setenta y ocho —dije a Pablo—. Tengo varios libros sobre el tema en casa. Si querés te presto uno.

Valeria me fulminó con la mirada.

—¿Y la familia de Fabiana Orquera lo culpó a usted también, como lo hizo la mujer de Báez? —preguntó Pablo, haciendo de cuenta que no me había oído.

—No, porque Fabiana Orquera llevaba apenas un año en Deseado y no tenía ningún familiar en el pueblo. Era de Entre Ríos y, según lo que supe en el juicio, la policía no pudo encontrar a ningún pariente suyo allá tampoco.

—¿Y nadie la reclamó nunca?

—El único que hizo la denuncia por desaparición en todo el país fue el propio Báez.

—De cualquier forma, en esa época no creo que las denuncias por desaparición tuvieran demasiada importancia.

Carlucho negó con la cabeza.

—Ni siquiera años después, cuando volvió la democracia y se abrieron las listas de personas desaparecidas. Ningún familiar preguntó por ella, jamás. Me lo confirmó muchos años después el fiscal del caso, ya retirado. Vino al taller para que le arreglara el auto.

—Era la víctima perfecta —observó Pablo—. Sin familia y recién llegada de la otra punta del país.

El ruido del agua corriendo cesó y Dolores apareció en el cuartito secándose las manos con un trapo. Puso un brazo alrededor del cuello de su marido y Carlucho bostezó instantáneamente. Valeria también abrió la boca grande, pero no pudo saber si su bostezo era real o fingido.

—Mejor vamos a dormir así mañana aprovechamos el día —dijo, dándole un beso rápido en la boca a su novio—. No nos despiertes muy temprano, papi, que a Pablo no le gusta madrugar.

—¿Temprano? Temprano se despierta el mensual, que a las cuatro y media está arriba con el primer rayo del sol.

—Vamos —dijo Valeria riendo, y besó de nuevo a su novio.

—¿Y en qué habitación durmieron Fabiana Orquera y Báez ese fin de semana? —preguntó Pablo.

—No tengas miedo, que no fue en la nuestra —rió su novia.

—No. Fue en la de Nahuel.

6 — SOBRE NUESTRAS CABEZAS

—Antes de que nos vayamos a dormir, don Carlos —dijo Pablo cuando Carlucho puso el dedo sobre el interruptor de la luz de la despensa—. Usted mencionó un juicio. ¿Estuvo preso Báez?

—Lo absolvieron —dijo Dolores con un gesto amargo.

—Por falta de pruebas —agregó Carlucho.

—Es cierto. Nunca se pudo probar que hubiese sido él quien hizo desaparecer a esa chica. Tampoco que no lo hubiese hecho.

—Eso le arruinó la carrera política, ¿no? —intervine, recordando un artículo que había leído hacía un par de años en el archivo de El Orden, mientras buscaba información para escribir una historia en mi columna.

—¿Era político? —se sorprendió Pablo.

—Candidato a intendente —respondió Carlucho—. Pero en las elecciones del ochenta y tres se tuvo que bajar, porque estaba en pleno juicio. Años más tarde se volvió a presentar, pero sacó una cantidad de votos muy baja. Yo si tengo que tomar partido creo que el tipo era inocente, porque después del juicio se quedó en el pueblo, siguió trabajando, se volvió a presentar para intendente. No sé qué habrá hecho para convencer a los del partido de ser el candidato, porque en el pueblo una vez que te hacen la cruz...

—La mayoría en Deseado, yo incluida, cree que fue él quien la mató —interrumpió Dolores—. Y muchos de los que lo consideraron inocente del delito, condenaron que hubiera engañado a la mujer diciéndole que ese fin de semana se iba a una reunión del partido en Río Gallegos.

—Y después vinieron los mil rumores sobre lo que había pasado —dijo Carlucho.

—Si los chimentos se pudieran exportar, seríamos una potencia mundial —añadió Valeria.

—Con este tema, hubo de todo —rió Carlucho—. No faltaron los que aseguraron que yo tuve algo que ver, por ejemplo.

—A pesar de que cientos de personas te vieron todo el fin de semana en las carreras de Fiat 600 y de que el lunes estuviste en Comodoro —completó Dolores.

—Es cierto. Y con el tema de la sangre, no sabés la de historias que se inventaron. Que si un rito satánico, que si juegos sexuales morbosos. A mí una vieja me llegó a decir que siempre había sabido que Báez era un vampiro.

—Pero esa era la loca Azcuénaga, que no se la tomaban en serio ni sus hijos —rió Dolores, que seguía abrazada a su marido—. Lo mismo que el viejo Logan, que lo más cerca que estuvo en su vida de acá fue Cabo Blanco y así y todo sostuvo, hasta el día que se murió, que la casa había quedado embrujada con el fantasma de Fabiana Orquera.

—Eso debe haber perjudicado el negocio, ¿no, don Carlos?

—Un poco, la verdad. Después de que pasó todo eso dejamos de alquilar esta casa. Nos gastamos todos los ahorros en rehabilitar la vivienda del segundo mensual, que llevaba décadas abandonada, y empezamos a alquilar ésa. Así que los más supersticiosos perdieron el miedo.

Carlucho volvió a bostezar.

—Y eso es todo lo que sé sobre Fabiana Orquera.

—Y este hombre, Báez, ¿vive todavía? —quiso saber Pablo.

Un silencio incómodo invadió la despensa.

—No. La cosa terminó mal. Se ahorcó en el noventa y ocho, el día que se cumplían quince años de la desaparición de Fabiana Orquera.

Los ojos de Carlucho se dirigieron al techo y luego se cruzaron con los míos. Me bastó un segundo para entender que prefería no avanzar más con esa parte de la historia.

A las apuradas, el matrimonio nos deseó que durmiéramos bien. Carlucho salió de la casa a apagar el generador diésel sin contarle a su yerno el detalle que el resto ya sabíamos.

Quince años atrás, Raúl Báez había robado un coche en Puerto Deseado y conducido hasta Las Maras. Rompiendo una ventana, se había metido en la casa y se había ahorcado del gancho de acero que pendía ahora sobre nuestras cabezas en la vieja despensa.

7 – AL ALCANCE DE TODOS

Dos minutos después de quedarme solo en la cocina, el ronroneo lejano del generador eléctrico se apagó de golpe y con él, las luces. Cuando mis ojos se ajustaron a la oscuridad, miré por la ventana y distinguí, con la ayuda de media luna en un cielo sin nubes, la fila de tamariscos que se alejaba de la casa.

Conocía esos árboles de memoria. Jugando a la escondida o a la guerra, de chico me había metido en cada una de las cuevas que formaba su follaje perenne. Pero esa noche, a la luz plateada de la luna, tenían un significado diferente. Eran los únicos testigos de lo que había pasado en realidad entre Báez y Fabiana Orquera.

Entonces vi una sombra junto al tamarisco más alejado. Era una silueta que se acercaba casi corriendo hacia la casa. Y antes de que tuviera tiempo a reaccionar, la figura alcanzó la puerta de la cocina y giró el picaporte.

—No te das una idea de lo que refrescó —dijo Carlucho cerrando tras de sí y frotándose las manos.

—A vos solo se te ocurre salir con manga corta.

Incluso en la negrura de la noche pude ver el bigote de Carlucho ensanchándose en una sonrisa. Sentí su mano pesada y firme sobre mi hombro.

—Cuando necesite otra esposa, te aviso —me dijo y se fue a su habitación.

Me senté sobre la mesa y volví a mirar por la ventana.

De tratarse de cualquier otro lugar del mundo, habría creído imposible que un sobre pudiera pasar quince años debajo de una cómoda sin ser descubierto. Pero las habitaciones de Las Maras, salvo la de Carlucho y Dolores, sólo se ocupaban un par de semanas al año para alojar a los parientes que venían a pasar las fiestas. Si te olvidabas unos pantalones en un ropero a finales de enero, te los encontrabas en el mismo estante al volver el diciembre siguiente. Como decíamos a veces, mitad en serio y mitad en broma, en esa casa las cosas podían congelarse en el tiempo.

De hecho, casi cada verano que pasé en esa casa —y pasé muchos— encontré cachivaches dignos de anticuario que ni Carlucho ni Dolores habían visto jamás. Estos descubrimientos iban desde un recibo por la compra de mil ovejas del año mil novecientos treinta y cinco, cuando la estancia todavía no pertenecía a los Nievas, a una rueda de madera de un Ford T.

De todos esos pequeños tesoros, mi favorito lo descubrí dentro de una edición vieja del Martín Fierro que se caía a pedazos. Era una postal de Puerto Deseado del año mil novecientos veintiuno. De fondo se veía un vapor anclado en medio de la ría y, más cerca de la cámara, una veintena de viajeros desembarcaba de un bote de madera. La imagen de por sí me había parecido preciosa, pero lo que más me cautivó fue su destinatario. Iba dirigida a un tal José Imelio, en la ciudad de Rosario. Nadie me supo explicar quién era Imelio ni mucho menos cómo la postal, despachada hacia Rosario con el matasellos de Puerto Deseado, había terminado en Las Maras.

Aquella postal, que ahora descansaba enmarcada sobre una repisa de mi casa en Deseado, era la prueba firme de que si había un lugar en el mundo donde una carta podía pasar inadvertida durante quince años, era en un rincón de la casa de Las Maras.

El frío, que había entrado por la puerta de la cocina y la vieja despensa, se me había metido en el cuerpo. Envidiando a los miles de argentinos que en esos mismos días disfrutaban las playas de Mar del Plata, volví al comedor y prendí la estufa a leña. Como dicen algunos, en la Patagonia tenemos sólo dos estaciones: el invierno y la del tren.

Fui a mi habitación a buscar la carta. Al volver al comedor, acerqué todo lo que pude la silla a la estufa. Sólo se oía el ulular del viento contra el techo y el chisporrotear de las ramas de moye. A la luz de la llama, empecé a releer lo que había escrito el tal NN casi quince años atrás.

Me detuve en la referencia a Báez.

Ya no queda ningún motivo para ocultarlo: Raúl lleva muerto casi un año y a mí no sé cuánto hilo me queda en el carretel.

Según nos había dicho Carlucho, Fabiana Orquera había desaparecido en marzo del ochenta y tres, y Báez se había colgado exactamente quince años después. Marzo del noventa y ocho, calculé. La carta estaba fechada en noviembre de ese mismo año, a ocho meses del suicidio. Según NN, la había redactado a casi un año de la muerte de Báez. Hasta allí, todo cuadraba.

Pero ¿por qué NN se había limitado a prometer respuestas en lugar de darlas?

Por eso decidí contar quién soy y dónde enterré a Fabiana Orquera.

No tenía ni idea. Lo que sí sabía era que la aparición de esa carta confirmaba dos puntos importantes del caso Fabiana Orquera que nadie había podido esclarecer en tres décadas.

En primer lugar, la referencia a Báez en la confesión eliminaba todas las dudas que quedaban sobre su inocencia.

Y en segundo lugar, la chica estaba definitivamente muerta. No desaparecida, sino muerta. Sorprender, no sorprendía. Después de todo, habían pasado casi treinta años sin que se supiera de ella. Pero la confesión de NN era, según parecía, la primera prueba firme de una muerte y un entierro.

Pensé en la idea de una tumba en Las Maras y no pude evitar una sonrisa irónica. Yo, que había pasado casi todos los veranos de mi vida en aquel campo, apenas conocía una fracción de él. Cada vez que salía a pasear en caballo, a cazar o a arreglar algo con Carlucho pensaba en cuántos sitios habría en esas veinte mil hectáreas donde nunca hubiese pisado el hombre. Era el lugar perfecto para enterrar a alguien y que no lo encontraran nunca.

¿Quién había asesinado a Fabiana Orquera hacía treinta años y dónde la había enterrado? Si lograba responder esa pregunta, yo, Nahuel Donaire, resolvería el misterio más grande de la historia de Puerto Deseado.

La respuesta está al alcance de todos, en las páginas que nadie lee ni recuerda.

Aunque no tenía nada claras las reglas del juego de NN, supuse que esas páginas se encontrarían en Las Maras, porque allí había sucedido todo. La desaparición, el suicidio de Báez quince años después y la carta de NN que, aunque escrita a los pocos meses, yo había tardado casi quince años en encontrar.

8 — CÍRCULO DE PUNTOS

Eché un puñado de ramas secas a la estufa y a la luz de la llama releí las palabras de NN, que ya empezaba a saberme de memoria. Volví a prestar atención a la parte donde mencionaba a Báez.

Ya no queda ningún motivo para ocultarlo: Raúl lleva muerto casi un año y a mí no sé cuánto hilo me queda en el carretel.

Por una parte, esa frase sugería que la muerte de Fabiana Orquera estaba directamente relacionada con Báez. Que alguien la había borrado de un plumazo para involucrarlo a él. Si no, no tenía sentido mantener el secreto hasta después de su muerte. Pero había algo en esa historia que no me terminaba de encajar. ¿Por qué nadie había denunciado nunca la desaparición de Fabiana? ¿No tenía un solo pariente que hubiera notado su ausencia? ¿Ni un amigo?

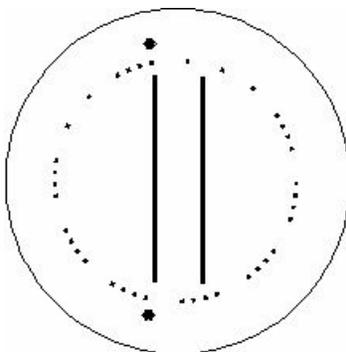
Y luego estaba la identidad del autor de la carta. Me pregunté si NN serían sus verdaderas iniciales o se trataba de una firma anónima, como las inscripciones en las lápidas de cuerpos que no pueden ser identificados.

Miré el papel por ambos lados sin tener claro qué esperaba encontrar. Era el mismo tipo que usaba mi abuela veinte años atrás para enviar cartas *par avion*. En una cara, la letra apretada de NN. En la otra, renglones azules y vacíos. Nada especial.

Dando un bostezo, eché un último vistazo al sobre. “A quien lo encuentre” de un lado, y el lacre rojo del otro. Un círculo de puntos, dos líneas paralelas dentro y dos estrellas fuera. Había algo en él que me resultaba muy familiar, pero fui incapaz de precisar qué.

Era como tener una palabra en la punta de la lengua.

Intenté reforzar un poco la luz de las llamas usando la pantalla de mi teléfono, que en Las Maras sólo servía para alumbrar, porque señal no había y para despertador estaba Carlucho. Comencé a contar los puntos del círculo y, mientras lo hacía, reparé en que no eran equidistantes. Había algunos muy pegados y otros más separados. De hecho, para cuando terminé de contarlos —eran treinta y siete—, me di cuenta de que los que estaban más juntos siempre aparecían en grupos de cuatro.



9 – PARA TI

Al día siguiente, después de comer unas milanesas de guanaco que había preparado Dolores, a todos nos entró sueño. Se había levantado un viento tan fuerte que Carlucho canceló el plan original que tenía para Pablo y para mí esa tarde: arreglar un molino a mitad de camino entre la casa y Cabo Blanco.

—Pero podemos aprovechar para ordenar un poco el garaje —nos dijo.

—Amor —intervino Valeria dirigiéndose a Pablo—. Si alguna vez te quedás sin trabajo, no le prendas una vela a San Cayetano. Prendésela a mi papá, que es el verdadero patrono de los desocupados.

Solté una carcajada. Era cierto, en nuestras visitas a Las Maras, Carlucho “San Cayetano” Nievas se había encargado de que nunca faltara un molino que arreglar, ovejas que bañar o una pared que pintar. A cambio, siempre había cordero al asador y vino. A veces, incluso buen vino.

—Con Pablo y conmigo no cuentas, pa. Nos vamos a dormir la siesta.

—Conmigo tampoco —dijo Dolores besando a su marido en la mejilla antes de irse a su habitación.

Aunque no tenía con quién hacer cucharita, a mí tampoco me hubiera importado echarme un rato. Pero conocía a Carlucho, y si se le metía algo en la cabeza, lo hacía con ayuda o sin ella. No podía dejarlo solo, moviendo trastos pesados de un lado para el otro.

—Yo te ayudo —le dije, y nos fuimos para el garaje.

Cuando entramos por la puerta que lo comunicaba con el comedor, sentí el aire frío en la cara. Estaba oscuro y el silbido del viento se colaba por las mil rendijas de la pared de chapa. Corrí la cortina de la única ventana y algo de luz logró atravesar el vidrio cubierto de mugre.

—Empecemos con esto de acá —dijo, señalando dos grandes estantes en la pared que se curvaban bajo el peso de cientos de revistas.

Agarré una de ellas al azar. En la portada, el dibujo de una mujer parecida a Marilyn Monroe, aunque de pelo oscuro, sonreía con la mirada ausente. Debajo del ramillete de flores blancas que sostenía en la mano, seis letras rojas y regordetas formaban la frase Para Ti. Dentro había recetas, patrones de tejido y artículos de moda. Era un ejemplar de mil novecientos cuarenta y tres y, a juzgar por el polvo que tenía encima, nadie lo había tocado más o menos desde esa época.

—No sé si las compró mi abuela o los anteriores dueños del campo, pero llevan toda la vida desparramadas en estos estantes. Y si fuera por mí se quedaban ahí, pero a Dolores se le metió en la cabeza que quiere *este* lugar para guardar latas de comida.

—¿Y dónde las vamos a meter?

—En esas cajas. Ahí no molestan.

Carlucho señaló tres cajas de cartón del tamaño de un televisor en un rincón del garaje. Al verlas, no pude evitar sonreír ante la paradoja. De todos los estantes, recovecos y armarios que había en el garaje, Carlucho había elegido justamente ese rincón para dejarlas. El único lugar de toda la casa que me traía recuerdos amargos.

Me sorprendí al darme cuenta de que ya hacía dos años que esa esquina roñosa se había convertido en un lugar importante en mi vida. Y uno desde que la aborrecía.

Intenté borrar los recuerdos de un plumazo y metí la Para Ti que acababa de ojear en una de las cajas vacías.

—¿Vos sabés las veces que me quise deshacer de todas estas revistas y Dolores me dijo que no, que ella un día las iba a mirar? Mil veces, y jamás en la vida leyó una sola.

Páginas al alcance de todos que nadie lee ni recuerda, pensé, mitad en broma y mitad en serio. Agarré otro ejemplar y pasé mecánicamente las hojas. A lo mejor era mi día de suerte y había una carta de NN esperándome dentro.

—¿Justo ahora se te da por aprender a tejer? ¿O estás buscando la receta de una mermelada?

—Es que ya estoy en edad de merecer —canturreé con voz aguda.

—Vos lo que te merecés es una patada en el medio de ya sabés dónde. ¿Qué estás buscando?

Estuve tentado de decirle la verdad, pero si lo hacía tendría que mencionar la carta de NN. Y, conociéndolo como lo conocía, Dolores y Valeria tardarían muy poco en enterarse. Y por ende, Pablo. Y para cuando terminara el verano y volviéramos todos al pueblo, cientos de personas se lo contarían a otras, jurando y perjurando mantener el secreto. En Puerto Deseado, como en cualquier pueblo, ser discreto no significaba no hablar sino hacerle prometer silencio al que escuchaba.

—Nada —dije, y puse la revista encima de la primera, prometiéndome que en cuanto tuviera la oportunidad las revisaría una a una.

Mientras Carlucho y yo llenábamos las cajas, me pregunté cómo habría hecho NN para dejar la carta en mi habitación. Si lo que decía en ella era verdad, había vuelto a la estancia quince años después de cometer el crimen perfecto para dejar allí su confesión.

¿Debajo de una cómoda, donde nadie podía encontrarla?

Volver a Las Maras sin levantar sospechas habría sido fácil, concluí. Después de todo, Carlucho nunca había dejado de recibir inquilinos en la estancia. Se había limitado a cambiarlos de lugar después de la desaparición de Fabiana Orquera, acondicionando la vivienda de piedra que se veía por la ventana de mi habitación.

—¿A vos te parece que se podrá hacer buena guita vendiéndolas por Internet? —preguntó Carlucho cuando las tres cajas estuvieron a reventar y no quedaba una sola revista en los estantes.

—¿Venderlas? Ni se te ocurra.

Carlucho recorrió con la mirada el garaje atiborrado de cachivaches antiguos y en desuso.

—Mirá lo que es este lugar —suspiró—. Hace años que no le cabe un coche, y últimamente apenas hay espacio para caminar. Encima la mitad de las cosas no son mías. Ni siquiera de mi viejo. Llevan en esta casa quién sabe cuánto tiempo.

—¿Y para qué querés un garaje? ¿Tenés problemas para estacionar? ¿Te roba el lugar el Cholo Freile?

Carlucho soltó una carcajada. El Cholo Freile era el dueño de la estancia vecina a Las Maras. Su casa quedaba a quince kilómetros.

—En serio, ¿de qué me sirve guardar cosas que no hacen más que juntar polvo? Hace años que lo único que uso de todo este garaje está acá adentro.

Carlucho se acercó a un ropero enorme y abrió de par en par sus dos puertas de madera maciza. Dándome la espalda, metió medio cuerpo en el mueble.

—Equipo de pesca y caja de herramientas, que siempre hay algo que arreglar —dijo, dándole dos golpes a la caja de metal que tantas veces me había hecho llevar de un lado para otro—. Eso es lo que más uso. Ah, y el Rupestre de vez en cuando. De hecho en estos días quiero salir a ver si cazo algo.

El Rupestre era la primera arma de fuego que yo había disparado en mi vida. Era un Máuser 1909 Modelo Argentino al que Carlucho había hecho grabar en la culata dos escenas de caza pretehuelche. De un lado del rifle, un hombre con una lanza perseguía un guanaco. Del otro, el mismo hombre corría detrás de un choique y sus crías.

Desde que tenía memoria, Carlucho guardaba el Rupestre en ese ropero, siempre descargado. Las balas las escondía en un lugar que sólo Dolores y mis viejos conocían.

—Lo demás, sólo sirve para juntar mugre —dijo, cerrando las puertas del armario y volviéndose hacia mí.

—Si vas a poner algo de esto a la venta, por lo menos asegurate de entender que la mayoría de lo que está acá ya dejó de ser viejo. Es tan viejo que ahora es *vintage*.

—¿Y eso qué significa?

—Que lo podés cobrar más caro.

Reímos ambos.

—Hablando en serio. Si alguna vez decidís vender algo de acá, por lo menos dame la opción de comprarlo a mí primero. Donde vos ves mugre, yo veo un montón de pequeños tesoros esperando ser encontrados.

—No te hagas el poeta que no te pienso regalar nada.

—No es para que me regales nada. Te lo digo en serio. ¿Te acordás de la postal de los años veinte

que encontramos en esa edición viejísima del Martín Fierro?

—Me acuerdo. La de los pasajeros desembarcando en la ría. Alguien la había despachado de Deseado a Rosario y no supimos cómo había llegado acá. ¿La tenés todavía?

—Por supuesto, es una joyita. La enmarqué y ahora está colgada en casa.

—Eso sí que fue un misterio.

—Exactamente a eso me refero —exclamé—, muchos objetos simples pueden encerrar pequeños misterios.

O no tan pequeños, pensé, recordando la carta de NN.

—De chiquito siempre te gustaron las cosas *vinchas* a vos.

—*Vintage*.

—Eso. Todavía me acuerdo de tu cara cuando te dije que te podías quedar esa postal. O del día que encontraste la moneda en la salina de Cabo Blanco.

—Esa no me la llevé.

—Debe de estar en algún lugar de este paraíso de coleccionistas.

Rió Carlucho y, luego de repasar con la mirada el garaje, se frotó las manos.

—Vamos a la cocina, así preparo unos mates.

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia la puerta por la que habíamos entrado.

—Carlucho.

—¿Sí?

—Estaba pensando en el día en que desapareció esta chica, Fabiana Orquera. ¿El mensual no vio a nadie?

—¿Seguís dándole vueltas a lo de esa piba?

—Ya te dije que me gustaría escribir algo en El Orden sobre ella alguna vez. ¿Seguro que no vio a nadie? —insistí—. Esta gente siempre está al tanto de todo.

—A nadie, le pregunté mil veces. Es raro, la verdad, porque ese día estaba trabajando en los cuadros del oeste del campo, no muy lejos de la ruta. Tendría que haber visto cualquier vehículo que viniera desde Deseado.

—¿Y no puede ser que mintiera? ¿Que lo compraran?

—Imposible. Antes de trabajar para mí, Alcides Muñoz estuvo quince años en la estancia de mi tío Lito. Era como de la familia.

—¿O que lo amenazaran?

—Menos que menos —rió Carlucho—. Ese era casi peor que vos. No se le achicaba a nadie. Ante la menor amenaza manoteaba el facón y el asunto se resolvía ahí mismo.

—A lo mejor no lo amenazaron a él sino a alguien de su familia.

—¿Familia? Ni mi tío Lito ni yo le conocimos nunca un pariente. No tenía mujer, ni hijos. De hecho hace años que está internado en el asilo de ancianos de Deseado y, que yo sepa, nadie lo va a ver.

Noté un cierto tono de culpa en su voz. Seguramente Carlucho había postergado su visita a Muñoz más de lo que su conciencia consideraba aceptable. Decidí cambiar de tema.

—¿Y la Cabaña no existía cuando desapareció esta chica?

—Existía, pero estaba abandonada.

A pesar de ser una construcción de piedra, por algún motivo todos la llamábamos la Cabaña. Se trataba de una pequeña vivienda de una habitación, un baño y una pequeña cocina que había sido construida hacía casi un siglo para albergar a un segundo mensual, cuando el campo estaba en su apogeo. Era la tercera y última casa en las veinte mil hectáreas de Las Maras.

—Empezamos a remodelarla en el verano del ochenta y cuatro. Tu viejo me ayudó un montón.

—Al año siguiente de la desaparición de Fabiana Orquera —apunté.

Carlucho se sentó sobre una de las cajas de revistas.

—Al poco tiempo de lo que pasó con esta chica y Báez, me di cuenta de que si quería volver a alquilar los fines de semana, tendría que ser en otro lado. Dolores no quiso saber nada con volver a dejar que desconocidos durmieran en nuestra propia casa.

—No me extraña.

Carlucho giró la cabeza para comprobar que nadie nos oía.

—Aunque cuando alquilo la Cabaña, si nosotros no estamos, les cuento a los huéspedes lo del tronquito.

El tronquito era un pedazo de madera petrificada de la zona de Jaramillo. Tenía el tamaño de una botella de cerveza y estaba en la parte de atrás de la casa, bajo la ventana por la que Báez había visto por última vez a Fabiana Orquera. Debajo de él, siempre había una llave para entrar a la casa por la puerta de la cocina.

—Les digo que entren sólo en caso de emergencia. Si se quedan sin comida o tienen algún problema con el...

El mostacho tupido de Carlucho se siguió moviendo, pero yo dejé de escuchar. Lo que acababa de decirme explicaba cómo había hecho NN para dejar la carta en la casa casi dieciséis años

después de matar a Fabiana Orquera. No lo había hecho rompiendo una ventana como cuando Báez había decidido ahorcarse en la despensa. NN había entrado por la puerta, usando la llave que el propio Carlucho le había indicado dónde encontrar. Tan sencillo como alquilar la Cabaña cuando los Nieves no fueran a estar en la estancia. Un día laborable, por ejemplo.

—¿Me estás escuchando?

—Por supuesto —reaccioné—. Me decías que siempre les decís dónde está la llave.

—Pero ojo, que les aclaro que es para que la usen sólo en caso de emergencia.

—¿Y tenés algún registro de los inquilinos de la casa?

—De la época de Fabiana Orquera y Báez, no. Ya te dije que acá la gente venía buscando discreción.

—¿Y de más adelante?

—Registro, nunca llevé. Lo único que hay es el libro de visitas de la Cabaña, pero ahí escribe el que quiere. Los que vienen de trampa, por ejemplo, no lo firman.

Y el que viene a confesar un asesinato, tampoco, pensé. Pero entonces la desilusión se transformó en duda. ¿Qué páginas más a la vista de todos y a la vez más olvidadas que las de un libro de visitas?

—Ahora la Cabaña está ocupada, ¿no? Ayer cuando llegué vi un Polo rojo estacionado en la puerta.

—Sí. ¿Te acordás de la española que vino el año pasado?

—No me digas que anda por acá esa madre patria —dije agarrándome la cabeza con las dos manos en un gesto exagerado.

—Sí. Vino este año otra vez. Sigue escribiendo su libro sobre Cabo Blanco y ayudándonos a restaurar la casa del guardahilos.

—¿No era una tesis lo que escribía?

—Libro, tesis, es lo mismo. La cosa es que está acá.

—Qué mujerón, por Dios.

—Perdón si sueno como mi esposa, pero ese mujerón podría ser tu madre.

Me encogí de hombros y sonreí.

—¿Y hasta cuándo se queda?

—Un mes más.

—Lo lamento en el alma, pero me parece que la voy a tener que ir a molestar —dije a Carlucho

con una sonrisa socarrona—. No puedo esperar tanto tiempo para consultar el libro de visitas.

10 — LA MADRE PATRIA

La arenisca golpeaba con fuerza la chapa roja del Volkswagen Polo estacionado junto a la Cabaña. Antes de llamar a la puerta de madera, me sequé de las sienes las lágrimas que el viento en contra me acababa de arrancar.

Al abrir, la española me recibió con una sonrisa.

—Nahuel, ¿verdad? —dijo, levantando la voz para que la pudiera oír a pesar del viento.

Iba enfundada en un *jean* ajustado y una camisa beige. Su pelo, teñido de negro, no tenía más de dos dedos de largo y su escote era demasiado perfecto para los cuarenta y largos que le calculé. Ahí había habido bisturí.

Técnicamente, tenía razón Carlucho: esa mujer, que tenía unos veinte más que yo, podría ser mi mamá.

—Nahuel —asentí, aplastándome con la mano los mechones de pelo que volaban sobre mi cabeza—. Estoy pasando unos días en casa de Carlos y Dolores Nievas.

—Adelante.

El sonido del viento se apagó al cerrar la puerta y oí violines tocando música clásica. Venían de una computadora portátil sobre la mesa. Junto al aparato había un mate y un termo. Entre los libros y carpetas desparramados alrededor, reconocí “Cabo Blanco, historia de un pueblo desaparecido”, de Carlos Santos.

—Nina Lomeña —dijo, plantándome dos besos cuando estuvimos dentro.

El verano pasado aquella mujer también había alquilado la Cabaña. Se había pasado varias semanas allí, mientras escribía una tesis o algo así sobre pueblos abandonados de la Patagonia. También había donado algún que otro euro a la Asociación de Amigos de Cabo Blanco y había ayudado con las primeras obras de la restauración de la casa del guardahilos. La única que todavía quedaba en pie en el pueblo extinto.

—¿Necesitas algo? —preguntó, metiéndose los pulgares en los bolsillos del pantalón.

—No. Bueno, en realidad sí. Antes que nada, disculpe que la moleste. Venía a pedirle...

—Antes que nada —me interrumpió—, tutéame. Que ya voy teniendo una edad y empiezo a deprimirme con estas cosas.

Su voz madura y su acento español me caían bien.

—Voy de nuevo, entonces: disculpame la molestia. Venía a pedirte si me puedo llevar el libro de visitas.

—Todo tuyo —me dijo, señalando una pequeña mesa junto a la puerta sobre la que había un florero vacío y un cuaderno de tapas duras abierto con un bolígrafo encima.

Me acerqué y leí el mensaje más reciente.

NO HAY PAZ COMO LA DE ESTE LUGAR NI ASADOS COMO LOS DE DON CARLOS. FAMILIA MORA. COMODORO RIVADAVIA. 15/11/2012.

—¿No lo vas a firmar? —pregunté.

—Sí, pero para eso hay tiempo —respondió—. Todavía me queda un mes más aquí.

—¿Y llevás mucho tiempo en la estancia?

—Desde dos días antes de navidad.

—Entonces, te vas a quedar casi un mes y medio en total.

Nina asintió con una sonrisa.

—Yo paso más o menos ese tiempo acá casi todos los veranos —dije.

—¿Pero el año pasado estuviste menos, no? No recuerdo haberte visto demasiado.

—No, el año pasado fue diferente.

Sonreí ante el eufemismo. Las fiestas del año pasado habían sido para mí una verdadera mierda. Las peores que había pasado nunca en Las Maras.

—Es una larga historia. La cosa es que llegué acá el veinticuatro casi a la hora de la cena y me volví el uno de enero. No estuve mucho.

—¿Y cómo es que pasas todas las navidades aquí? —quiso saber.

—Crecí celebrándolas acá. Mis viejos y los Nievas son amigos de toda la vida.

—Pues tus padres son muy afortunados. Los Nievas parecen excelentes personas. Yo no me lo podía creer cuando me invitaron a cenar con ellos y toda su familia para Nochebuena y Nochevieja. La casa estaba llenísima de gente, todos cantando y bailando hasta que empezó a salir el sol. No sabes lo que fueron esas fiestas.

—Sí que lo sé —reí.

—Éste es un lugar único en el mundo —dijo con los ojos clavados en la meseta gris que se veía por la ventana.

—La verdad es que sí —asentí, pasando hacia atrás las páginas del libro de visitas sin prestarles demasiada atención—. ¿Y qué te trae a vos a un lugar así? Creo que el año pasado me mencionaste que escribías sobre Cabo Blanco, ¿no?

—Sí —dijo, señalando la computadora sobre la mesa—. Hace unos años empecé mi tesis de doctorado en Sociología. Escribo una comparación entre Cabo Blanco y Bujalcalayado, en Castilla La Mancha.

—¿Por qué? —fue lo único que atiné a preguntar.

—Bujalcayado, porque mi abuela era de allí. Un pueblo en el medio de España que vivía de explotar una salina. Cuando el negocio de la sal dejó de ser rentable, quedó completamente abandonado. Igual que Cabo Blanco, por eso estudio ambos.

—¿Y hay más pueblos que desaparecieron por lo mismo?

—Bastantes. En España, sin ir más lejos, hay al menos diez.

—¿Y por qué Cabo Blanco entonces?

—Pues porque el caso de Cabo Blanco es muy particular. A diferencia de los pueblos en España, aquí el clima no permitía que la gente complementara sus ingresos con la agricultura. Cabo Blanco vivía exclusivamente de la sal. Y además está en el medio de la nada. Cuando la gente se quedó sin trabajo no tuvo la opción de viajar diez kilómetros al pueblo de al lado. Fue un pueblo que nació y murió con la salina.

Era curioso, pensé. Una mujer del otro lado del mundo me contaba una historia que muchos de los que vivían en Puerto Deseado ignoraban por completo.

—Además, estoy enamorada de la Patagonia.

—Hay muchos turistas que vienen y se quieren quedar —dije—. La primera vez que fui a Puerto Madryn, conocí a una señora irlandesa que llevaba diecisiete veranos seguidos viniendo a ver las ballenas.

—Es que la Patagonia es el viaje soñado de mucha gente. Incluyendo el mío, aunque soy una turista bastante inusual.

—Desde luego que no todos los que vienen escriben una tesis.

—Es cierto —rió Nina—. Pero no me refería a eso sino a que la mayoría de los que vienen vuelan de Buenos Aires directamente a El Calafate para ver el glaciar. Y de ahí a esquiar a los bosques de Ushuaia o a ver pingüinos y ballenas a Península Valdés, como tu amiga la irlandesa. Pero, dime una cosa, ¿qué verían esos turistas si en lugar de ir en avión, fueran del Perito Moreno a los pingüinos en coche?

—Mil quinientos kilómetros de estepa —contesté—. Matas bajas, seis o siete pueblos. Algún que otro guanaco.

—Pues ya me has entendido —concluyó Nina, satisfecha.

Luego señaló hacia la ventana.

—Yo estoy enamorada del desierto. Todas las mañanas me levanto y salgo a correr, y mientras más viento sopla, más me gusta.

Mirando por la ventana, asentí. Luego agaché la vista, sonreí y negué con la cabeza.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

—En que cada vez que salgo de Deseado, los primeros kilómetros voy puteando, diciendo que estoy harto de vivir en el culo del mundo. Sin embargo, a medida que me meto en la meseta me convenzo de que sería incapaz de irme de acá. Es cierto que éste es un lugar muy especial. Si no, no habría gente dispuesta a pagar miles de dólares para venir a que se los lleve el viento.

—Pues para mí es dinero bien gastado y, mientras me dé la salud, creo que seguiré viniendo. De hecho me gustaría pasar un año entero, para vivir la experiencia del invierno también.

—Esa es una historia completamente diferente —le advertí.

Luego me quedé en silencio. Se quiere venir un año, pensé. Un año de vacaciones, y yo apenas había podido juntar guita para irme diez días a Mendoza la primera quincena de febrero.

Preguntarle de dónde venían sus ingresos hubiera sido demasiado, así que me limité a especular. Más allá de la mano cirujana amiga, su ropa apretada insinuaba un cuerpo con mucho ejercicio. Pocos hijos, probablemente. Quizás ninguno. Me arriesgué por un marido empresario, podrido en guita pero sin tiempo para nada. Después de todo, ¿quién hacía un doctorado a los cuarenta y largos teniendo que laburar para comer?

Sin decir nada de esto, miré a mi alrededor buscando un tema de conversación y vi el mate sobre la mesa, junto a una carpeta de la Universidad de Málaga.

—Es fácil acostumbrarse a lo bueno, ¿eh? —dije, señalándolo.

—Al contrario —soltó una pequeña risita—, cuesta acostumbrarse. El mate es un gusto adquirido, como el café o la cerveza. A nadie le gusta la primera vez que lo prueba.

Arrugué el ceño y hasta abrí la boca para decirle que yo lo tomaba desde chiquito. Pero entonces recordé que mis primeros mates eran muy diferentes a los que tomaba ahora. Venían de la mano de mi papá, cuando ya estaba demasiado frío para los adultos. Entonces él le echaba una cucharada de azúcar bien colmada y me ofrecía uno.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —ofreció Nina.

—No, eso era todo —dije, levantando el libro de la mesa y apretándolo bajo el brazo—. Muchas gracias y perdón por la molestia.

—No es molestia para nada. Al contrario, esto de la tranquilidad está muy bien, pero de vez en cuando viene bien hablar con alguien —dijo abriendo la puerta y estampándome dos besos.

Dejé de oír la música clásica. El viento lo invadió todo otra vez.

Volví a la casa de los Nievas con una sonrisa en la cara. Por suerte, Nina Lomeña no era mi mamá.

11 — EL LIBRO DE VISITAS

Con el mentón pegado al pecho y los hombros encogidos apuré el paso hacia la casa. Al entrar por la puerta principal me encontré el comedor vacío y oí voces que venían de la cocina. Evitándolas, fui directo a mi habitación a mirar el libro de visitas.

En la primera página, Carlucho Nievas daba la bienvenida a los visitantes en nombre suyo y de su familia. En la siguiente encontré el primer saludo de un huésped.

HACÍA TIEMPO QUE DESEADO NECESITABA ALGO ASÍ. 17-10-1984

No lo firmaba nadie.

Me mojé el índice con la lengua y empecé a pasar páginas. En cada una, los saludos formaban un mosaico de párrafos escritos con diversas caligrafías y colores de tinta. La mayoría tenían fecha, casi siempre entre octubre y abril, y más o menos la mitad estaban firmados. Había dos o tres que hasta incluían el número de DNI.

Después de unas veinte páginas apareció el primer mensaje de mil novecientos noventa y ocho, el año de la muerte de Raúl Báez y de la carta de NN. Estaba firmado en enero, igual que los tres que le seguían. Apoyando mi dedo húmedo sobre el papel, pasé lentamente las páginas hasta el primer mensaje de noviembre.

La letra apretada en un rincón, casi al margen, me resultó inconfundible.

¡Hola de nuevo! Este lugar es tan especial que cuesta describirlo con palabras. La belleza de sus paisajes sólo es igualada por los secretos que guarda enterrados. Descubrirlos es toda una aventura, un viaje disponible únicamente para aquellos que entiendan la importancia del orden y la perseverancia. NN.

Era el mismo NN que había escrito la carta que encontré debajo de la cómoda. La caligrafía apretada e inclinada hacia atrás no dejaba lugar a dudas.

Sonreí ante el “hola de nuevo”. Cualquiera interpretaría que un huésped saludaba a los Nievas otra vez, después de haberlo hecho en persona. Pero para mí, la frase cobraba un significado completamente diferente.

Hola de nuevo, estancia Las Maras. Nos vimos hace casi quince años, cuando cometí un crimen que hoy vengo a confesar.

Hola de nuevo, desconocido que encontraste la carta. Por algún motivo, todavía no te pienso contar toda la verdad.

También me llamó la atención que NN hablara de secretos *enterrados*. Secretos que sólo podrían encontrar quienes entendieran “la importancia del orden y la perseverancia”.

Me tiré en la cama con el libro abierto sobre el pecho, intentando encontrarle algún sentido a esa última frase. Orden y perseverancia. Entendía la segunda palabra, pues me quedaba claro que NN no estaba dispuesto a hacérmela fácil. Pero ¿orden? ¿Al orden de qué cosas se refería?

Estiré la mano hacia la cómoda y extraje la carta del cajón donde la había guardado. Observé por un buen rato el lacre rojo en el sobre. Si había en esas líneas paralelas y ese círculo de puntos un orden que entender, yo no lograba verlo.

Pero algo tenía que haber. De la misma forma en que la carta me había llevado al libro de visitas, el mensaje garabateado al margen tenía que ser una pista hacia algo más. Y la clave para entenderla estaba en la importancia de algún orden.

12 – CABO BLANCO

Tosí y al cerrar la boca tuve la sensación de masticar arena. Valeria también tosió.

—¿Te tenés que pegar tanto? —preguntó, mirando a Pablo.

—¿Querés manejar vos? —retrucó éste sin quitar las manos del volante ni la vista de la camioneta gris de Carlucho y señora, apenas unos metros por delante.

Bongo, mi perro, nos miraba a través de la nube de polvo. Era hijo de dos ovejeros de la estancia y me lo había regalado el mensual, apenas destetado, diez años atrás. Como todo perro acostumbrado al campo, le encantaba viajar en la parte de atrás de cualquier camioneta. Aquella mañana, cuando Carlucho había abierto la caja de su Ford Ranger gris para cargar el equipo de pesca, Bongo se había subido sin que nadie le dijera nada.

—No, lo único que quiero es respirar un poquito mejor —dijo Valeria tosiendo, y me pareció que lo hacía a propósito.

Pac. El golpe sonó como un balazo. En el parabrisas del flamante Renault Clio de Pablo apareció una marca con forma de telaraña del tamaño de una moneda.

—¿Y eso? —preguntó Pablo, disminuyendo un poco la velocidad y alternando miradas entre la camioneta, que se alejaba un poco, y la marca en el parabrisas.

—A ver, te doy pistas —dijo Valeria, estirando el cuello para ver el velocímetro—. Sobre una ruta de ripio, una camioneta a setenta kilómetros por hora, además de levantar polvo, levanta también piedritas.

La última palabra la dijo señalando tres veces, una por sílaba, el vidrio resquebrajado. Piedritas.

Pablo clavó los frenos y el Clio derrapó dando casi un cuarto de giro.

—¿Pero qué te pasa, nene? ¿Querés que nos matemos?

Sin preocuparse por enderezar el coche o moverlo hacia un costado de la ruta, Pablo se bajó y pasó un dedo sobre la marca que había dejado el piedrazo. Después de insultar al aire, rodeó el Clio y abrió con fuerza la puerta de Valeria.

—Manejá vos —le dijo.

Trescientos metros más adelante, las luces de freno de la camioneta de Carlucho se encendieron.

—Por supuesto que manejo yo —respondió ella y se bajó del coche, apartando a Pablo de un empujón.

Yo contemplaba todo esto desde el asiento de atrás sin decir nada. Tenía la sensación de haberme equivocado de sala en un cine. Durante la cena de la noche anterior, Pablo y Valeria se habían comportado de manera respetuosa el uno con el otro. Ahora, sin embargo, parecían dos hermanos adolescentes. Por más mal humor que hubieran generado los golpes de Carlucho en las puertas de

nuestras habitaciones a las ocho de la mañana, esta escenita me parecía excesiva.

La expresión de rabia en la cara de Valeria cuando puso primera no se correspondió con la manera en que arrancó el Clio. Lo hizo con suavidad, casi demasiado lento, como si se propusiera que las ruedas no levantaran una sola piedra. La camioneta de los Nievas también arrancó.

Anduvimos un buen trecho en silencio. Valeria y Pablo con la mirada clavada en la ruta. La mía, en la meseta marrón que se extendía a ambos lados hasta donde el ojo era capaz de ver.

—Ahí está, Cabo Blanco —dijo Valeria después de una curva, casi con un tono de reproche.

Su dedo señalaba el horizonte, donde un peñón de forma irregular se recortaba contra el azul claro y brillante del Atlántico. En comparación con la roca, el faro que se erguía sobre ella parecía diminuto.

—Me lo había imaginado más grande —observó su novio.

—Faltan quince kilómetros —respondió ella.

Entonces Pablo se giró hacia mí.

—La bombilla que da la luz es del tamaño de una pelota de fútbol —afirmó.

—¿Estuviste antes? —pregunté.

—No, nunca —se limitó a contestar, sin aclararme de dónde había sacado el dato.

Recordé la última vez que yo había subido. La bombilla era del mismo tamaño que una incandescente, de esas que se usaban en cualquier casa antes de que las reemplazaran las de bajo consumo. Pero no hice ningún comentario. El horno no estaba para bollos.

Un poco más adelante, cuando el faro pasó de ser un palito a una forma roja con cúpula negra, nos cruzamos con Patipalo, el mensual que me había regalado a Bongo. Bordeaba un alambrado montado a su caballo overo, y dos perros ovejeros lo seguían, uno debajo de cada estribo, con la mirada fija hacia adelante.

Patipalo había sido el mensual de Las Maras desde que yo tenía memoria, aunque el sobrenombre se lo había ganado una noche mucho antes de conocer a los Nievas. La comparsa de esquila en la que trabajaba había terminado de pelar tres mil ovejas cerca de Mazaredo y se despedía de la estancia con un capón al asador y dos damajuanas de vino. Nadie supo decir el motivo de la discusión breve y con palabras arrastradas que terminó con una rótula destrozada por un balazo. Desde aquella noche, Patipalo no volvió a flexionar la pierna izquierda.

Pero eso no le impedía subirse cada día al caballo para cuidar las veinte mil hectáreas de estepa de Las Maras. Desde el lomo del animal, nos saludó levantando la mano y no nos volvimos a cruzar con ningún otro ser vivo en todo el camino a Cabo Blanco.

Al llegar al istmo que conectaba el cabo con el resto del continente, vimos la Ranger gris de Carlucho estacionada casi en la playa, junto a dos casas. Una era de chapa, y las décadas enteras

de viento, salitre y abandono la habían dejado totalmente en ruinas. La otra, de piedra maciza, estaba irreconocible desde la última vez que la había visto, un año atrás. Ahora tenía techo, puertas y ventanas. Supuse también que los grafitis escritos en las paredes internas habrían desaparecido, pero las cortinas me impidieron comprobarlo.

La casa del guardahilos, que era como le llamaban todos, había cambiado mucho en un año. De ser paredes y nada más había pasado a parecerse a una casa hecha y derecha.

Valeria detuvo el Clio al lado de la camioneta de los Nievas. El matrimonio ya se había sentado, a veinte metros, sobre las piedras de la playa. Hundiendo nuestros pies en el canto rodado, nos acercamos a ellos con pasos ruidosos. Carlucho preparaba el equipo de pesca y Dolores, el mate.

—Avanzó una barbaridad la casa del guardahilos, Carlucho —dije.

—Viene bien, sí —respondió, sin disimular el orgullo—. Este año le estamos dando duro y parejo. Por dentro también la hemos mejorado mucho, pero todavía le falta. Ahora me olvidé la llave, pero si querés un día de estos venimos y te la muestro. De paso podemos aprovechar y le damos una mano de pintura a la cocina.

—¿No tenés suficiente con hacerme laburar en la estancia? —reí.

—Vos con los años te volvé cada vez más experto en esquivar el bulto.

—Y vos, en conseguir mano de obra barata. Hacés laburar hasta a la inquilina de la Cabaña.

Carlucho soltó una carcajada y hurgó en su caja de pesca.

—Ahí te equivocás. A Nina no hay que pedirle que trabaje, como a otros. Ella es una voluntaria más de la Asociación de Amigos de Cabo Blanco y viene a poner el lomo como Dolores, como yo y como otro montón de gente. Por amor al arte.

—Yo no sé de dónde saca tanta energía esa mujer —agregó Dolores—. Sale a correr todas las mañanas, haya el viento que haya; nos ayuda con la casa del guardahilos y además escribe una tesis de doctorado. Tiene las pilas de alguien veinte años más joven.

Me alivió comprobar que Dolores también encontraba que Nina tenía un espíritu mucho más joven que su edad. No era simplemente una invención mía para justificar sentirme atraído por una mujer que me llevaba dos décadas.

Carlucho miró a su futuro yerno y señaló alrededor.

—En Cabo Blanco hay básicamente dos actividades —dijo entre dientes, mientras mordía un pedazo de tanza y tiraba de él para apretar el nudo de un anzuelo—. Pescar y subir al faro.

—Yo para la pesca no fui nunca muy paciente. ¿Alguien quiere subir? —dijo Pablo señalando al faro en la punta norte del cabo.

Hubo un silencio corto.

—Yo paso —dijo Carlucho, encarnando el anzuelo con un trozo de langostino rebozado en

polenta.

—Ya subimos demasiadas veces —agregó Dolores, extendiéndole un mate—. Preferimos usar lo que nos queda de rodillas para otras cosas.

—Yo hace como cinco años que no subo —dije—. Te acompaño.

—Sí, vamos —añadió Valeria.

Nos despedimos de Dolores y Carlucho y empezamos a caminar los quinientos metros que separaban la casa del guardahilos de las escaleras para subir al peñón.

Cuando pasamos junto a los coches, Pablo apoyó una mano en la ancha pared de piedra de la casa. Luego miró a su alrededor. El mar y la estepa de un lado, y el peñón enorme del otro. El faro era la única otra construcción a la vista en aquel paisaje hostil.

—Ubicación poco céntrica, pero excelentes vistas —dijo sonriendo—. Algo así tiene que haber sido el anuncio para vender esta casa.

—No creo que nunca hayan puesto un aviso —respondí—. Aquella de chapa era la oficina de correos y la casa del jefe. Ésta otra, la del guardahilos.

—El encargado del mantenimiento de la línea de telégrafo —acotó Valeria.

—¿Un correo? —preguntó Pablo señalando alrededor.

Mientras caminábamos hacia el faro con Bongo correteando alrededor nuestro, Valeria y yo le explicamos lo que ni él ni ningún otro turista hubiera podido adivinar al visitar Cabo Blanco. Le hablamos de todo lo que había pasado allí en la primera mitad del siglo veinte. La llegada de los agrimensores para delimitar la salina, las bodegas de los primeros vapores llenándose de sal traída a lomo de caballo, el primer viaje del trencito que sustituyó a los caballos, más vapores y más sal.

También le contamos que, por increíble que pareciera, a ese mismo pueblo cuyos habitantes estaban acostumbrados a inviernos con nieve hasta las rodillas, lo había matado el frío. Cuando la refrigeración se popularizó como forma de preservar la comida, ya no se necesitaron bodegas enteras cargadas de sal.

Le hablamos de los vapores que se empezaron a espaciar y del cierre del correo cuando ya no quedó nadie a quien mandar cartas. Le contamos que el faro había visto morir a sus pies el pueblo en el que había nacido.

No quedaban rastros del puerto, ni de las vías del pequeño tren, ni mucho menos de las casas de los pobladores. Los únicos sobrevivientes habían sido el faro y las construcciones del correo. Por lo demás, sólo había cuatro cruces viejas y despintadas a las que ahora nos acercábamos.

Las tumbas apenas habrían llamado la atención de no ser porque una de ellas estaba cercada con una reja de hierro. Bongo se acercó, olió los barrotos y siguió su camino.

—¿Y esa tumba de quién es? —preguntó Pablo.

—Yo siempre me pregunté lo mismo —se encogió de hombros Valeria.

—Era una nena —dije—. La hija del ferretero. La enterraron y le construyeron una cuna alrededor.

—¿Y vos cómo sabés eso? —preguntó Pablo.

—Mi *hobby*, historias antiguas, la sección en el diario, ¿te acordás?

—Ah, sí. El periodismo de investigación —dijo, y creí detectar sarcasmo en su voz.

Ignorándolo, reanudé la marcha hacia las escaleras.

13 – EL FARO

La charla se fue haciendo más espaciada a medida que subíamos la escalera que nos llevaba hasta la base del faro. Pablo fue contando los escalones en voz alta. Primero de uno en uno y luego de diez en diez, para ahorrar aire. Al único que parecía no costarle la subida era a Bongo, que de vez en cuando abandonaba el cemento y continuaba por la roca escarpada, llena de grietas y pequeñas cuevas.

—¡Ciento catorce! —gritó Pablo al llegar arriba.

Un hombrecito enfundado en un mameluco azul salió sonriente de la casa que había junto al faro. Su pelo negro era tan corto que el viento —que allí soplaba el doble de fuerte que al nivel del mar— no lograba moverlo.

—Buen día —dijo, con una sonrisa de dientes cuadrados y perfectamente blancos que contrastaba con su tez morena—. ¿De visita?

—Sí y no —dijo Valeria casi gritando, para imponerse al viento—. En realidad estamos de vacaciones en Las Maras. Mis padres son los dueños.

—Ah, entonces conocerán el faro mejor que yo. Llevo acá solamente seis meses. Me llamo Tadeo —dijo, estrechándonos la mano.

—¿Solamente seis meses? —rió Pablo—. En el medio de la nada y sin hablar con nadie por medio año a mí no me parece poco.

—Creo que lo malinterpretaste —interrumpí.

Tadeo me agradeció con la mirada.

—Soy cabo de la Armada y hace seis meses que me trasladaron al sur. Trabajo veinte días acá, manteniendo y supervisando el faro, y después hago un mes en el apostadero de Puerto Deseado.

—Y tampoco estás solo —agregó Valeria.

—No, siempre somos dos —señaló con el pulgar sobre su hombro, hacia donde estaba la casa de la que había salido a recibirnos.

—¿Se puede subir? —preguntó Pablo moviendo la cabeza hacia el faro.

—Por supuesto.

Tadeo sacó de un bolsillo una llave pequeña y ordinaria.

—En la casa de los torreros tenemos un libro de visitas. Si quieren después pueden pasar a firmarlo.

Entramos al faro por una pequeña puerta en la pared de ladrillos rojos y empezamos a subir la escalera de caracol. Cuando Tadeo cerró la puerta, la única luz que nos permitía ver dónde pisábamos era la que se colaba por unas pequeñas ventanitas del tamaño de una caja de zapatos en

la pared curva del faro. Calculé que sería la quinta o sexta vez en mi vida que subía.

Esta vez no hizo falta que Pablo contara en voz alta. Al poco de empezar a subir, Tadeo nos dijo con el orgullo del alumno que se sabe la lección que había noventa y ocho peldaños en la escalera de caracol y que el faro medía veintitrés metros.

Al llegar arriba, apenas cabíamos los cuatro en la pequeña sala circular. En el centro había un cilindro de vidrio grueso del tamaño de un barril.

—Para amplificar la luz —explicó Tadeo.

Me agaché para mirar dentro del cilindro de cristal. La bombilla era tal y como la recordaba, no más grande que una naranja.

—Del tamaño de una pelota de fútbol —dije, guiñándole un ojo a Pablo.

Valeria me miró con un cierto desprecio, pero no dijo nada. Su novio se agachó para observar la lámpara, y por unos instantes sólo se escuchó el sonido del viento. Un silbido que se agudizaba con las ráfagas más fuertes y que, supuse, ahí arriba no paraba nunca.

—Parece una bombita cualquiera —comentó Pablo tras examinarla con expresión experta—, pero seguro que tendrá un voltaje altísimo.

—Doce voltios —indicó Tadeo sin dejar de mirar al mar por las ventanas de vidrio curvo—. Como una batería de coche.

Pablo calló y se volvió hacia los vidrios para apreciar las vistas: un horizonte plano de trescientos sesenta grados. Azul en el mar y gris en la tierra, pero siempre plano.

Saqué la cámara de fotos de la mochila e hice varias tomas. Al istmo por el que habíamos accedido al cabo, al mar azul e infinito y a los dos coches junto a las casas del correo, que desde allí parecían miniaturas en una maqueta. Las espaldas de Carlucho y Dolores, que seguían sentados mirando al mar, eran apenas dos puntos junto al agua.

—¿Y con qué se entretienen acá? —preguntó Pablo.

—Con lo que podemos —dijo Tadeo encogiéndose de hombros—. Jugando a las cartas, yendo a pescar, leyendo. También tenemos televisión satelital.

—¿Internet? —pregunté.

—Todavía no, pero dicen que van a poner en unos meses.

—¿Y te aburrís mucho? —preguntó Valeria.

—Y... un poco. Pero no es nada comparado con cómo era al principio, hace cien años. En esa época sí que era durísimo. El faro funcionaba a vapor de petróleo, y la escalera de cemento para subir a la piedra no existía. A Deseado había que ir a caballo, y no tenían ni radio ni nada para comunicarse. A puro código morse hablaban esos viejos.

—Comparado con eso, es cierto que no te podés quejar —concluí.

—¿Bajamos? —dijo Pablo, al parecer sin darse cuenta de que yo seguía sacando fotos.

—Vamos —asintió Valeria.

Tadeo fue el primero en empezar a bajar. Y yo el último.

Mientras descendía por la escalera de caracol, pensaba en la vida de los fareros de principios de siglo que acababa de describir Tadeo. Pensaba en cómo, cien años antes de una sociedad completamente adicta a las comunicaciones, aquellos hombres se pasaban los días sin tener contacto con nadie. O comunicándose apenas.

La idea se me ocurrió tan de repente que la sentí como una bofetada. Miré hacia abajo y vi las cabezas de Pablo, Valeria y Tadeo, alejándose de mis pies.

—Yo ahora bajo. Saco unas fotos desde acá y voy —dije, deteniéndome junto a una de las pequeñas ventanas en el muro del faro.

—Ningún problema —la voz de Tadeo retumbó en la pared circular.

Retrocedí las fotos en mi cámara hasta que en la pequeña pantalla apareció el lacre de la carta de NN, que había fotografiado la noche anterior. Hice zoom para observar el círculo de puntos.

Punto. Espacio. Cuatro puntos formando una línea. Espacio. Punto. Más espacios, más puntos y más líneas.

—Morse —susurré.

Apagué la cámara y bajé los escalones de dos en dos para alcanzar al resto.

14 — PUNTO. RAYA.

Mientras bajaba los escalones del faro, tres pensamientos me vinieron a la cabeza. El primero fue reprocharme por qué nunca había acompañado a mi viejo al club de radioaficionados. El segundo era lo bien que me habría venido tener acceso a Google en ese momento. Y el tercero que, si realmente había un mensaje en morse en ese lacre, mi historia sobre Fabiana Orquera no cabría en El Orden aunque el director me diera las veinte páginas para mí solo.

No pude evitar fantasear ante la posibilidad de escribir mi primer libro.

Tadeo cerró con llave la puerta del faro y los cuatro nos metimos en su casa a firmar el cuaderno de visitas. Cinco minutos más tarde, Pablo, Valeria y yo bajábamos del peñón por los escalones de cemento.

Al llegar abajo, me detuve en seco y metí la mano en mi mochila simulando buscar algo.

—¡Qué tarado que soy!

—¿Qué pasó? —preguntaron Valeria y Pablo.

—Me olvidé la cámara en la casa del faro.

—¿En serio? —preguntó él, mirando derrotado los ciento catorce escalones que acabábamos de bajar.

—Sí, la debo haber dejado sobre la mesa. Al final es como dice mi vieja, no me olvido la cabeza porque la tengo pegada al cuerpo —sonreí.

Esperé un par de segundos en los que, como imaginé, ni Pablo ni Valeria se ofrecieron a volver a subir.

—Pero no pasa nada, ustedes vayan con Carlucho y Dolores, que yo subo a buscarla y en un rato estoy ahí.

No les tuve que insistir. Ellos continuaron hacia la casa del guardahilos y yo volví a subir al faro. Ni siquiera Bongo, mi amigo más fiel, quiso acompañarme. Moviendo la cola, se echó a esperarme al pie de la escalera con su cara llena de cicatrices apoyada sobre las patas delanteras.

Cuando estuve junto al faro, Tadeo volvió a salir de su casa sin que yo tuviera que golpear la puerta.

—¿Qué te olvidaste?

—No, nada. En realidad te quería hacer unas preguntas. ¿Tenés cinco minutos?

—Tengo seis días —respondió, soltando una pequeña risa—. Entremos a la casa que preparo unos mates.

—Qué paz —dije cuando, al entrar, el sonido del viento desapareció como por arte de magia.

—Vidrios dobles —respondió Tadeo, dándole unos golpecitos con los nudillos a una ventana desde la que sólo se veía el mar.

El farero señaló una silla y se sentó en otra.

—Vos dirás —dijo.

—¿No tendrás por acá algún libro con el alfabeto morse?

Tadeo me guiñó el ojo y, estirándose hacia atrás, abrió un cajón junto al horno.

—Anotá —me dijo, tirando sobre la mesa un cuaderno y un lápiz.

—A: punto, raya. B: raya, punto, punto, punto. C:...

—Pará, pará —lo interrumpí—. Cuando estábamos arriba del faro me dijiste que no lo usabas.

—En la Armada uno estudia cien mil cosas que después no se usan para nada.

—En cualquier carrera, me imagino —comenté, recordando mis clases de *Historia general de la educación* durante el profesorado.

—De todos modos —agregó Tadeo agachando la cabeza para mirarse la parte baja del torso—, de las cosas que tengo y no uso, el alfabeto morse es la que menos me preocupa.

Reímos y el farero me dictó el alfabeto entero.

—Vamos a comprobar qué tan bien lo recuerdo —dijo tras recitar la raya, raya, punto, punto de la zeta, y se metió por un pasillo que, supuse, daría a las habitaciones y al baño.

Al volver a la cocina, puso sobre la mesa un libro gordo titulado *Historia de las comunicaciones electrónicas*. Cuando encontró la página con el alfabeto morse, lo comparamos letra a letra con el que me acababa de dictar.

Sólo se había equivocado en la Q. Raya, raya, punto, raya.

—¡Qué maestro! —exclamé—. Una memoria prodigiosa. Vos tendrías que ir a uno de esos programas de la tele.

—No es para tanto, hombre.

Iba a despedirme cuando recordé el libro de visitas de la Cabaña, donde había encontrado el segundo mensaje de NN. Sin mucha fe en que me fuera a llevar a ningún lado, le pedí a Tadeo si podía ver el libro de visitas del faro del año noventa y ocho, esgrimiendo que había sido la primera vez que yo había subido al faro. Le dije que estaba casi seguro de haberlo firmado.

Un minuto más tarde, Tadeo me trajo un volumen que cubría la segunda mitad de la década del noventa. Ubiqué rápidamente el año noventa y ocho y pasé cada una de las páginas buscando la letra apretada y larga de NN. Si había algo, lo esperaba encontrar en el mes de noviembre, que era cuando la carta y la nota del libro de la Cabaña estaban firmadas. Pero llegué hasta el noventa y

nueve sin rastros de NN.

—No, che. Me debe haber jugado una mala pasada la memoria. Estaba convencido de haberlo firmado.

—A veces pasa.

—¡Ah! Casi me olvido otra vez. Vos sabés que yo tenía un tío que trabajaba para la Armada. Lo que no sé es si alguna vez lo mandaron al faro. ¿Ustedes tienen algún registro de los fareros que van pasando por esta casa?

La probabilidades de que los fareros de hacía treinta años siguieran en la zona eran mínimas. Las fuerzas armadas no solían dejar que sus empleados se quedaran en un mismo destino por más de dos o tres años. Sin embargo, si conseguía un nombre, podría intentar buscar un teléfono. Y, puestos a pedir milagros, a lo mejor lograba contactar con la gente que estaba en el faro el día que desapareció Fabiana Orquera.

Después de todo, según Carlucho el mensual no había visto ningún vehículo yendo ni viniendo entre Deseado y Las Maras aquella mañana. Si eso era cierto, la única dirección por la que podría haber llegado el asesino de Fabiana a la estancia era desde Cabo Blanco. Lo raro era que la ruta terminaba en el pueblo fantasma. Para llegar a Cabo Blanco, no había otra forma que pasar por Las Maras.

—¿En qué época laboró tu tío? —preguntó Tadeo.

—En el ochenta y tres.

Me dejó solo en la cocina una vez más. Cuando reapareció, llevaba en la mano un libro más gordo y más grande que el que habíamos firmado con Pablo y Valeria quince minutos atrás.

—Si tu tío estuvo en el faro entre el setenta y ocho y el ochenta y cuatro, está registrado acá.

Las páginas del libro estaban organizadas en filas y columnas. Cada entrada constaba de la fecha de inicio y fin del turno de los fareros, sus nombres y las actividades realizadas. También había varias columnas con códigos y abreviaturas que no entendí.

Cada veinte días, dos nuevos fareros relevaban a los anteriores. Y, según el libro que tenía en mis manos, eso había sido así por años. Por eso me sorprendí al ubicar finalmente el seis de marzo de mil novecientos ochenta y tres. El día que desapareció Fabiana Orquera no había dos ocupantes en la casa del faro, sino uno solo.

—¿Encontraste a tu tío? —me preguntó Tadeo, alcanzándome un mate.

—Todavía no, pero esto es curioso. ¿Por qué siempre hay dos fareros por turno y esta vez había solo uno?

Tadeo giró el libro sobre la mesa, orientándolo hacia él.

—Ni idea. Es muy raro, la verdad.

Quizás era una casualidad. Enorme, pero casualidad al fin.

—¿Esa no fue justo la época en que desapareció la piba? —quiso saber Tadeo.

—¿Qué piba? —disimulé.

—Una que había venido con un político a Las Maras.

—Ah sí, ya sé de quién hablás. Qué raro que sepas esa historia si hace sólo seis meses que estás en el sur.

—Es la historia más interesante de la zona. Me la contaron mis compañeros del apostadero la primera vez que iba a venir al faro. Para meterme miedo, nomás. Decían que a veces se aparecía el fantasma.

Sonreí y negué con la cabeza.

Antes de despedirme, me aseguré de memorizar el nombre del único farero de servicio el día que desapareció Fabiana Orquera.

Marco Pintaldi.

15 — LA SONRISA DE VALERIA

Cuando bajaba los primeros escalones tras despedirme de Tadeo, distinguí a Valeria sentada al pie de la enorme escalera. Acariciaba a Bongo, que seguía echado en el mismo sitio donde había decidido abandonarme. Levanté la vista hacia la playa, junto a la casa del guardahilos, y distinguí apenas las figuras de los Nievas y de Pablo junto al agua.

Valeria me esperaba sola.

Me dio la espalda hasta que estuve a cuatro escalones de distancia. Entonces se giró y, al apartarse el pelo que el viento le tiraba en la cara, me ofreció una sonrisa que yo no veía hacía mucho. Era un gesto suave, con los labios pegados y la cabeza inclinada hacia un costado.

Era la sonrisa que Valeria Nievas sólo utilizaba antes de pedirte un favor.

—¿Juntando coraje para subir otra vez? —pregunté.

—No. Esperándote —dijo, sin levantarse.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Valeria?

Sin reírse, me hizo un gesto para que me sentara junto a ella.

—Necesito pedirte algo.

—Me imaginaba.

—Tiene que ver con Pablo.

—Imposible. Hace años que me retiré del gremio de los asesinos a sueldo. Lo encontraste solita, librate de él solita. Aunque, la verdad es que te entiendo, la escena del coche fue un poquito exagerada...

Un puñetazo en el brazo me obligó a callarme.

—Te estoy hablando en serio. Necesito pedirte algo importante, Nahuel.

—Decime.

—Nahu, no me gusta un carajo como estás tratando a Pablo.

—¿A qué te referís?

—A que el día que lo conociste lo trataste de fascista, por ejemplo.

—Pero vos viste claramente por dónde venía la conversación. Me conocés, Valeria. Sabés la historia de mi tío Hernando. No me podía quedar callado.

—Y hoy le tomás el pelo con lo de la bombita del faro.

—Pero eso es una broma nomás. No sabés que...

—Yo lo único que sé es que Pablo ya está bastante nervioso conviviendo con mis viejos, que acaba de conocer, como para que encima vos te hagas el gracioso. Si vas a seguir tratándolo así, lo mejor sería que te vuelvas a Deseado.

Valeria dejó de hablar y, sin mirarme, se concentró en acariciar la espalda de Bongo. Sus dedos parecían enfocarse en la cicatriz del tamaño de una moneda que mi perro tenía en el hombro izquierdo.

—Me tenés que entender —se excusó—. No me siento cómoda.

Sus palabras me tomaron completamente por sorpresa. Pedirme que me fuera de Las Maras era como pedirme que dejara mi propia casa. Los Nievas eran para mí parte de mi familia. Y Valeria había sido siempre una especie de hermana. Al menos hasta hacía dos veranos.

—¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva? Por favor, Vale. Vos sabés lo que me gusta estar acá.

Era cierto. Y más aún ahora, cuando la respuesta a uno de los misterios más grandes de la Patagonia empezaba a asomar ante mis ojos tras treinta años sin novedad.

—No sé... —respondió Valeria.

—Además, en estos días tengo que ir a Deseado. En dos días, tres a lo sumo, salgo para allá. No es tanto lo que te pido, ¿no?

—¿Sabés lo que pasa, Nahu? Pablo es muy importante para mí. Muchísimo. Y, conociéndote como te conozco, saber que no estás en buenos términos con él me da miedo.

—¿Miedo de qué?

—De tus reacciones. A vos cuando te atacan, te defendés y no te importa cuánto herís. En ese sentido sos igual al puma que le hizo esto a Bongo.

El dedo de Valeria señalaba la cicatriz en el lomo de mi perro. Esa marca y las tres cruzándole la cara las tenía del día en que se había trezado con una hembra de puma. Ella defendía a sus cachorros y Bongo nos defendía a Valeria y a mí.

—Así como lo llamaste fascista —continuó Valeria—, tengo miedo de que en un momento de calentura de los tuyos le cuentes...

Valeria desvió la mirada, fingiendo concentrarse en la colonia de lobos marinos que tomaba el sol sobre un islote a cincuenta metros de la costa.

—Ya sabés a lo que me refiero ¿no?

Lo sabía perfectamente y a mí me costaba tanto como a ella definirlo con exactitud. Había empezado en Las Maras la noche del treinta y uno de diciembre, hacía dos años. Valeria acababa de abandonar definitivamente Córdoba, después de seis años infructuosos durante los que intentó estudiar veterinaria. Mucho después del brindis de las doce, cuando todos los demás se habían ido a dormir, nos habíamos metido en el garaje con dos vasos y una botella de Tía María sin abrir.

Para cuando nos dimos el primer beso, le quedaba sólo la mitad.

Durante el resto del tiempo que estuve en la estancia aquel verano, nos escabullimos al garaje cada noche. Y a pesar de que no hubo manta capaz de aislarnos del suelo helado del rincón donde estaban ahora las cajas con revistas, el recuerdo que tenía de esas noches era cálido.

El error lo cometimos queriendo continuar lo que habíamos empezado en Las Maras. Al fin y al cabo, hasta aquel verano nuestra relación había sido casi de hermanos. Yo me sabía de memoria sus virtudes, sus defectos y sus secretos. Y ella, los míos. Las únicas sorpresas que teníamos para ofrecernos estaban en la cama, y no nos duraron ni un año.

—Te entiendo perfectamente —le dije—, pero ¿te parece que hace falta que me lo digas? A mí nunca se me hubiera ocurrido abrir la boca.

—Me imagino. Pero me quedo más tranquila si te lo dejo claro.

—¿Me puedo quedar entonces?

—*Okey*, pero si se te escapa, te mato. Me van a importar un carajo tus razones. Si le llegás a contar a Pablo, o a insinuarle algo siquiera, no te hablo nunca más en la vida.

—Les voy a contar una historia —dije exagerando una voz grave—. Comienza allá por el tiempo en que me cepillaba a Valeria Nievas.

Otro puñetazo en el hombro. Era increíble el dolor que podía causar con esa mano chiquitita.

Me clavó un par de ojos que parecían furiosos, pero inmediatamente se largó a reír.

—Sos un tarado.

Las pocas veces que habíamos intentado hablar de *lo nuestro* después de que se terminara, lo habíamos hecho adoptando una actitud relajada, como si no nos hubiese afectado. O nos reíamos. Decíamos que si al menos nos hubiéramos metido mano diez años antes, podríamos haber culpado a las hormonas de la adolescencia. Bromeábamos como un mecanismo de defensa. Una forma de convencernos de que aquello había sido un error producto de una borrachera de fin de año. Como si no nos hubiéramos seguido viendo durante casi un año entero.

—Creo que más bien me estás tratando como un tarado. ¿Cómo se te ocurre que voy a decirle a tu novio nada de tu pasado, mucho menos cuando tiene que ver conmigo? Además, estamos todo el tiempo con tus viejos. Si ellos se enteraran de lo nuestro, me moriría de vergüenza. Creo que sería mi último verano...

—Ellos ya lo saben —me interrumpió Valeria.

—¿Cómo?

Con total naturalidad, se levantó del escalón y empezó a caminar hacia la playa donde estaban sus padres y su novio. Dio unos pasos y luego se giró para mirarme.

—¿Qué? —preguntó, levantando las cejas—. Si sabés que tengo un montón de confianza con mi

vieja en estas cosas. Además tanto ella como tu mamá siempre nos quisieron casar, así que supuse que se iba a poner contenta el enterarse.

Abrí la boca para decir algo, pero Valeria me ganó de mano. Sin darme la oportunidad de pronunciar palabra, volvió a hablar sobre su novio.

—Lo que pasa con Pablo —dijo—, es que es bastante celoso. Muy celoso, en realidad. Y además viene de una familia ultra católica, así que no creo que se tomara a bien que el típico amigo de la familia... bueno, ya sabés.

—¿Y qué hace una hippie como vos con un tipo celoso, religioso y que colecciona monedas?

—Qué se yo. Lo quiero. Y la mayoría del tiempo nos llevamos bien —dijo ella, y me volvió a ofrecer su sonrisa pedigüeña.

Continuamos caminando en silencio, con Bongo olfateando matas a nuestro alrededor. Cuando llegamos, Carlucho recogía la línea, que se sacudía con un pejerrey enganchado en el anzuelo. Dolores seguía sentada en las piedras con el termo a su lado y Pablo le tiraba pedacitos de carnada a un pingüino de Magallanes.

Los cuatro se giraron al oír nuestros pasos en el canto rodado. El pingüino se asustó de Bongo y volvió al agua, y Dolores y Carlucho sonrieron. Pablo se mostró indiferente.

16 — FUEGO

—Te cedo el honor —dije, secándome el sudor de la frente con el dorso de la mano. Luego entregué a Pablo una caja de fósforos.

Ambos estábamos en cuero y en cuclillas. No hacía una hora que habíamos vuelto de Cabo Blanco y, sin embargo, San Cayetano ya nos había encontrado trabajo. Traer leña desde la casa del mensual al patio en el que nos encontrábamos ahora y prender el fuego para cocinar los quince pejerreyes que había pescado esa mañana.

Pablo encendió un fósforo de la caja y con él prendió las puntas del papel de diario que asomaba entre las maderas.

—Hacía rato que tenía ganas de hablar con vos a solas —dijo tirando el fósforo sobre el papel que empezaba a arder.

—¿Y de qué?

—De Valeria. De nuestra relación.

—Yo me considero casi de la familia, pero no tanto como para meterme en tu relación con Valeria.

Pablo soltó una risita y empezó a toser con el humo. El papel terminaba de consumirse y la madera no había prendido.

—Me refería a *nuestra* relación —dijo, señalándose el pecho con el índice y apuntándolo después hacia mí—. La que tenemos vos y yo. La que vamos a tener, mejor dicho.

—No te entiendo.

—Nahuel, con todo respeto, dejame que te pregunte una cosa. ¿Te creés que no me di cuenta de por qué te fue a hablar Valeria? Yo creo que lo más importante es que dejemos las cosas en claro de antemano.

Sin decir nada, empecé a soplar el fuego para avivarlo. Al tercer intento, apareció una llama.

—Mirá, Nahuel, sé perfectamente que Valeria te fue a buscar al faro para hablarte de mí.

A pesar de que las llamas se hacían cada vez más grandes, seguí soplando.

—El que calla, otorga —concluyó Pablo.

Dejé de soplar pero continué callado, sin quitar la vista de las llamas. Era imposible que Pablo supiera de qué me había hablado Valeria. Imposible.

Su mano me apretó el hombro desnudo con más fuerza de la que me pareció necesaria.

—¿Qué hacés? —le dije, apartándola con un ademán brusco.

Hubo un silencio en el que ambos nos miramos sin pestañear.

—Está bien —dijo, mostrándome las palmas en señal conciliadora—. No hace falta que me digas nada. Al fin de cuentas, Valeria ya me contó todo.

—¿Qué te contó Valeria?

—Que estás celoso de mí, Nahuel. Es normal. Yo también lo estaría.

—¿Celoso, yo?

Pablo asintió con la cabeza.

—Yo en tu lugar también reaccionaría así.

—¿Me vas a decir de una vez de qué carajo estás hablando?

—Mirá, Nahuel, quiero que sepas que yo entiendo perfectamente el amor que le tenés a Valeria. Ella te considera familia, y vos a ella.

Asentí, aliviado. Era eso.

—Tenés que entender que nos criamos prácticamente juntos —dije.

—No te preocupes, yo lo entiendo perfectamente. También entiendo esa actitud que tuviste desde que nos conocimos de querer ridiculizarme. Lo de la lamparita del faro, por ejemplo.

Otro más con lo de la lamparita, pensé.

—Nahuel, yo entiendo todo eso, pero, con la edad que tenemos, me parece demasiado. Cualquiera diría que te pasa algo más con ella.

—¿Qué pelotudez estás diciendo?

—Yo lo único que quiero es que entiendas que Vale te quiere como un hermano. Como un hermano y nada más.

Esas palabras hicieron que mi cabeza se llenara de recuerdos atropellados. Valeria, yo y el Tía María en aquel rincón del garaje dos años atrás. El resto de las noches de ese verano y los encuentros esporádicos que tuvimos las veces que la visité en su casa de Comodoro. Y las fiestas de hacía un año, otra vez en Las Maras. Yo preparándome para un verano como el anterior. Valeria diciéndome, la noche de año nuevo, que había conocido a un tal Pablo. Que la cosa iba en serio. Que prefería que ya no nos viéramos.

Respiré hondo tres veces para calmarme.

No funcionó, así que con la mano derecha lo cacé del cogote.

17 — THE GREAT PRETENDER

—¿Cómo va eso? —preguntó una voz y automáticamente solté a Pablo, que me miró desafiante.

Carlucho apareció por la puerta de la cocina, vestido con camiseta blanca sin mangas y pantalón corto. Apoyada en la barriga traía una bandeja de acero inoxidable llena de pescado.

—¿Recién arrancan con el fuego? ¿Trajeron la leña cargada en tortuga o qué? Vamos, ayúdenme a sacar la mesa. Una tarde como esta no se puede desperdiciar.

En silencio, nos levantamos ambos de al lado del fuego. Pablo se masajeó el cuello con la mano.

—Seguid. Seguid con eso que ya me encargo yo de ayudar a Carlos.

La voz de la inquilina de la Cabaña nos llegó del camino que bordeaban los tamariscos. El mismo en el que, treinta años antes, Raúl Báez se había despedido por última vez de Fabiana Orquera.

—Muchas gracias —aceptó Carlucho, dejando la bandeja con el pescado sobre una maceta enorme con tierra gris y sin ninguna planta.

Se apresuró a extenderle una mano a la española, pero se arrepintió a mitad de camino.

—Mejor no, que te voy a llenar de olor a pescado. Chicos, apurando el fuego que hoy tenemos una invitada de honor. Pablo, te presento a la señora Nina, la inquilina de la Cabaña. Nina, Pablo es el novio de mi hija Valeria.

La mujer lo saludó con dos besos.

—Y supongo que a Nahuel ya lo conocerás, al menos de vista.

—Por supuesto —dijo Nina sonriéndome, y se metió a la cocina detrás de Carlucho.

Estaba a punto de reanudar mi discusión con Pablo cuando apareció Valeria trayéndonos un vaso de cerveza a cada uno, y ya no nos volvimos a quedar solos.

Una hora más tarde estábamos todos sentados a la mesa en el patio de la casa. Yo, que había pasado semanas enteras en la estancia casi cada año de mi vida, sabía que los días como éste eran una excepción. Sin viento, cielo despejado y calor. Había veranos enteros sin un solo día así en aquella parte de la Patagonia. Lo celebramos como se celebraba todo en Las Maras: comiendo en bajada y sin frenos.

Entre pejerreyes asados y puré de papas, la conversación giró en torno a las preguntas que le hacía Pablo a nuestra invitada. Qué la llevaba a quedarse un mes en un lugar como aquel y cosas por el estilo. Además de lo que ya sabía, esa tarde me enteré de que Nina tenía un hijo un poco más joven que yo; y que su marido, un capitán de la marina mercante española, había muerto hacía diez años. Fue cuando enviudó que comenzó a estudiar, nos dijo, aunque no hizo referencia a si se dedicaba a alguna otra cosa antes de eso.

Nina se desenvolvió con soltura durante el almuerzo, elogiando en cada oportunidad que tuvo la comida de Carlucho y el flan con dulce de leche que Valeria sirvió de postre. Hasta pegó un

puñetazo en la mesa cuando Dolores apareció con un bizcocho de chocolate para acompañar el mate.

—Ya os lo dije en Nochevieja y lo vuelvo a repetir ahora: no tenéis derecho a tratarme tan bien. Yo de aquí no me voy sin haceros una paella.

—Lo tiene difícil para conseguir los ingredientes —rió Carlucho.

—No vas a ir al pueblo para comprar comida, si acá hay de sobra —agregó Dolores.

—Tengo una idea. ¿Por qué no hacemos una paella patagónica? —sugirió Carlucho—. En lugar de ir al pueblo a comprar langostinos, le ponemos mejillones y pejerrey de Cabo Blanco.

—Pero mi paella no lleva pescado —rió Nina—. Sólo marisco y carne.

—Pero la patagónica, que estamos inventando en este momento, sí que lleva. Lleva pejerrey, mejillón y guanaco.

—¿Guanaco? —preguntamos Valeria y yo al unísono.

Nina soltó una gran carcajada.

—Ahora sí que me niego por completo, Carlos.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Carlucho—. Salimos un día de estos con el rifle y te das el lujo de cocinar una paella con guanaco cazado por vos misma. Con la puntería que tenés, sería pan comido.

—Ya le dije, Carlos, que soy incapaz de matar un animal.

—Matar por matar, claro que no. Yo tampoco lo haría nunca. Pero si es para comértelo, ¿qué problema hay? Vegetariana no sos —dijo, señalando el rincón del patio donde acabábamos de asar el pescado.

—Ya lo sé. Y sé que quizás para usted es ilógico, pero si para comer carne tuviera que matar yo misma al animal, entonces sería vegetariana.

—La verdad que sí, es ilógico.

Entonces Carlucho se dirigió a mí, a Pablo y a Valeria.

—El otro día invitamos a Nina a tirar un rato con el Rupestre. Puse unas latas sobre una piedra a unos cien metros y tiré un rato yo y un rato Dolores. Después le ofrecí a ella si quería probar.

—Si quería que le enseñaras —corrigió Dolores—. Fanfarrón, como siempre.

—¿Y yo qué iba a saber que ella era una tiradora profesional?

Todos miramos a Nina.

—¿Profesional? Nada de eso. Voy de vez en cuando a un club de tiro en Málaga, pero ni siquiera

tengo mi propio rifle. Uso los del club.

—Bueno, semiprofesional —ofreció Carlucho—. Da igual, la cosa es que un día de estos vamos juntos a cazar un guanaco, ¿no? Justo ayer nos comimos lo último que quedaba del que traje después de Navidad.

—Que no, Carlos —respondió pacientemente Nina—. Además, de todos modos tengo que ir al pueblo dentro de poco. Me gustaría llamar por teléfono a mi hijo, que cumplió años la semana pasada, y mandar unos emails importantes a España. ¿Alguno de vosotros tiene pensado ir en estos días?

—¿Le pasó algo al Polo? —preguntó Carlucho— ¿Querés que lo mire?

—No, el coche funciona perfectamente. Pero le tengo bastante respeto a conducir por el ripio. Está bien para tramos cortos. Ir a Cabo Blanco, por ejemplo. Pero hasta Deseado, si pudiera evitarlo, mejor.

—Yo tengo que ir mañana o pasado —dije.

Era verdad. Con la cogoteada que le acababa de meter a Pablo, me tenía que ir de Las Maras urgentemente. Además, si quería avanzar con el caso de Fabiana Orquera, ya iba siendo tiempo de hablar con gente, mirar el diario de la época, buscar en Internet.

—¿A qué? —preguntó Valeria, sorprendida.

—Quiero ver cómo está mi papá y además tengo que hacer un par de cosas.

—¿Algo que ver con ese artículo que estás escribiendo? —preguntó Pablo.

Y a vos qué carajo te importa, pensé. ¿Cómo podía ser que este tipo me hablara como si nada después de que hubiéramos estado a punto de agarrarnos a las trompadas? Recordé el título de una canción de The Platters: *The great pretender*. Pablo, el gran fingidor, no era trigo limpio.

Quería caerles bien a sus suegros en la primera visita, pero parecía transformarse cuando no estaba frente a Dolores y Carlucho. Yo mismo había visto cómo había tratado a Valeria de camino a Cabo Blanco cuando la piedra dio en el parabrisas. Y cómo acababa de meter cizaña mientras prendíamos el fuego.

—¿Escribes? —quiso saber Nina.

Una pregunta llevó a la otra y nos pasamos el resto de la sobremesa explicándole a una inquilina cómo otra, treinta años antes, había desaparecido en Las Maras. Carlucho, de mal humor, intervenía de vez en cuando para señalar las diferencias entre antes y ahora, y asegurarle a Nina que estaba fuera de peligro. Nina Lomeña asentía con una sonrisa, restándole importancia, pero a mí me pareció que la conversación la había inquietado un poco.

Para cambiar de tema, Dolores trajo la guitarra que toda la vida había estado colgada en la pared del comedor de la casa. De vez en cuando algún pariente o amigo de los Nievas —mi viejo, muchas veces— la descolgaba para tocar zambas y chacareras.

—Tocate algo —dijo, entregándome el instrumento.

Toqué “Chaltén” de Hugo Giménez Agüero y todos, incluso Nina Lomeña, corearon el “*Aonikenk, Chaltén*”. Cuando terminé, hubo ronda de aplausos.

—Pablo también toca —se apresuró a decir Valeria, y me quitó la guitarra de las manos.

Su novio sonrió, cambió apenas la afinación del instrumento y luego se dirigió a Nina.

—Esto se lo dedico a nuestra invitada de lujo.

Empezó a tocar y lo odié. Que yo supiera, nunca nadie le había arrancado a esa guitarra sonidos tan limpios. Era un ritmo de flamenco que comenzaba con un arpegio lento y triste. De a poco, los acordes impecables ganaban fuerza y velocidad. Nina acompañó el rasgueo con palmas.

Cuando todavía reverberaba la última nota, todos aplaudimos con la boca abierta.

—¿Te gustó? —preguntó Pablo a Nina.

—Me ha encantado.

—Qué lindo. ¿Qué es? —quiso saber Dolores.

—Paco de Lucía —dijeron Pablo y Nina al unísono.

—No sabía que tocabas ¿hace mucho empezaste? —volvió a preguntar la futura suegra.

—A los seis años tuve mi primera clase de guitarra clásica. Y a los diecisiete obtuve el título de profesor, pero eso fue más que nada por darles el gusto a mis viejos. A esa edad, empezaron a llamarme la atención otras cosas.

Mientras decía esto último, Pablo recorrió el contorno de la caja de la guitarra con su mano derecha mirando a Valeria.

18 — MOBY DICK

Pablo continuó hablando sobre su historia musical mientras el resto lo escuchaba interesado. Después Valeria le empezó a hacer preguntas sobre sus colecciones de monedas. Patético. En cuanto tuve la oportunidad, me escabullí en el interior de la casa.

Me encerré en mi habitación y abrí el último cajón de la cómoda. Allí estaban, tal como los había dejado, el sobre y la carta.

De un bolsillo saqué el papel que me había dictado Tadeo con el alfabeto en código morse. Lo puse sobre la cómoda, junto al sobre y una pequeña libreta para hacer anotaciones.

A.- B -... C -.-. D -.. E . F ..-. G --. H	
I .. J ---- K -.- L -.. M -- N -. O --- P .--.	
Q --- R -. S ... T - U ..- V ...- W .-- X ---	
Y -.- Z --.. 1 .---- 2 ..--- 3 ...-- 4-	
5 6 -.... 7 ----. 8 ----. 9 ----. 0 -----	

Mis ojos alternaron entre el alfabeto y el lacre hasta que, debajo de la estrella superior, reconocí cuatro puntos seguidos que, según mi teoría, formaban una raya. A su derecha había un punto. Raya y punto, pensé, anotando una N en la libreta. Continué en la dirección de las agujas del reloj y descubrí a continuación una U. Luego una O. Seguí así, descubriendo letras y escribiéndolas en la libreta frenéticamente, hasta completar el círculo.

NUOMD.

A primera vista, no tenía la menor idea de qué podrían significar esas letras. Clavé la mirada en la nariz de mi reflejo en el espejo detrás de la cómoda. Intenté concentrarme en algún posible significado para la secuencia NUOMD. O quizás era OMDNU, o DNUOM. Como el código era circular, no había forma de saber dónde empezaba la palabra. Si es que era una palabra.

Entonces me di cuenta de que estaba pasando por alto un detalle fundamental. Agrupar tres rayas en una O era una decisión completamente arbitraria. Podía ser que, de esas tres rayas, la primera correspondiera al final de una letra y las dos segundas, al comienzo de otra. O quizás eran tres T seguidas.

Decepcionado, me di cuenta de que sin saber dónde terminaba una letra y empezaba la otra, había millones de posibles combinaciones. O miles, qué más daba calcularlas. Lo importante era que podía pasarme toda la tarde generando palabras sin saber si tenían sentido.

Todo esto siempre y cuando los puntos y rayas del círculo fueran realmente morse. Después de todo, quizás las secuencias que acababa de anotar en la libreta no eran más que mis ganas de encontrar un mensaje donde no lo había.

Recordé un artículo que había leído hacía varios años. Un periodista estadounidense había publicado un libro donde revelaba mensajes ocultos en la Biblia. Predecía, entre otras cosas, el asesinato del primer ministro israelí Yitzhak Rabin. A medida que el libro ganaba popularidad, científicos de todo el mundo le saltaban al autor a la yugular, diciéndole en cartas abiertas que era posible encontrar mensajes ocultos en cualquier libro. No porque hubieran sido puestos allí a propósito, sino porque la combinatoria de letras era enorme. Ofendido, el periodista desafió a sus críticos a que encontrarán mensajes ocultos en Moby Dick y siguió, como si nada, maravillando a millones de lectores con su libro. Unos meses más tarde, un matemático australiano publicó en su página web cómo la novela de la ballena predecía los asesinatos de Luther King, Lincoln, Kennedy y la muerte de Lady Di.

Un poco así me sentía yo examinando el lacre: un hombre buscando un mensaje profético en Moby Dick.

19 — GUANACOS

—¿Tienes algún problema con el coche? —preguntó Nina a mis espaldas.

Habían pasado dos días desde la tarde en que me había ofrecido a llevarla a Deseado.

—Ninguno, todo en orden —dije, introduciendo la varilla medidora de aceite con una mano y sujetando la tapa del capó con la otra.

El viento hacía rato que había levantado la tregua.

Al girarme, me encontré a Nina sonriendo detrás de unas gafas de sol. Llevaba una mochila a la espalda y en una mano sostenía lo que me pareció un equipo de mate.

—*Podría ser tu mamá* —dijo una voz adentro de mi cabeza.

—*Pero no lo es* —respondió otra.

Cerré el capó del Uno con fuerza, y el estruendo disipó esos pensamientos.

—¿Lista para el viaje? —pregunté.

—Cuando tú quieras.

—A mí sólo me falta una cosa —dije.

Llevándome los dedos anulares a la boca, solté el silbido que me había enseñado Patipalo cuando yo apenas era un niño y me la pasaba casi todo el tiempo con él, torturándolo a preguntas.

Por detrás de los tamariscos donde siempre cazábamos perdices, apareció mi perro. Vino corriendo hacia mí y apoyó sus patas delanteras en mi pecho, dejando su cara a un palmo de la mía.

—¿Dónde estabas, Bongo? —le pregunté, y me dio un lengüetazo en la cara.

Abrí la puerta del Uno y tiré el asiento del conductor hacia adelante. Como siempre, Bongo saltó para acomodarse en el de atrás.

—¿Ya se van? —preguntó Carlucho saliendo de la casa. Llevaba el Rupestre en una mano, con la culata tallada apuntando hacia arriba.

—Sí, ya nos vamos. No hace falta que nos echés a los tiros —bromeé.

—¿Se va a cazar? —preguntó Nina señalando el Máuser.

—A ver si engancho un guanaco. ¿No querés venir?

La mujer soltó una carcajada y se metió dentro del coche. Yo estaba por hacer lo mismo cuando Carlucho alzó una mano.

—Casi me olvidaba —dijo—. Vení, ayudame con una cosa.

Hice señas a Nina para que me esperara y me metí en la casa detrás de Carlucho.

Dos minutos más tarde, metíamos en el baúl de mi coche una caja de madera que apenas podíamos cargar entre los dos. Dentro había, según Carlucho, una pata de cerdo cubierta completamente con sal de la salina de Cabo Blanco.

—Es para tu viejo —dijo Carlucho—. Compramos la pata a medias y la íbamos a salar este verano acá, pero como al final él no pudo venir la preparé yo solo. Llévala.

—No pudo venir porque tuvo un preinfarto, Carlucho —le recordé—. No puede comer esta bomba atómica.

—Por una feta o dos no pasa nada. Decile a tu vieja que se lo racione y listo.

Negando con la cabeza, cerré el baúl, me metí al coche y puse primera.

Avanzamos despacio los primeros kilómetros de camino trajinado entre la casa y la ruta provincial 91. Una vez allí, pasé de tercera a cuarta y aceleré hasta alcanzar ochenta por hora. Más, en una ruta como aquella, era suicida.

Los primeros kilómetros los hicimos en silencio. Nina Lomeña tenía un brazo echado hacia atrás y le acariciaba el cuello a Bongo, despatarrado de punta a punta en el asiento trasero.

—¿Te apetece beber un mate? —preguntó ella cuando nos acercábamos al guardaguanados que separaba Las Maras de la estancia del Cholo Freile.

Dejé escapar una risita.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. Que me parece rarísimo que lo preguntes con ese acento y con esas palabras.

—Bueno. A ver... vamos de nuevo. Che, boludo, ¿querés tomar unos mates?

Dijo esto último con un perfecto acento argentino.

—Pues vale, tía —le respondí, pero mi intento de español me salió más cubano que otra cosa.

Riendo, Nina Lomeña, más española que las pesetas, preparó un mate amargo bastante decente.

—¡Guanacos! —gritó cuando doblamos una curva después de una subida.

En efecto, una manada de seis o siete guanacos adultos y dos o tres crías pastaban a la orilla de la ruta.

Aminoré la marcha y Nina, sosteniendo el termo entre sus piernas y entregándome el mate vacío, se apuró a buscar en su mochila una Canon grandota. Bajó el vidrio y, sacando medio cuerpo por la ventanilla, disparó decenas de fotos.

—Gracias por frenar para que hiciera las fotos —dijo cuando los dejamos atrás.

—De nada. Aunque en realidad... freno más bien por precaución. La mayoría de las veces los guanacos se alejan al ver un auto y no pasa nada. Pero si se asustan mucho pueden salir corriendo para cualquier lado y uno termina con noventa kilos de animal metiéndose por el parabrisas.

20 — EL LEONERO

—¿Sabes a qué me recuerda este paisaje? —preguntó Nina mirando por la ventanilla la meseta plana e interminable.

—¿A Marte? —arriesgué.

—Casi, pero un poco más cerca. Al desierto australiano.

—¿Estuviste en Australia? Es uno de los países que más me gustaría visitar.

—Sí, estuvimos con mi marido un par de años antes de que falleciera —dijo sin nostalgia ni tristeza—. La mayor parte de la isla es un gran desierto, que ellos llaman el *outback*.

—¿Y en qué se parece a esto?

—En mucho —dijo, entusiasmada—. En que es absolutamente plano y en que la única vegetación son matitas bajas, como éstas. La tierra también es dura y seca como la de aquí, sólo que un poco más roja.

—¿Pero el clima es completamente diferente, no?

—Completamente. Nosotros fuimos en verano, y puedes freír un huevo sobre una roca. Otra diferencia es que allí hay varias de las serpientes y arañas más venenosas del mundo. Aquí en cambio, ¿qué animal va a querer hacerte daño? ¿Un guanaco? O una de esas avestruces tan bonitas... ¿cómo las llamáis? ¿Chuques?

—Choiques —reí, pronunciando una de las pocas palabras que los patagónicos conservábamos de la extinta lengua Aonikenk.

—Choiques —repitió ella—. El caso es que aquí sólo tenéis animales majos.

—Yo sé de uno que, si pudiera hablar, no estaría de acuerdo —dije, mirando a Bongo por el retrovisor.

—¿Qué quieres decir?

—Muy de vez en cuando un estanciero se levanta y encuentra diez o quince ovejas muertas. Entonces hay que llamar al leonero.

—¿Al leonero?

—El león es una forma coloquial de llamar al puma. Y el leonero es una persona que se dedica a cazarlos cuando el estanciero considera que ya ha perdido demasiadas ovejas.

—¿Me estás diciendo que aquí, en el mismo lugar donde los pingüinos vienen a saludarte mientras estás pescando, hay gente que se dedica a cazar pumas?

—En esta zona, muy de vez en cuando —repetí—. Pero a medida que te alejás hacia la cordillera, más trabajo tienen los leoneros. Cerca del Bosque Petrificado, por ejemplo, hay campos enteros

sin animales. Y por la zona de la Cueva de las Manos hace tiempo que reemplazaron las ovejas por los caballos, que son demasiado grandes para el puma.

—¿Y cómo se caza un puma?

—Durante días, el leonero le sigue el rastro a caballo con la ayuda de varios perros hasta que al final el puma se cansa y se atrinchera. Entonces lo mata a tiros.

—¿Y qué tiene que ver Bongo con todo esto?

Vi por el retrovisor que, al escuchar su nombre, mi perro levantó la cabeza por un segundo. Luego volvió a apoyarla sobre sus patas delanteras.

—La última vez que hubo que llamar al leonero en Las Maras fue un verano hace unos nueve años —dije—. Como siempre, yo estaba en la estancia con mi familia pasando las fiestas. A pedido de Carlucho, Patipalo había encerrado seis corderos en el corral que hay justo al lado de su casa. Eran para ir carneando entre navidad y año nuevo. Si pasaste las fiestas con ellos, te habrás dado cuenta de la cantidad de carne que pueden comer veintipico de personas.

—Pues este año no llegábamos a veinte y Carlos asó dos corderos para Nochebuena.

—Bueno, hace nueve años era igual de exagerado. La cosa es que al otro día los seis corderos amanecieron muertos en el corral. Todos con la panza abierta y las tripas afuera.

—¿Un puma?

—Peor que eso. Una hembra enseñando a matar a sus cachorros.

—¿Y Carlos llamó al leonero?

—Efectivamente. Pero, como te imaginarás, si ahora no tenemos teléfono, ni Internet, ni ninguna otra forma de comunicarnos, menos que menos hace nueve años. Así que Carlucho mandó el mensaje con un primo suyo que se volvía al pueblo. A las pocas horas, ya anunciaban en la radio AM que se necesitaba leonero en la estancia Las Maras.

Frené un poco el Uno para pasar un guardaguanado. Un cartel nos dio la bienvenida a la estancia La Luna. Propiedad privada. Campo envenenado. Prohibido cazar.

—A los pocos días, Valeria y yo salimos a pasear una tarde. Ella llevaba a su perro, que se llamaba Zoilo, y yo a Bongo, que ya tenía el tamaño de ahora pero todavía era un cachorro.

—Todos fuimos jóvenes alguna vez, aunque parezca mentira —dijo Nina, girándose para darle una palmadita en la pierna a Bongo.

Era la oportunidad perfecta para dejarle caer un piropo. Decirle que no se tirara abajo. Que había gente, yo por ejemplo, que pensaba que estaba como cañón. Pero decidí dejarlo pasar.

—Caminamos un par de kilómetros, desde la casa hasta un lugar al que llamamos Las Cuevas —continué—. Es un cañadón que no tiene más de quince o veinte metros de ancho.

—Ahí fue donde Carlos me llevó a practicar con el rifle. Es una caminata preciosa.

—Sin viento —acoté—. Esa tarde no había casi nada, así que con Valeria quisimos hacer lo que hacíamos siempre: ir hasta ahí, comer algo al reparo del cañadón, y después pegarnos la vuelta.

Nina me ofreció un mate.

—Cuando terminamos de comer, nos pusimos a pasear por el cañadón. Trepamos alguna que otra roca. Tiramos palos para que los perros fueran a buscarlos. Lo de siempre.

—Hasta que... —adivinó Nina.

—Exactamente. Hasta que los perros empezaron a gruñir y a subir por las rocas de una de las paredes del cañadón. Ladraban con toda su fuerza y se alejaban cada vez más de nosotros, sin hacer caso a nuestros llamados ni silbidos ni nada.

—Esto no me gusta nada.

—Se pararon frente a una cueva que había en la pared de piedra y siguieron ladrando. Yo le dije a Valeria que seguro habían encontrado una liebre o una mara. Y como los llamábamos y no venían, empezamos a subir la pared para ir a buscarlos. Fue todo demasiado rápido. Cuando llegamos junto a los perros oímos un gruñido horrible y un instante después el puma salió de la cueva, enseñando los dientes a tres metros de nosotros.

—¡Ay, no! —exclamó Nina.

—Atrás del animal aparecieron tres crías.

—La madre y los cachorritos que habían matado a las ovejas.

—Sí. Cachorritos dos veces más grandes que un gato adulto, que además gruñían.

—¿Y qué hicisteis?

—Nada. Nos quedamos petrificados del miedo. Me acuerdo como si fuera hoy de pensar que la madre estaba tan cerca que ya no tenía sentido correr. Yo tenía un palo en la mano, y lo único que atiné a hacer fue extenderlo para interponerlo entre nosotros y ella.

Hubo un momento en el que sólo se escuchó el ruido de las piedras golpeando la parte de abajo del Uno.

—A lo mejor no tendría que haber hecho eso —dije, devolviéndole el mate vacío.

—¿Por qué?

—Creo que se sintió amenazada, porque se abalanzó hacia Valeria y hacia mí sin siquiera mirar a los perros.

Estiré una mano hacia atrás y le hice una caricia a Bongo.

—Por suerte este loco sí que reaccionó. Me acuerdo que dejó de ladrar. Soltó un gruñido que

nunca más le oí y saltó hacia el puma con la boca abierta. Abrazados, empezaron a rodar por el suelo convertidos en una bola de rabia.

Nina se agarró la cabeza con las dos manos.

—Zoilo, el perro de Valeria, se sumó enseguida. Nosotros empezamos a gritar, pero no sirvió de nada. Siguieron peleando durante unos segundos hasta que escuchamos un gemido agudo y Zoilo cayó hacia un lado. El puma, librándose de Bongo, se escapó trepando por las rocas con los cachorros corriendo tras él.

Nina me ofreció otro mate, que tomé antes de continuar con la historia.

—No me voy a olvidar nunca de la imagen al acercarnos a nuestros perros. Estaban completamente destrozados. Zoilo tenía la panza abierta de un zarpazo desde el pecho hasta la ingle, y por cada uno de los tres tajos que habían hecho las garras del puma salía sangre y asomaban tripas. Murió enseguida, pobrecito.

—¿Y Bongo?

—Sin poder caminar y con el hocico destrozado. Las cicatrices que tiene son de aquella vez.

—¿La del hombro también?

—También. El puma le arrancó un pedazo de carne casi tan grande como un puño. Me acuerdo que se le veía el hueso del omóplato.

—¿Y qué hicisteis allí, solos?

—Caminamos de vuelta hacia la casa cargando a Bongo un rato cada uno.

Recordar esa caminata me hizo pensar en todo lo que Valeria y yo habíamos vivido juntos. Cuando todavía éramos como hermanos, antes de cagarla bien cagada sin más motivos que una borrachera de año nuevo.

—¿Y? —preguntó Nina.

—Cuando llegamos a la casa, Carlucho agarró el Rupestre y una caja de balas y se fue con Patipalo a Las Cuevas a buscar el cuerpo de Zoilo para enterrarlo. Mientras tanto, mis padres y yo nos volvimos a Deseado para llevar a Bongo al veterinario. Me acuerdo que tuvimos que ir a buscarlo a la casa de la suegra porque era domingo. Cuando vio a Bongo le dio un veinticinco por ciento de probabilidades de sobrevivir.

Entonces Nina se giró en el asiento y estiró la mano hasta posarla en el manchón de cuero sin pelo en el hombro de Bongo.

—Qué bien tú, desafiando las probabilidades —dijo, acariciándolo.

Bongo, agradeció la caricia con un lengüetazo en la mano de la española.

—O sea que palabras más, palabras menos, Bongo te salvó la vida.

—Ni de más ni de menos —respondí—. Si no fuera por él, hoy no estaría acá. Entero, al menos.

Nos quedamos en silencio. Nina me dio un par de mates más y se giró dos o tres veces para volver a acariciar a Bongo.

—¿Y qué pasó con el puma? —preguntó unos kilómetros más adelante.

—A los pocos días apareció el leonero en la estancia. Cuando Carlucho le contó lo que había pasado, el hombre salió a caballo llevándose varios perros en dirección a Las Cuevas. Al día siguiente volvió con los cuatro cueros.

—¿También mató a las crías?

—Le pagan por eso —respondí, y frené un poco para cruzar otro guardaganado.

21 — EL FANTASMA DE FABIANA ORQUERA

Dejé a Nina en el hotel Los Acantilados y quedamos en que la pasaría a buscar dos días más tarde para volver a Las Maras. Una vez estuve solo, enfilé el Uno hacia mi casa.

Al llegar y abrir la puerta, Bongo se apresuró a entrar y hacer el reconocimiento de rigor. Primero se metió en mi habitación y luego dio una vuelta por el comedor, pasando junto a los arañazos que él mismo había hecho en la puerta a lo largo de los años. Yo siempre decía en broma que Bongo era el perro guardián que menos discriminaba en el mundo. Él ladraba a todos por igual. Cada vez que alguien tocaba el timbre, o incluso cuando yo mismo metía la llave para entrar, se abalanzaba ladrando sobre la puerta e incrustaba un arañazo más en la madera.

Satisfecho con el reconocimiento de la casa, Bongo se echó en un rincón sobre la manta llena de pelos en la que dormía desde cachorro.

Yo me saqué la campera y la colgué en un perchero en la pared, al lado de la postal enmarcada que había aparecido en Las Maras dentro de un Martín Fierro. Como lo venían haciendo hacía noventa años, los viajeros continuaban desembarcando en Deseado.

Encendí mi computadora. En tres días había recibido veintitrés correos, casi todos inútiles. Busqué en Google “Fabiana Orquera” y me sorprendí al ver aparecer miles de resultados. Entré en el primero, una página llamada “El blog de Fabiana Orquera” que daba la bienvenida al visitante con la foto de una adolescente de flequillo negro peinado hacia al costado y un escote importante. Como si fuera necesario, antes de cerrar la página leí que esa Fabiana Orquera había nacido en Caracas en los años noventa.

Refiné mi búsqueda a “Fabiana Orquera Puerto Deseado” y los resultados se redujeron a una única página. Era una noticia del archivo digitalizado del diario Reportes de Santa Cruz, el periódico más amarillista de toda la provincia. El título de la noticia era “El fantasma de Fabiana Orquera” y había sido publicada el cuatro de octubre de mil novecientos noventa y tres. Diez años después de la desaparición de la joven entrerriana.

PUERTO DESEADO – Como ya hemos adelantado en la edición del día de ayer, tras el escrutinio de varias mesas electorales, se confirma que ha sido reelecto como intendente de la localidad de Puerto Deseado don Luis Ángel Díaz, del Partido Liberal. Por su parte, Raúl Báez obtiene un magro cinco por ciento que ni siquiera alcanza para dar a su Partido Deseadense un escaño en el Concejo Deliberante de la localidad. De esta manera, Báez se queda por tercera vez sin el máximo cargo ejecutivo del pueblo.

La primera derrota del político fue en las elecciones generales de octubre de 1983. A los inicios de la campaña electoral, Báez lideraba en las encuestas del diario El Orden con una diferencia de veinte puntos sobre don Ceferino Belcastro. Sin embargo, a siete meses de los comicios, una aventura extramatrimonial con final trágico lo cambió todo. El domingo seis de marzo de 1983, la joven Fabiana Orquera, oriunda de la provincia de Entre Ríos, desapareció de la estancia Las Maras mientras pasaba un fin de semana con el candidato. Báez declaró que un golpe muy fuerte en la cabeza le hizo perder el conocimiento y que al despertar se encontró empapado en sangre, sin rastros de la joven por ningún lado. Días más tarde se confirmó que la sangre no

era humana sino ovina.

Tras el escándalo político, Raúl Báez se vio obligado a retirarse como candidato del que en aquel momento era su partido, la Unión Cívica Radical. Seis meses más tarde fue sometido a juicio oral y público con la carátula de Homicidio Simple (aunque nunca se encontró el cuerpo de Fabiana Orquera), en el cual se lo halló inocente por falta de pruebas. A pesar de su absolución, la imagen pública del político sufrió un deterioro considerable en la conservadora sociedad de Puerto Deseado.

Seis años más tarde, para las elecciones de 1989, la Unión Cívica Radical volvería a apostar por Báez como candidato al mayor puesto político de la localidad. Las encuestas indicaban que la popularidad del candidato había mejorado considerablemente. Sin embargo, una mañana en plena campaña, la mayoría de las caras de Báez que empapelaban la localidad amanecieron tapadas por un cartel con las palabras FABIANA ORQUERA. MEMORIA. Finalmente, Báez perdió aquellas elecciones a manos de don Luis Ángel Díaz, del Partido Liberal, por siete puntos de diferencia.

Es por tanto la derrota del pasado domingo la tercera en la carrera de Báez, quien esta vez se presentó a la cabeza del Partido Deseadense, fundado por él mismo al serle rechazada la posibilidad de ser nuevamente el candidato en la Unión Cívica Radical. Esta vez, durante la campaña no hubo juicio ni carteles pidiendo memoria, aunque no faltó quien en debates radiales mencionara un “pasado turbio” y hasta una “dudosa moral”, confirmando que, a diez años sin noticias de Fabiana Orquera, el fantasma de su desaparición sigue sin dejar en paz a Raúl Báez.

A pesar de ser la única referencia que pude encontrar en Internet sobre la desaparición, al terminar de leer aquel artículo tuve la sensación de que había logrado encajar una pieza más en el rompecabezas.

Hasta ahora creía que la única forma de descubrir la identidad de NN era descifrando su frase ambigua sobre entender la importancia del orden y la perseverancia. Sin embargo, en la carta que había dejado en Las Maras, NN mencionaba que había llegado el momento de confesar el asesinato, ahora que Raúl estaba muerto. Eso confirmaba que, de alguna manera, el homicidio tenía que ver con Báez. ¿Y si había sido un enemigo político quien había asesinado a Fabiana Orquera para dañar la reputación de Báez?

Busqué entonces “Ceferino Belcastro” en Google. Casi todos los resultados eran de archivos de periódicos. Noticias de los seis años durante los que Belcastro había sido el intendente de Puerto Deseado. Me bastó con leer cuatro o cinco para averiguar que aquel hombre era un político argentino con todas las letras. Era amigo de las medidas populistas y bastante proclive a desautorizar, no siempre conservando los buenos modales, a cualquiera que no opinara como él. Había cambiado poco la cosa en treinta años, pensé.

Continué leyendo sobre el rival de Báez hasta que, en una noticia mucho más reciente, me enteré de que había muerto en abril del año dos mil. Saqué entonces de mi mochila la carta de NN. Estaba fechada en noviembre del noventa y ocho. Un año y medio de diferencia. ¿Podía considerarse ese tiempo “poco hilo en el carretel”, como mencionaba NN en su carta? ¿Eran NN y

Ceferino Belcastro la misma persona?

Por mal que me cayera Belcastro después de haber leído media hora sobre él, me costaba creerlo. Analizándolo fríamente, era poco probable que alguien fuese capaz de asesinar y hacer desaparecer el cuerpo de una persona inocente para ganar unas elecciones municipales. Poco probable, ¿pero podía descartarlo?

De cualquier modo, incluso suponiendo que Belcastro fuera NN, nada de eso explicaba el motivo para ocultar el cuerpo hasta después de la muerte de Báez. Ni siquiera cabía la posibilidad de que fuera para mantener la mala imagen de Báez y seguir ganando elecciones, como sugería “El fantasma de Fabiana Orquera”. Después de todo, Belcastro y Díaz, el intendente que lo sucedió, no eran del mismo partido. De hecho, se odiaban a muerte.

Concluí que si el asesinato de Fabiana Orquera había sido para perjudicar a Báez, el objetivo era su vida personal. Una venganza, quizás. Pensé en una esposa que descubre al marido infiel y decide arruinar la vida de él y de su amante. Era extremo, pero había pasado mil veces. Me anoté mentalmente averiguar dónde había estado la mujer de Báez aquel día.

Continué navegando por Internet. Al cabo de un buen rato sin encontrar nada me convencí de que la información que necesitaba para avanzar con el caso no iba a estar en la red. Si quería enterarme de algo, tendría que indagar a la vieja usanza.

Apagué la computadora y descolgué la campera del perchero.

22 — LA CINTA

Abrí la puerta y la alarma antirrobo retumbó en el salón vacío, taladrándome la cabeza. Tapándome un oído con el hombro y el otro con una mano, me apresuré a sacar del bolsillo el pedazo de papel que me había dado Lucía Dimópulos. Siguiendo sus instrucciones, encontré un pequeño teclado numérico en la pared al otro lado de la sala. Ingresé los cuatro dígitos escritos en el papel y la alarma dejó de sonar.

Sonreí. ¿En qué otro lugar del mundo podía presentarme un domingo a las tres de la tarde en la casa de la directora de la biblioteca del pueblo y salir de allí con la llave del edificio y el código para desactivar la alarma?

Bajé a una pequeña habitación en el subsuelo y me senté frente al escritorio como lo había hecho otras tantas veces en las que, para escribir mi columna de El Orden, tuve que consultar ediciones anteriores. Abrí un cajón ancho y poco profundo y pasé la punta de los dedos por algunas de las más de doscientas cajas de cartón blanco que contenía. Apenas más grande que una de fósforos, cada caja tenía el lomo rotulado con meses y años. Ubiqué la que decía *ENE-MAR 1983* y extraje de ella un carrete de microfilm.

Encendí el proyector y la pantalla se llenó de una luz amarillenta. Coloqué el carrete y giré la manivela hasta que, después de un metro de cinta en blanco, la portada del primer sábado de enero de 1983 apareció frente a mí. Continué girando la manivela y las páginas del semanario pasaron por la pantalla como un paisaje visto por la ventanilla de un tren. Deteniéndome de vez en cuando para mirar la fecha, ubiqué la edición del doce de marzo del ochenta y tres: el sábado siguiente a la desaparición de Fabiana.

En la cuarta página, junto a una noticia que anunciaba la construcción de un acueducto desde Los Antiguos, encontré las primeras referencias a su desaparición. Era una pequeña columna con el título *Llamado a la solidaridad*.

Se necesita con suma urgencia dar con el paradero de la señorita Fabiana Orquera, Argentina, oriunda de la provincia de Entre Ríos, de veintitrés años de edad. Fue vista por última vez en la estancia Las Maras, a ochenta kilómetros de Puerto Deseado y quince de Cabo Blanco, el pasado domingo seis de marzo. Vestía una camisa a cuadros roja y blanca, y pollera de color marrón oscuro. Señas particulares: complexión física menuda; 1.50 m de altura; pelo lacio, castaño y por debajo de los hombros; ojos marrones. A quienes puedan aportar cualquier información, agradeceremos se acerquen a la comisaría de Puerto Deseado.

Atentamente.

Julián Prieto. Comisario de Puerto Deseado.

Eso era todo. No había una crónica sobre la desaparición, ni mucho menos una referencia a Raúl Báez. Hice memoria: Carlucho me había dicho que Báez había reportado la desaparición en la comisaría el domingo. El Orden salía los sábados y yo sabía, por las columnas que entregaba, que los viernes a las seis de la tarde cerraban la edición. Asumiendo que los tiempos hubieran sido similares treinta años antes, la historia había tenido casi cinco días enteros para amplificarse

pasando de boca en boca. Me imaginé cómo ese sábado, mientras la gente del pueblo leía el pedido de información publicado en el semanario, comentarían los rumores de descuartizamientos, violaciones y ritos satánicos.

Avancé el microfilm hasta encontrar la portada de la edición de la semana siguiente. Unas enormes letras negras abarcaban casi media página anunciando “Trece días sin Fabiana”. La otra mitad la ocupaba una foto en blanco y negro de una mujer joven que sonreía a la cámara.

Centré en la pantalla del proyector el rostro algo borroso de esa chica que sin duda había sido preciosa. Sonreí mientras buscaba mi cámara en la mochila. Acababa de obtener mi primera imagen de Fabiana Orquera.

El sonido de mi teléfono rompió el silencio de la pequeña salita en el subsuelo de la biblioteca.

—Mamá, ¿cómo andás? —atendí.

—¿Qué hacés, hijo? ¿Te pasó algo?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—Porque volviste al pueblo.

—¿Y vos cómo te enteraste?

—Hace un rato llamó el Petiso López.

El Petiso López era un amigo de mi viejo que trabajaba de sereno de barcos mercantes.

—Habló con tu padre. Dice que salía del puerto y vio tu coche entrando por la ruta. ¿Quién era la mujer que iba de acompañante?

—Veo que el Petiso no pierde ni la buena vista ni la lengua larga.

—Y vos no perdés la habilidad para cambiar de tema. ¿Quién era? ¿Valeria? —preguntó con entusiasmo.

—No, no era Valeria, ma. Es una larga historia.

—¿Y por qué no te venís a comer mañana y nos la contás? Tu papá va a hacer tallarines caseros.

—Mejor hagamos así. Voy mañana a comer los tallarines pero no te cuento nada. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo. Igual me voy a enterar, no te preocupes.

De eso no me cabía la menor duda, pensé mientras me despedía de mi madre. Al colgar, me guardé el teléfono en el bolsillo y me concentré en el artículo sobre Fabiana Orquera que empezaba debajo de las letras gruesas de la portada.

REDACCIÓN – Han transcurrido ya trece días desde que Fabiana Orquera fuera vista por última vez en la estancia Las Maras. Raúl Báez, conocido abogado de nuestra localidad y candidato a intendente por la Unión Cívica Radical, se encuentra detenido como único

sospechoso de la desaparición de la joven.

Según fuentes cercanas a la investigación, Báez mantenía un romance extramatrimonial con Orquera desde hacía meses. La pareja se habría trasladado a la estancia Las Maras, en las cercanías de Cabo Blanco, para pasar el fin de semana... (continúa pág. 7).

Giré la manivela del microfilm con fuerza. Cuando me detuve, estaba en la sexta página. Seguí, un poco más despacio. Justo antes de pasar a la séptima, el proyector emitió un ruido que me produjo dentera. Fue un sonido a celofán arrugado, como cuando se enganchaba la cinta en los antiguos radiocasetes.

Al compás de ese chirrido aparecieron, por la derecha de la pantalla, unas letras escritas a mano con caligrafía apretada e inclinada hacia adelante. Un estilo que ya me era familiar.

A SESENTA Y CINCO DE LA TORRE. MIRÁNDOLA, HACIA LAS Y CUARTO DE CUALQUIER HORA. SIEMPRE EN LA DIRECCIÓN DEL AGUA. NN.

Mi primera reacción al descubrir aquello fue preguntarme cómo había pasado por alto algo tan obvio. En su nota anterior, casi al margen del libro de visitas de la Cabaña, NN mencionaba la importancia del orden. Sin embargo, no se me había ocurrido asociar esa frase con el nombre del periódico del pueblo —en el que yo mismo tenía una columna—. La importancia de El Orden.

Avergonzado de que se me hubiera escapado la tortuga de esa manera, intenté encontrarle algún sentido al mensaje con el que me acababa de topar.

La primera oración, *A SESENTA Y CINCO DE LA TORRE*, la comprendía a medias. La torre tenía que ser el faro de Cabo Blanco. En primer lugar, porque la casa junto al faro había sido toda la vida la casa de los torreros. Luego, el hecho de que la segunda construcción más alta en doscientos kilómetros a la redonda fuera un hotel de cuatro pisos —el único ascensor de Puerto Deseado—, ayudaba a despejar las dudas. Los *SESENTA Y CINCO*, supuse, serían distancia. Metros, quizás. O kilómetros, o leguas.

En la segunda frase me detuve un buen rato. *MIRÁNDOLA, HACIA LAS Y CUARTO DE CUALQUIER HORA*. Lo primero que se me ocurrió era que debía fijarme dónde caía la sombra de la punta del faro a las y cuarto. Pero comprendí casi de inmediato que en cada hora del día, cada día del año, la sombra estaría en un lugar distinto. Entonces me incliné por alguna rutina que sucediera en el faro a las y cuarto de cada hora. Quizás no ahora, que todo estaba automatizado, pero sí en el pasado. O a lo mejor tenía que ver con lo que hacía la luz del faro a la noche. En resumen, no tenía idea de qué quería decir aquello.

La última frase, *SIEMPRE EN LA DIRECCIÓN DEL AGUA*, me pareció la más clara de todas. Fuera lo que fuese que tenía que hacer —caminar, mirar— debía hacerlo en dirección al mar.

En definitiva, no comprendía por completo las palabras pegadas en el microfilm, pero supuse que eran instrucciones. Deseé que lo fueran. Con un poco de suerte, instrucciones para llegar a la tumba de Fabiana Orquera.

Me incliné hacia atrás en la silla y resoplé. ¿Era yo el primero en ver esto? Si la carta que había

encontrado en Las Maras había sido escrita hacía quince años, el mensaje en el microfilm probablemente llevaría allí el mismo tiempo, especulé. ¿Era posible que nadie hubiera consultado esa edición en una década y media? No había forma de saberlo a ciencia cierta, porque en la biblioteca sólo se registraban los accesos al archivo en microfilm, pero no los carretes consultados. Sin embargo, no me hubiera extrañado: yo mismo de vez en cuando desenrollaba un carrete con la punta de la cinta sin el pliegue característico de haber pasado por el proyector al menos una vez.

Copié el mensaje en una hoja de papel y luego quité el carrete del proyector. Vi en el microfilm un cuadrado minúsculo pegado con cinta adhesiva transparente. Con cuidado, lo retiré y volví a unir las páginas seis y siete de El Orden para que ya nadie más se topara, de casualidad o no, con el mensaje de NN.

Mirando a trasluz el pequeño cuadrado de cinta, intenté imaginar qué habría hecho alguien que —leyendo o no sobre el caso de Fabiana Orquera— hubiese dado con el mensaje de NN antes que yo. Probablemente avisar al personal de la biblioteca, quienes lo quitarían de inmediato. Pero sabiendo lo que yo sabía después de leer la carta de NN, el mensaje entre las páginas seis y siete apuntaba a la verdad sobre lo que había sucedido con Fabiana Orquera.

El cuadradito de plástico giraba ahora entre los dedos de mi mano. Mirándolo, me pregunté por qué NN daba tantas vueltas. Era como si desde su tumba —si es que sus predicciones se habían cumplido y había muerto poco después de escribir la carta y el mensaje que tenía en mi mano— se riera de mí, haciéndome jugar al gato y al ratón. Yo podía entender que, en la víspera de su propia muerte, un asesino decidiera confesar un crimen perfecto, probablemente más por orgullo que por arrepentimiento. Pero, ¿por qué de esa manera, dejando una pista tras otra?

Miré a trasluz el cuadradito una vez más. Faltara cuanto faltara para llegar al final, ahora estaba un paso más cerca.

23 — VIDRIOS ROTOS

Detuve el Uno en una de las esquinas del pueblo que mejor conocía. Miré el reloj en mi teléfono. Las nueve de la mañana. Me bajé y observé el enorme edificio de ladrillos rojos, que ocupaba media manzana. Había pasado diecisiete años de mi vida dentro de él: siete como estudiante y diez como maestro.

Tan pronto como giré sobre mis talones y crucé la calle, sonreí. Todavía me quedaba un mes para volver a las aulas.

La chilena Edith Godoy vivía en la esquina opuesta al colegio en una casa de chapa ondulada que, a juzgar por las partes en que la pintura todavía resistía el viento y el salitre, había sido verde. Golpeé tres veces una puerta fuera de escuadra y la abrió una mujer de pelo blanco y ceño repleto de surcos.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, doña Edith.

Era raro no verla empujando aserrín por los pasillos de la escuela con el escobillón gigante. O tomando mate en la cocina, siempre con una mano en el bolsillo del guardapolvo azul.

—Soy Nahuel Donaire. ¿Se acuerda de mí? Yo iba al colegio cuando usted era portera —dije, señalando al otro lado de la calle—. Ahora trabajo ahí mismo, de maestro.

—¡Ni a un maestro, ni al mismísimo director! —protestó la ex portera.

—¿De qué habla, doña Edith?

—¡A nadie! No le pienso devolver una sola pelota a nadie hasta que el colegio me pague lo que me costó el vidrio.

El único vestigio del otro lado de los Andes en su forma de hablar era la manera de morderse el labio inferior al pronunciar “vidrio”.

No pude evitar dejar escapar una risita, y la mujer me miró desconcertada.

—No venía a pedirle ninguna pelota, pero ya que estamos, si quiere puedo hablar con el director apenas empezemos las clases para recordarle lo de su vidrio.

—Hace cuarenta y cinco años que vivo en esta casa. Desde que llegué de Coyhaique. Cuarenta y cinco años devolviendo cada una de las pelotas que vienen a parar a mi patio. Cuando trabajaba en la escuela, siempre que me rompían un vidrio, me lo pagaban al mes siguiente. Pero ahora que me jubilé, llevo seis meses andándoles atrás.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —dije, sacando mi billetera e intentando sonreír—. ¿Tiene la factura? Tráigamela y le pago el vidrio. Ya me encargaré yo de cobrarle al colegio.

No me resultó fácil, por el sueldo magro de mi profesión y por mi creencia religiosa: Devoto de la Virgen del Puño Cerrado. Pero al menos la estrategia dio resultado y, cinco minutos y un pedacito

del aguinaldo más tarde, había logrado arrancarle una sonrisa a la mujer.

—¿Y a qué venías si no era por lo del vidrio? —preguntó Edith con tono amable mientras se guardaba los billetes en el bolsillo de su delantal.

—Quisiera hablarle de una vieja amiga suya. Fabiana Orquera.

Al oír ese nombre, se esfumó todo rastro de la sonrisa que le acababa de comprar.

24 — POR FABIANA ORQUERA

El día anterior, en la biblioteca, había encontrado una noticia de El Orden que reportaba que, a un mes de la desaparición de Fabiana, no había novedades del caso. Casi al pasar, el artículo mencionaba que la desaparecida no contaba con familia en Puerto Deseado y que el contacto más cercano era Edith Godoy, la mujer que le alquilaba una habitación en la misma casa en la que yo, treinta años más tarde, acababa de golpear la puerta.

Edith Godoy me invitó a entrar. El viento que se coló junto a nosotros hizo temblar la llama azul y amarilla de la cocina a gas. Junto a la ventana había una mesa cuadrada y diminuta con una silla de madera a cada lado. Ella se sentó en la que tenía el barniz más gastado y me señaló la otra con la mano abierta.

—Yo no tuve nada que ver —me dijo sin preámbulos.

La miré extrañado, sin saber cómo reaccionar. Abrí la boca para decir algo, pero no hizo falta.

—Yo te conozco. Compró el diario todos los sábados y de vez en cuando leo alguna columna tuya. ¿Sabés cuál fue la que más me gustó?

—¿La del póquer? —arriesgué.

—La del póquer —confirmó Edith—. Y si el tipo que destapó esa olla viene preguntando por una mujer que desapareció y de la que nunca más se supo nada, no es difícil imaginar por dónde van los tiros. Pero te aviso que a mí me podés investigar todo lo que quieras. Yo tengo la conciencia tranquila.

—Señora Edith, creo que usted malinterpreta mi visita. Sólo quiero pedirle un poco de ayuda.

—¿Ayuda?

—Fabiana vivió con usted en esta casa hasta el día en que desapareció, ¿no?

La mujer asintió y, apoyando las manos sobre la mesa, se levantó de la silla. Pasó caminando junto a mí y puso a calentar agua sobre la llama de la cocina a gas.

—Desde que llegó de Entre Ríos hasta el día en que desapareció, Fabiana vivió acá. ¿Té?

—Sí, gracias. ¿Cuándo la conoció?

—El día que llegó a Deseado. Yo vivía sola en esta casa desde que me había separado de mi marido, hacía dos o tres años. Hoy por hoy eso se dice fácil, pero en aquella época era toda una deshonra.

—Me imagino —dije, por decir algo.

—Trabajando de portera en la escuela tenía que hacer malabares para pagar la cuota de la casa y llegar a fin de mes —dijo la mujer trayendo a la mesa tazas, agua y saquitos de té—. Así que decidí poner un anuncio buscando señorita para compartir casa. En aquella época los avisos en El Orden eran carísimos y, como te imaginarás, no había Internet. Así que pegué una nota en la

cartelera del club Deseado Juniors y a los dos días Fabiana me estaba golpeando la puerta.

—¿Y cómo era ella?

—Tenía un cuerpo menudo y no era muy alta, pero la cara era la de una muñeca: las pestañas más largas que vi en mi vida.

—¿Y de personalidad? ¿Era conversadora?

—Mirá, el día que llegó, habló lo justo. Me dijo que venía de Entre Ríos a buscar trabajo. Cuando le pregunté por qué a Puerto Deseado se encogió de hombros y me ofreció una sonrisa extraña, a la que me llevó tiempo acostumbrarme.

La chilena levantó su taza para llevársela a la boca, pero se detuvo a mitad de camino. Volvió a apoyarla en la mesa y se quedó mirando al vacío. En su cara había una expresión a mitad de camino entre la nostalgia y el espanto.

—¿Le pasa algo? —pregunté.

La mujer negó con la cabeza.

—No, nada. Es solo que hacía muchos años que no recordaba la sonrisa de Fabiana. Entornaba un poco los ojos y sonreía sin despegar los labios. Entonces te dabas cuenta de que te estaba clavando la vista. Era como si la boca y los ojos tuvieran estados de ánimo completamente distintos.

Después de tomar un trago de té, la mujer continuó.

—Boca sonriente y ojos amenazantes. Una expresión difícil de descifrar. Pero bueno, tratándose de Fabiana tampoco era algo tan raro.

—¿Qué quiere decir?

—Era una mujer muy poco transparente —dijo—. No hablaba de su vida. Ni de su pasado en Entre Ríos ni de lo que hacía cuando no estaba en casa. Yo, por ejemplo, me enteré del romance con Báez por una noticia que publicó El Orden cuando llevaba dos o tres semanas desaparecida.

—¿Nunca le contó nada de eso?

—Nada. Y eso que yo era lo más parecido a una amiga que tenía esa chica. Hasta le conseguí trabajo de portera en la escuela.

—¿Ni tampoco le habló nunca de su familia en Entre Ríos?

—Jamás.

—¿Pero no tenían confianza? ¿Viviendo y trabajando juntas no se hicieron compinches?

—Nos llevábamos bien, pero vivir con Fabiana era vivir con una extraña. Amable, pagadora y harto inteligente, pero extraña al fin. Es una sensación rara la de compartir tanto tiempo con

alguien y llegar a conocerlo tan poco. Me parece que no te voy a poder ayudar mucho.

—Por poco que sea, cuénteme lo que se acuerde. Usted es la única persona a la que le puedo preguntar sobre Fabiana Orquera.

La mujer me hizo una seña con la mano para que esperara. Se levantó de su silla y se metió, con paso ágil, en el interior de la casa a través de un pasillo. Cuando volvió, puso sobre la mesa una caja de madera algo más grande que una de zapatos. Tenía una cerradura de metal reventada a golpes.

—Esto es lo único importante que sé de Fabiana —dijo, invitándome a abrir la caja.

Dentro encontré una pila de partituras del grosor de un libro. Estimé que habría unas cincuenta, muchas de ellas escritas a lápiz sobre papel pentagramado.

—¿Fabiana Orquera tocaba algún instrumento? —pregunté.

—Sí, la guitarra. Siempre encerrada en su habitación, por supuesto. Pero eso no es lo importante. ¿Qué dice acá? —me preguntó, señalando el principio de una de las partituras.

—Hacia el sur. Por Fabiana Orquera —leí.

Fabiana Orquera no sólo sabía leer notas sobre un pentagrama, lo que ya la ponía muy por encima de la mayoría de los guitarristas, sino que además era capaz de escribir su propia música.

—Esta canción es preciosa —agregó con nostalgia la mujer, tomando el papel entre sus manos.

—¿Usted también sabe leer música?

—No, pero sé escucharla. Un día, varios meses después de la desaparición, le llevé esta partitura al profesor de música del colegio. Le pedí si me la podía tocar.

Edith Godoy cerró los ojos e inspiró despacio.

—Era un blues lento y triste —dijo sin abrirlos—. Todavía tengo la melodía grabada en la cabeza.

—¿Y éstas? ¿También le gustaron? —quise saber, refiriéndome al resto de las partituras que yo sujetaba en mis manos.

—No lo sé. Al oír esa música sentí que la estaba traicionando. Pensé que si ella hubiera querido que yo la escuchara, alguna vez habría tocado algo frente a mí.

—¿O sea que usted nunca la vio tocar la guitarra?

—Nunca. Me cansé de elogiarla cuando salía de practicar de su habitación, pero jamás tocó nada para mí. Todo lo que oí fue a través de una puerta.

La mujer dio un largo sorbo a su té.

—A excepción del maestro de música que me tocó esta canción, nunca le enseñé el contenido de esta caja a nadie —dijo, mirándome a los ojos.

—¿Ni a la policía?

—¡Menos!

—Pero habrán venido por acá, ¿no?

—Claro que vinieron. Unos días después de la desaparición aparecieron a registrar la casa. Se llevaron todo lo que había en la habitación de Fabiana. Ropa. Maquillaje. La guitarra. Todo.

—Menos la caja.

—Menos la caja. Yo había revisado su cuarto unos días antes de que vinieran y la descubrí en el ropero, debajo de un montón de ropa doblada. Estaba cerrada, y al moverla me di cuenta de que tenía papeles. Supuse que serían muy importantes para Fabiana para guardarlos de esa manera.

Dio otro sorbo a su té y cuando volvió a hablar lo hizo con culpa.

—Por más que busqué —dijo—, fui incapaz de dar con la llave, así que hice saltar la cerradura a martillazos. Fue para intentar encontrar alguna pista. Para ayudarla. Pero sólo encontré estas partituras.

La caja de madera estaba en el centro de la mesa. La mujer la empujó lentamente hasta dejarla junto a mí.

—Si vas a escribir sobre ella, hacele justicia. Mostrala como la persona que en realidad fue. Una mujer brillante que nadie, ni el mismo Báez creo yo, llegó a conocer del todo.

—Muchísimas gracias por confiarme esto —dije, metiendo las partituras en la caja.

Edith Godoy hizo un gesto con la mano, como restándole importancia a mis palabras. Contempló la partitura de la única canción de Fabiana Orquera que había escuchado y la metió en la caja con las otras. Luego se levantó de su silla y, con la mirada, me hizo entender que ya no tenía más para decirme. Me dio un beso en la mejilla para despedirme y puso una mano sobre el picaporte de la puerta por la que habíamos entrado a la casa.

—¿Puedo hacerle una pregunta más? —dije antes de que la abriera.

—Por supuesto.

—¿Usted qué cree que pasó con Fabiana?

—Yo creo que la mató Báez —respondió la mujer instantáneamente.

Como casi todo el pueblo, pensé.

—¿A pesar de que en un juicio se lo encontrara inocente?

—Esas cosas, este tipo de gente las puede arreglar.

—¿Este tipo de gente?

—Andaba metido en política, era abogado y tenía buenos contactos en la provincia y en Buenos Aires. Eso lo sabía todo el mundo. Hasta dicen que era íntimo amigo del jefe máximo de la Policía Federal. ¿Me vas a decir que eso no ayuda?

No supe qué decir.

—Además, ¿vos sabés cómo y cuándo murió ese hombre?

—Se ahorcó en el mismo lugar donde desapareció Fabiana, exactamente quince años después —dije.

—¿Y eso a vos no te huele raro?

—A mí me huele a tristeza —dije.

—A mí, a arrepentimiento —dijo la mujer, y me abrió la puerta.

25 — BÁEZ HIJO

Mi sueño recurrente durante toda la secundaria fue acostarme con Carmencita Ibáñez. Era una obsesión. De hecho, en un baile de la primavera en el salón del Club Ferro, simulé un tropezón para tocarle las tetas que me costó un tortazo en toda la cara.

Años más tarde, cuando volví al pueblo después de estudiar tres años en Comodoro, la vida me dio una oportunidad. Una historia con poco glamour, a decir verdad. Borrachos los dos a la salida de Jackaroo, la discoteca del pueblo, la invité a desayunar a mi casa y aceptó.

Seis años después de la única noche que pasamos juntos, Carmencita Ibáñez levantó la vista al verme entrar en la oficina de la calle Oneto.

—Buenas tardes —me saludó, profesional.

Imposible hallar en esas dos palabras rastro alguno de la cachetada con la que me dio media vuelta la cara, ni mucho menos de la noche de la culminación y muerte de mi fantasía adolescente. Ahora, cada uno jugaba un papel diferente.

—¿Cómo estás? —dije—. Necesitaría hablar con Báez.

—¿Tenés cita con el doctor?

—No.

—Puedo darte una si querés. Pero no hay nada disponible hasta dentro de dos semanas.

—No vengo a verlo como abogado. Estoy escribiendo una columna para el diario y me gustaría entrevistarlo.

—¿Y sobre qué sería la entrevista?

—Sobre su padre.

Carmencita me señaló una de las dos sillas que había en la recepción. Luego levantó el teléfono y me anunció en voz baja. Al colgar, se concentró en la pantalla de su computadora sin decirme nada.

Me senté a esperar al abogado como lo habían hecho miles durante las tres generaciones que el estudio jurídico llevaba en manos de los Báez. De hecho, el despacho estaba en una de las casas más antiguas del pueblo: techos altos, suelo de madera y fachada de piedra tallada por los mismos picapedreros yugoslavos que habían construido la estación de ferrocarril a principios del siglo veinte.

A los cinco minutos se abrió una de las puertas que daban a la recepción y la figura gorda de Sergio Báez se movió como una gelatina al sacudir la mano de un hombre boliviano bajito, que se fue con una carpeta marrón bajo el brazo.

—Pasá, Nahuel —dijo Báez.

Cerró la puerta de su oficina tras de mí y se dejó caer en una silla giratoria de respaldo tan alto que le sobrepasaba la cabeza.

—¿En qué te puedo ayudar? —dijo, tamborileando una vez los dedos sobre su escritorio de madera, vacío excepto por un bloc de papel y una lapicera.

—No sé si sabés que tengo una columna en El Orden —dije, sentándome al otro lado del escritorio.

—Todo el mundo lo sabe —rió—. Sobre todo desde que escribiste lo de la plaza y el póquer. Deseado entero habló sobre “La plaza de los otros juegos”. De hecho, todavía hablan. ¿Te asesoraste legalmente con alguien para escribir eso?

—No.

El abogado levantó las cejas.

—Estuviste a punto de comerte un juicio, ¿sabías? Lo hiciste muy bien, la verdad. Si hubieras puesto un par de datos más, hoy estarías metido en un despelote importante.

Sonreí.

—Te vengo a ver porque estoy trabajando en una columna nueva y me gustaría hacerte unas preguntas.

—¿Y sobre qué estás escribiendo esta vez?

—Sobre Fabiana Orquera.

El hijo de Raúl Báez me miró sin parpadear.

—Ésa es una historia muy vieja, ¿no te parece? —dijo.

—Bastante. Veintinueve años y diez meses.

—¿Y por qué te interesa escribir sobre eso después de tanto tiempo?

—Justamente porque lleva casi tres décadas sin resolverse. Es un caso fascinante.

—Fascinante —murmuró el abogado, más para él que para mí.

Antes de volver a hablar, se rascó el cuello y deslizó el dedo índice hasta el nudo de la corbata, para aflojarlo.

—Te voy a explicar algo, Nahuel. La desaparición de esa mujer fue la tragedia más grande que sufrió mi familia. Mi madre se enteró al mismo tiempo de dos cosas: que los cuernos no le cabían por la puerta y que su marido estaba acusado de asesinato. ¿Vos tenés idea del desastre que causa algo así en una familia?

—Me imagino.

—No creo que puedas —dijo con una sonrisa cáustica—. Mejor te lo explico. Mi vieja echó a mi viejo de casa y entró en una depresión hasta terminar sin salir ni para ir a comprar. Mi papá sobrevivió un tiempo más. Siguió con este estudio y hasta fundó su propio partido político cuando no lo aceptaron como candidato en el suyo de toda la vida. Pero al perder su tercera elección quedó a la deriva. Empezó a descuidar el laburo y a desayunar whisky. Terminó hecho un borrachín mugriento y se colgó, exactamente quince años después, en el mismo lugar donde desapareció esa chica. ¿Te sigue pareciendo que te lo podés imaginar?

Fui incapaz de decir nada.

—Nahuel, yo tenía catorce años cuando pasó esto. Treinta años después, todavía sigue habiendo gente en el pueblo que cree que mi papá mató a esa chica. ¿Vos sabés todo el daño que nos podés causar a mí y a mi familia si avivás todo eso con lo que escribas en tu columna?

—Yo no pretendo hacer daño. Al contrario.

—¿Al contrario? Después del revuelo que armaste con lo de la mesa de póquer, disculpame pero no te creo. Los hijos de ese concejal ahora van a tener que cargar con el estigma de un padre corrupto toda la vida. Vos sabés cómo van estas cosas en el pueblo. De acá a cincuenta años todavía habrá alguien que, sin tener la más puta idea de si es verdad o no, les recuerde a esos pibes que su viejo se jugó una plaza pública a las cartas.

Sergio Báez hizo una pausa para tomar aire.

—Vos sabés muy bien que, como en todos los pueblos, en Deseado la imagen pública es importantísima. Todos tenemos una. Vos, yo, todos. Y la de los hijos del concejal la hiciste mierda con lo que publicaste.

—Pero si todos pensaran así, no habría periodistas. Alguien tiene que decir la verdad.

—¿La verdad? —rugió Sergio Báez— ¿O sea que lo que escribiste vos en El Orden es la verdad? ¿Estuviste ahí esa noche, jugando al póquer con ellos?

—Claro que no. Pero si leíste la columna, sabrás que presenté suficiente evidencia. Los números de registro...

—¿Evidencia? La evidencia es algo completamente sujeto a interpretación. Te lo dice un abogado, Nahuel.

—Pero...

—Mirá. Vos tenés todo el derecho a publicar lo que quieras, sobre quien quieras. Incluso sobre mi viejo. Pero dejame darte un consejo profesional. Aunque ya no se consideren delito penal, una demanda por calumnias e injurias te puede hacer un agujero así de grande.

El abogado acompañó las últimas palabras abriendo sus manos como si sostuviera una pelota de fútbol.

—Sergio. Me estás malinterpretando. Yo, de hecho, creo que tu padre no tuvo nada que ver.

Báez hijo consideró mis palabras por un instante. Luego me miró a los ojos y golpeó con el puño cerrado la mesa que nos separaba. El bloc, la lapicera y yo dimos un pequeño salto.

—Por supuesto que no tuvo nada que ver. Quedó demostrado en un juicio oral y público. Además, están las cartas...

Se paró en seco.

—¿Qué cartas?

—Escuchame bien. Opinar de lo que se te antoje en tu columnita del diario es una cosa. Venir a hablarme a mí de la inocencia de mi viejo es bastante distinto.

—¿Qué cartas? —insistí.

Ignorando por completo mi pregunta, levantó el teléfono y marcó un solo dígito.

—Carmen, hacé pasar al siguiente —dijo en el auricular.

26 — EN SILENCIO

El día siguiente lo pasé en casa de mis padres. Tal como ya había dicho mi mamá en su llamada telefónica, mi papá cocinó tallarines caseros. También probamos el jamón que me había dado Carlucho y, aunque yo lo encontré un poco salado, a mis viejos pareció gustarles.

Para cuando me largaron, después de cenar, ya llevaba oscuro más de una hora. Serían las doce de la noche.

A la mañana siguiente, temprano, pasaría a buscar a Nina por su hotel para volvernos a Las Maras, así que entré a mi casa con intención de irme directamente a la cama. Sin embargo, al cerrar la puerta tras de mí me invadió una sensación extraña, como si algo en la casa estuviera fuera de lugar. Recorrí con la vista el comedor hasta que reparé en los arañazos que Bongo había ido dejando durante toda su vida en la parte baja de la puerta.

Entonces caí. Por primera vez desde que vivíamos en esa casa, Bongo no había ladrado desde el patio al oírme entrar.

Me asomé a la pequeña ventana de la cocina y en la penumbra distinguí la silueta de Bongo recortada contra el suelo. Al verme, hizo un intento de incorporarse, pero se desplomó al instante con un quejido agudo.

Encendí la luz del patio y salí por la puerta trasera. No recuerdo si vi primero sus ojos brillantes, de pupilas contraídas al máximo, o el charco marrón sobre el que apoyaba la cola inmóvil.

—Bongo, Bonguito querido, ¿qué te pasa? —le dije, poniéndome en cuclillas junto a él y acariciándole la cabeza.

Por toda respuesta, mi perro soltó un sollozo largo que me apretó un nudo en la garganta. Intenté moverlo para sacarlo del charco de su propio excremento, pero cuando le puse una mano en la panza, me mostró los colmillos por primera vez en su vida, soltando un gruñido grave. El mismo gruñido rabioso que le había oído el día que me defendió del puma.

—Está bien, está bien —le dije, volviendo a acariciar su cabeza—. Quería moverte un poco para...

Entonces Bongo tosió echando una gran cantidad de espuma por la boca y se sacudió en el suelo como si tuviera un ataque de epilepsia.

27 — CARBODÁN

—Lo envenenaron —dijo Rolando llenando la jeringa de un líquido transparente.

El hombre había llegado a casa diez minutos después de recibir mi llamada. Era el veterinario de Bongo desde que hubo que darle la primera vacuna. El mismo al que mi papá y yo habíamos acudido cuando el puma le destrozó la cara y el hombro.

—¿Envenenarlo? ¿Por qué?

—¿Mordió a alguien últimamente?

—Que yo sepa, no.

—Entonces no sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Generalmente los envenenan cuando atacan a alguien o cuando ladran mucho y molestan a los vecinos.

Vecinos, imposible. El patio donde siempre estaba Bongo limitaba con un terreno baldío y un salón de fiestas. No, no había sido contra mi perro, sino contra mí. Pensé a cuánta gente había disgustado con mis columnas en El Orden, especialmente con la famosa “Plaza de los otros juegos”. Mis ladridos sí que molestaban a muchos.

—Sostenele la cabeza.

Hice lo que Rolando me pidió y él inyectó el líquido transparente en la pata trasera de Bongo.

—Ahora hay que esperar un poco —dijo, hurgando en su maletín hasta encontrar un estetoscopio.

—¿Se va a morir?

Sin responderme, auscultó a Bongo.

—Rolando, ¿se va a morir?

Colgándose el estetoscopio alrededor del cuello, Rolando se apartó de mi perro y me miró a los ojos.

—No sé. Hay que esperar un poco.

—¿Cómo que no sabés? Vos tenés que poder hacer algo. Si lo salvaste cuando casi lo mata el puma, tenés que poder salvarlo ahora también.

—¿Te acordás de lo que te dije ese día, cuando me preguntaste si se iba a morir?

—Que ibas a hacer lo que pudieras para que no. Y que había un veinticinco por ciento de probabilidad de que sobreviviera.

Rolando asintió.

—Esta vez sería casi un milagro, Nahuel. Tenemos que esperar.

Intentando no desesperarme, busqué hacer algo para que el tiempo pasara más rápido. Llamé por teléfono a Nina y le expliqué la situación. Le dije que debíamos posponer nuestra vuelta a Las Maras hasta saber exactamente qué pasaría con Bongo. Ella se mostró comprensiva y me dijo que esperararía todo el tiempo que fuera necesario.

—¿Con qué lo envenenaron? —pregunté a Rolando cuando corté.

—Carbodán. Seguro que es Carbodán. Tiene diarrea, miosis, convulsiones...

Se detuvo en seco, como arrepintiéndose de haber dicho demasiado.

—Es un insecticida en realidad, pero lo usan mucho los ganaderos para matar zorros.

—¿O sea que el que hizo esto tiene algo que ver con el campo?

—No necesariamente. Podés comprar Carbodán en cualquier depósito rural.

—¿Y cuándo lo envenenaron?

—En algún momento de las últimas cuatro horas. El tiempo exacto depende de la dosis. Aunque lo más probable es que le hayan tirado la carne envenenada cuando se hizo de noche, para que nadie los viera.

Calculé entonces que habría sido hacía menos de dos horas.

En ese momento, el cuerpo de Bongo se sacudió en un espasmo violento. Luego soltó un sollozo agudo y se quedó inmóvil.

Rolando se apresuró a ponerse el estetoscopio y auscultó el pecho de mi perro varias veces. Luego se giró para mirarme y supe que no iba a darme buenas noticias.

Para cuando habló, mi primera lágrima en mucho tiempo ya rodaba mejilla abajo.

—Falleció —dijo, y me dio un abrazo.

28 — INSOMNIO

Con cada vuelta en la cama, la imagen de Bongo gruñendo mientras yo le sostenía la cabeza y Rolando le aplicaba una inyección en el anca volvía a repetirse. Otra vuelta más, enredado en las sábanas con los ojos como platos, y Rolando se había ido. Otra vuelta. Yo ahora envolvía el cuerpo de mi perro con su manta preferida, sobre la que había dormido toda la vida.

Harto de girar como un trompo, me levanté y fui al comedor. De mi pequeña colección de vinos elegí un Malbec y me volví a la cama con la botella, un sacacorchos y una copa.

Prendí la tele y puse Discovery.

No sé cuántos documentales habré visto, pero para cuando se me empezaron a cerrar los ojos, al Malbec le quedaba menos de un cuarto y en la televisión un tipo con anteojos hablaba de huellas digitales.

Manoteé el control remoto de la mesita de luz. Iba a apagar la tele cuando oí que el hombre mencionaba una carta vieja. Los ojos se me abrieron un poquito.

El tipo de anteojos sostenía un papel en la mano, y a su espalda se veían microscopios, gente en guardapolvo y varias pantallas encendidas. Según contaba, el papel era exactamente del mismo tipo que el que un excéntrico conde inglés llamado Ian Callaway se hacía traer de Suecia a su casa en Londres. Contaba el hombre en la pantalla que cincuenta años después de la muerte del conde, una familia adinerada había comprado su residencia y, durante las obras para cambiar el suelo de la sala de estar, habían encontrado una caja fuerte oculta debajo de una baldosa. Dentro había algunas libras esterlinas y documentos. Uno de ellos era un sobre con el nombre del conde en el remitente.

Los nuevos dueños de la casa decidieron no abrirlo, sino ubicar al destinatario para entregarle la carta que el conde no había llegado a enviar antes de su muerte repentina, de un ataque al corazón. Y aunque pronto se enteraron de que el destinatario también llevaba muerto un buen tiempo, consiguieron entregar la carta a uno de sus hijos después de casi cincuenta años de haber sido escrita.

Resultó que en la misiva el conde afirmaba a uno de sus acreedores que pagaría su deuda cediéndole tres casas a las afueras de Manchester. Basándose en esa prueba escrita, el hijo del acreedor inició acciones legales en contra de la familia del conde reclamando esas propiedades.

Perdió el juicio y no logró nada, comentaba el hombre de anteojos con una sonrisa. Luego aclaraba con un dedo en alto que eso era un detalle menor, pues lo interesante de aquel caso era que la policía británica, cincuenta años después de que se escribiera la carta, había sido capaz de identificar la huella digital del conde en el papel. La poca rugosidad de éste y el hecho de que hubiera estado dentro de un sobre durante todo el tiempo, explicaba el hombre de anteojos, habían hecho posible revelar una huella digital de más de medio siglo de antigüedad.

Medio borracho y medio dormido, me pregunté si habría huellas digitales en la carta de NN. Ésta también había sido escrita en papel poco rugoso y había permanecido en un sobre durante todo el tiempo. Además, en este caso no habían pasado cincuenta años sino quince. Solamente quince

años, pensé, y me reí solo.

Me levanté de la cama y busqué en la cocina unas tijeras y dos bolsas de plástico de esas para congelar comida. Saqué de mi mochila el sobre con la carta de NN. Intentando no manosear mucho el papel, releí la carta, que ocupaba la mitad de la página de papel fino. La corté separando la parte escrita de la que quedaba en blanco. Puse esta última en una de las bolsas de plástico y metí el sobre vacío en la otra.

El Cabezón Ferreira no sería el científico de lentes que hablaba en la tele, pero a lo mejor me podría ayudar.

29 — AMENAZA

Al otro día me desperté con la garganta seca. Cuando abrí la puerta de la habitación para salir al comedor, el aire helado me golpeó la cara. La noche anterior había entrado el cuerpo de Bongo al comedor y apagado la calefacción para que no empezara a descomponerse.

Bostecé y sentí un ligero dolor de cabeza. Vi en mi teléfono que eran las diez de la mañana y que tenía un mensaje. Era de Nina, respondiendo al que yo le había mandado poco después de hablar con ella, para contarle que Bongo había fallecido y pedirle que saliéramos ese mismo día para Las Maras. Me decía que, si me quedaba bien, la pasara a buscar a las tres de la tarde.

Recién después de poner a calentar agua para el mate tuve valor para dirigir la mirada al bulto envuelto en la manta —llena de pelos, como había estado siempre— junto a la puerta. Pensé en cómo cambiaría la casa sin él. Para empezar, ya no más ladridos que se adelantaran al timbre. Posé la mirada, casi involuntariamente, en los arañazos grabados en la madera de la puerta.

Entonces reparé en el chorizo de tela relleno de arena que me había cosido mi vieja para frenar un poco el viento que se metía por debajo de la puerta. Debajo de éste asomaba la esquina blanca de un papel.

Lo recogí. Era una hoja A4 doblada a la mitad. De un lado tenía sólo las palabras *Señor Donaire* escritas en azul. Del otro, con la misma letra mayúscula y dispar, había una pequeña nota.

Cuando uno se la pasa revolviendo mierda, es inevitable salpicarse. El pueblo eligió a su culpable hace treinta años, aunque un juez lo declarara inocente. Déjelo así. Por su bien y el de los suyos.

PD: Una lástima, era un perro precioso.

Se confirmaban mis sospechas: a Bongo lo habían matado por venganza. Por culpa mía, pero no por el artículo de la plaza como yo creía. No habían envenenado a mi perro por lo que yo había escrito, sino por lo que iba a escribir.

El pueblo eligió a su culpable hace treinta años, aunque un juez lo declarara inocente.

Raúl Báez.

Quien fuera que había matado a Bongo, lo había hecho para evitar que saliera a la luz la verdad sobre Fabiana Orquera. Mantener el *status quo*, que le dicen en latín. *No rompas los huevos*, en criollo.

Arrugué la carta en mi mano y le pegué un puñetazo a la puerta con toda mi fuerza. Uno de mis nudillos hizo *crac*. Agarrándome con la sana la mano dolorida, me dejé caer en el sofá.

Hice un recuento de quiénes estaban al tanto de mi investigación. Los Nievas y Pablo, a ochenta kilómetros y sin señal de teléfono, no contaban. Quedaban entonces Edith Godoy, Sergio Báez, mis viejos y la directora de la biblioteca. Demasiados, pensé. Bastaba con que uno de los cinco lo comentara con un pariente. Entonces éste se lo diría a un amigo, y aquél al vecino.

A esta altura, cualquiera en Puerto Deseado podría haber oído dónde estaba metiendo las narices el pesado de Nahuel Donaire. Y, evidentemente, a alguien no le había gustado.

Pero ¿a quién? Pensé en cómo había reaccionado Sergio Báez cuando le saqué el tema de Fabiana Orquera. Quizás tenía miedo de que yo encontrara algo que incriminase a su padre. Después de todo, él no había leído la carta de NN que dejaba a Raúl Báez fuera de toda sospecha. Así y todo, una cosa era que Sergio hubiera reaccionado mal a mis preguntas y otra muy diferente que envenenara a mi perro para enviar un mensaje mafioso. Me costaba creerlo, la verdad.

Consideré a quién más podía molestarle que se supiera la verdad. A NN, el verdadero asesino dispuesto a confesar el crimen por escrito, desde luego que no. Pero ¿y un pariente? O quizás un amigo. Alguien cercano que, ignorando que NN deseaba confesar el asesinato, quisiera mantener intacta la memoria de su ser querido o de su familia. Después de todo, como me había dicho Sergio Báez hacía dos días, en un pueblo como Puerto Deseado todos teníamos una imagen pública que cuidar.

La idea me convencía. Era probable que alguien allegado a NN hubiera asesinado a mi perro. Al fin y al cabo, no era la primera vez que me amenazaban por algo que yo escribía. Pero esta vez habían ido demasiado lejos. Y cuando me enterara de quién había sido, no me iba a limitar a escracharlo públicamente en mi columna de El Orden.

Me levanté del sofá de un respingo y, con la vista fija en el bulto en el que se había transformado Bongo, apreté con la mano dolorida aquel mensaje. Estaba decidido a llegar al fondo de todo aquello y descubrir la relación entre el asesino de Fabiana Orquera y el de mi perro.

—Con vos es personal, hijo de mil putas —murmuré, pensando en el segundo.

En ese momento, alguien golpeó la puerta. Al abrirla, Sergio Báez se metió en mi casa.

30 — SERGIO, VAMOS A CHARLAR UN RATO

Llevaba el mismo traje y corbata que dos días atrás, aunque ahora con una camisa de color más oscuro. En una de sus manos sostenía un maletín de cuero negro.

—Te tengo que pedir disculpas.

—¿A qué te referís?

Me miró extrañado. Como si no entendiera la pregunta.

—A cómo te traté anteayer.

—Ah... eso. No te preocupes. No tendría que haberme presentado así en tu oficina.

—¿Me puedo sentar?

—Claro, adelante. ¿Te puedo ofrecer algo para tomar? Tengo mate, té, café y coñac del malo.

—Coñac.

Del único armario que había en el comedor, saqué dos vasos y una botella a la que le quedaba un poco menos de la mitad. Serví dándole la espalda a Sergio Báez. Cuando me giré con un vaso en cada mano, el abogado tenía la mirada clavada en la manta que envolvía el cuerpo de Bongo.

—¿Y eso?

—Es mi perro. Lo envenenaron anoche.

Báez arqueó las cejas.

—¿Y tenés idea de por qué?

—Una amenaza por lo que estoy escribiendo.

—¿Lo de mi viejo?

Analiqué a Báez por un segundo sin poder decidir si sus preguntas eran sinceras o no.

—Sí, por lo de Fabiana Orquera. Pero no me pienso amedrentar. Al contrario, cuando encuentre al que hizo esto no solo lo voy a escrachar por escrito sino que lo voy a colgar de las pelotas.

—Si querés puedo volver en otro momento.

Negué y hubo un silencio incómodo en el que Sergio Báez le pegó un trago al coñac. Por el gesto que hizo, supe que había probado mejores.

—¿Qué te hace pensar que mi viejo no tuvo nada que ver?

Noté una cierta complacencia en su pregunta. Como si me agradeciera por estar del lado de su padre.

—No lo sé. Es un presentimiento —mentí, para no tener que mencionar la carta de NN.

—Es obvio que no puedo ser objetivo porque era mi viejo, pero yo también estoy seguro de que era inocente.

—¿Hablaste con él del tema alguna vez?

—Una sola vez. El día que cumplí dieciocho años me vino a buscar a casa temprano para llevarme a pescar a Bahía Uruguay.

—¿Estaba separado de tu madre?

El abogado asintió.

—Mi vieja lo echó de casa cuando se enteró de todo y no lo perdonó nunca más. Le retiró los embajadores, como decía ella. Ni siquiera fue al juicio.

Después del segundo trago, hizo otra mueca. Yo probé el mío y no me pareció tan malo.

—La cosa es que cuando cumplí dieciocho el viejo me vino a buscar y fuimos a pescar. Me acuerdo hasta de la carnada que usamos ese día. Calamar. Cuando los dos tuvimos nuestras líneas en el agua, se sentó en las piedras al lado mío y me dijo “Sergio, vamos a charlar un rato”.

Otro trago al coñac y una sonrisa nostálgica.

—Fue un rato de cuatro horas. Hablamos de todo. De sexo, de formar una familia, del futuro. Hasta ese día, ni siquiera me había planteado qué opinión tendría mi padre sobre todas esas cosas.

—¿Y del pasado? ¿De Fabiana Orquera?

—Ese tema lo saqué yo. No te creas que me fue fácil, era totalmente tabú. Habían pasado cuatro años y jamás había escuchado a mi viejo mencionar nada que tuviera que ver con esa parte de su vida.

Dijo esto haciendo un ademán en el aire, como quien corta algo con el canto de la mano.

—Pero ese día, pescando en Bahía Uruguay, tuve clarísimo que si no lo hablábamos en aquel momento, no lo haríamos nunca. Así que tomé coraje y le pregunté sobre Fabiana Orquera.

El hombre extendió su vaso vacío hacia mí y yo le serví otra medida.

—Se pasó media hora intentando justificarse de haberle metido los cuernos a mamá. El desgaste del matrimonio, la pasión que se va pero el amor que nunca muere y esas cosas. Recién cuando creyó suficiente la explicación me contó paso a paso cómo fue todo aquel fin de semana.

El abogado me habló de cómo su padre había recibido un golpe por detrás en Las Maras y se había despertado bañado en sangre y sin rastros de su amante por ningún lado.

—De cualquier modo, eso lo sabe todo el mundo porque está en el expediente —agregó.

Asentí con la cabeza.

—Y supongo que también estarás al tanto de lo que pasó con el otro juicio.

—¿Hubo otro juicio?

Báez hijo esbozó una sonrisa cansada.

—Eso es algo que me gusta explicar a mis clientes. En un pueblo como éste, cada juicio se termina desdoblado en dos: lo que dice el juez y lo que dice la gente.

—¿Te referís a la opinión popular?

—Exactamente. En un pueblo chico como Deseado, generalmente se reduce a un solo calificativo: el flaco Debarnot tiene un problema con el casino, Pepe Sánchez le pega a la mujer, Adriana Altamirano es más fácil que la tabla del dos, Marcelo Rosales era un pibe normal antes de ir a Malvinas, ¿sigo?

No hacía falta, Sergio Báez tenía razón. En mi cabeza, esos nombres y esas descripciones también iban de la mano.

—Me imagino que sabés cuál es el veredicto de ese juicio en el caso de mi viejo, ¿no?

Me quedé en silencio, sin querer contestar.

—Raúl Báez es un asesino —dijo el abogado.

—Yo ya te dije que creo que tu viejo...

—Y yo te creo. Pero no te estoy diciendo todo esto para hablar de lo que vos pensás. Me refiero al inconsciente colectivo. En un pueblo como el nuestro, las opiniones convergen con el tiempo.

El tono de voz del abogado había cambiado. Ahora hablaba con una cadencia casi profesional. Como si le estuviera explicando algún vericuerdo legal a uno de sus clientes.

—¿Qué querés decir con eso?

—Pasa algo en el pueblo. Lo de Fabiana Orquera por ejemplo. Al otro día tenés mil rumores diferentes. Gente contándole a otra gente lo que le contaron. A medida que pasa el tiempo, algunas teorías mueren y otras se hacen más fuertes. Cada vez más fuertes, hasta que una de ellas alcanza una masa crítica y ya no hay vuelta atrás. Todo el mundo repite, sin tener ni la más puta idea, que Raúl Báez mató a una piba en esa estancia. En ese momento perdiste ese juicio para siempre.

Repasando en mi mente los chismes en los que me había visto involucrado, no pude más que darle toda la razón al abogado.

—Lo peor de todo —aporté—, es que la opinión que se termina formando, el veredicto de ese juicio paralelo del que hablás, muchas veces no tiene nada que ver con la verdad.

—Ojalá fuera simplemente eso. Lo peor de todo, Nahuel, es que son tantos los que hablan, y tan convencidos, que hasta el más escéptico comienza a sospechar. Hasta el que se esfuerza por no creer, termina preguntándose por qué será que todos dicen lo que dicen.

—¿No me dijiste que estabas seguro de que tu viejo no tuvo nada que ver? —pregunté.

—Ahora lo estoy, pero cuando uno es adolescente es más vulnerable. Yo tenía catorce años cuando pasó todo esto. Al principio me agarraba a las trompadas con cualquiera que insinuase algo de mi viejo. Pero con el tiempo, empecé a tener mis dudas. Dudé de mi propio padre.

—¿Y cuándo te convenciste de que tu viejo no había tenido nada que ver?

—El día que se murió.

—¿Por cómo murió? —pregunté, recordando que se había colgado en la despensa de Las Maras.

—No. Por esto —dijo, y puso su maletín de cuero negro sobre las rodillas.

31 — QUERIDO JUAN SANABRIA

Con un movimiento perfeccionado por los años, los pulgares de Sergio Báez accionaron los pestillos dorados del maletín, que se abrieron con un fuerte *clic*.

—El día del velorio de mi viejo, un hombre al que yo no había visto jamás en mi vida se acercó para darme el pésame. Luego me entregó esto y me dijo: “Por si alguna vez alguien quiere ensuciar el nombre de tu viejo”.

El abogado puso sobre la mesa un sobre grande, de papel marrón, que empujó hacia mí con la punta de los dedos.

—Hasta hoy, nunca había tenido que usarlo. Abril.

Dentro del sobre encontré alrededor de una docena de papeles. Leí el primero.

Puerto Deseado, 29 de marzo de 1984

Querido Juan Sanabria,

No sé si lo sabrás, pero ya ha pasado un año desde la desaparición de Fabiana Orquera. Como abogado sé que, ahora que el juicio ha concluido, todos esos papeles que tanta vida tuvieron en los últimos meses terminarán juntando polvo en algún archivo.

Pero para mí (y para muchos otros) siempre quedará la duda acerca de qué pasó con esta mujer, de cuya desaparición no dejo de sentirme responsable. Por eso quiero abusar de los años de amistad que tenemos para pedirte que, como Comisario Mayor de la Policía Federal, hagas todo lo que esté a tu alcance para que la búsqueda continúe lo más activa posible dentro de las posibilidades y los recursos a tu disposición.

Sin más, te saludo atentamente y si tuvieras cualquier información, por más mínima que fuera, estaré ansioso de recibirla.

Un gran abrazo desde el sur.

Raúl Báez.

El segundo papel también era una carta. De hecho, todos lo eran —conté diez—. Leí una detrás de otra. Todas habían sido escritas en marzo, una por año, y en las últimas dos Báez había cambiado la máquina de escribir por una impresora de matriz de puntos. En cuanto al contenido, las diez eran prácticamente iguales: Báez pidiéndole a su amigo Juan Sanabria que no dejara que la policía olvidase el caso de Fabiana Orquera.

Cuando levanté la mirada al terminar de leer la última, Sergio Báez observaba su vaso, vacío por segunda vez.

—Juan Sanabria era amigo de mi padre desde la infancia, en Rosario. Y durante los diez años posteriores a la desaparición de Fabiana Orquera, mi viejo le mandó una carta casi idéntica cada marzo. ¿Te das cuenta de por qué estoy seguro de que no tuvo nada que ver? Durante diez años le

pidió a la segunda persona con más poder de la Policía Federal Argentina que hiciera lo posible para encontrar a Fabiana Orquera.

Le serví más coñac.

—La última carta es más o menos de la misma época en que mi viejo abandonó el estudio sin siquiera avisar a los clientes. La época en que se dio a la bebida y perdió el rumbo.

Cinco años antes de que, convertido en un borrachín roñoso y vagabundo, se colgara en la dispensa de Las Maras el día del aniversario de la desaparición, pensé.

—Estas cartas no tienen ningún valor legal —agregó el abogado—. Y aunque lo tuvieran, mi padre ya murió y fue juzgado inocente. Sin embargo, cualquiera con dos dedos de frente se da cuenta de que demuestran que él no tuvo nada que ver con la desaparición de esa mujer.

—Por supuesto. Si tu viejo hubiera sido el culpable, ¿qué ganaba con enviar estas cartas?

—Me hice esa pregunta varias veces. Si mi viejo hubiera sido el culpable, el único motivo para escribirlas habría sido que salieran *accidentalmente* a la luz y así mejorar su imagen pública. Pero, que yo sepa, él nunca habló de estas cartas con nadie, y Juan Sanabria las conservó hasta entregármelas el día en que me dio el pésame en el funeral.

Sergio Báez vació el vaso en dos tragos seguidos.

—Fueron estas cartas las que me despejaron todas las dudas. Mi viejo no tuvo nada que ver.

Nos quedamos ambos en silencio mientras Sergio Báez guardaba los papeles en el maletín.

32 — EL PIANITO

El Cabezón Ferreira había hecho conmigo los primeros tres años de la secundaria. Después repitió y dejamos de vernos tan seguido, pero siempre seguimos teniendo buena onda. Salvo los tres meses que estuve saliendo con su hermana.

Se fue a Río Gallegos y estudió para policía, pero ahora ya hacía tres o cuatro años que había cambiado la pistola por la computadora y trabajaba en una oficina decrepita de la comisaría de Deseado. Me planté ahí mismo a media mañana, después de la visita de Sergio Báez.

—Nahuel, ¿qué hacés, papá? ¿Cómo andás? —dijo con voz aguda al verme aparecer.

Cuando se levantó de la silla para rodear el escritorio, noté que tenía al menos diez kilos más que la última vez que lo había visto. Además, ahora usaba anteojos. Caminó hacia mí meneándose con cada zancada y me abrazó, palmeándome la espalda como si me hubiera atragantado.

Al despegarse de mí, estaba serio. Dio un paso hacia atrás y me miró de arriba abajo.

—¡Estás hecho mierda! —dijo—. ¿Qué te pasó?

Abrí la boca para decir algo, pero el Cabezón se me adelantó.

—Ya sé, no me digas nada. Mujeres, ¿no?

—Mujeres y hombres por igual.

—¿En serio? No me digas que pateás para los dos lados.

—No —dije, riendo—. Son mujeres y hombres de siete años que me absorben toda la energía. Por eso estoy, según tus palabras, hecho mierda.

El cabezón largó una carcajada.

—No te quejes. ¿Sabés lo que daría yo por tener tres meses de vacaciones? Pasá. Sentate.

Señaló con la palma abierta un banquito de plástico frente a su escritorio y me senté, ahorrándome el comentario sobre las vacaciones. Era una batalla perdida. Él se dejó caer del otro lado del escritorio en una silla a la que le asomaban pedazos de goma espuma por los agujeros de la tapicería.

—Che, ¿vos desayunaste? —preguntó, señalando una taza humeante en la que se leía “Mi papá es el mejor policía del mundo”—. Te puedo ofrecer mate cocido y unas medialunas que sobraron de esta mañana.

Decliné la oferta.

—¿Qué andás haciendo por acá? —quiso saber, sacando de un cajón un paquete con el nombre de una panadería y zampándose media medialuna de un bocado.

—Necesito pedirte un consejo profesional, Julio.

Me costó recordar su verdadero nombre. Para mí, toda la vida había sido el Cabezón. A lo sumo el Cabezón Ferreira. Pero estando donde estábamos, me pareció apropiado llamarlo por su nombre.

—¿Estás metido en algún quilombo? —preguntó, escupiendo migas.

—No, para nada. En realidad, más que un consejo es una duda que me quiero sacar, por curiosidad.

El Cabezón me miró por encima de sus anteojos de pasta y, mientras masticaba, sonrió con media boca.

—¿Más trapitos al sol en tu columna de El Orden?

—¿La lees?

—A partir del despelote que armaste con esa plaza que se jugaron al póquer, no me la pierdo. Y eso que yo no leo ni la parte de atrás de los desodorantes cuando estoy cagando.

—Un honor, entonces —dije, quitándome y volviéndome a poner un sombrero imaginario.

—¿En qué andás? Contame.

—Es algo en lo que vengo trabajando hace un tiempo y que me gustaría escribir algún día, pero no en la columna. Esto es algo más grande. Quizás mi primer libro.

—Ajá. ¿Y de qué se trata?

—Es complicado. No te puedo contar.

—Ah, no, loco —dijo el Cabezón echándose para atrás en su silla—. Sin preguntas es otro precio. Dos botellas de tinto extra, mínimo.

—Si me sacás de esta duda, más que dos botellas te regalo dos cajas enteras. ¿Se pueden extraer huellas digitales de un papel?

—Es jodido, pero a veces se puede.

Me incorporé un poco en mi silla.

—¿Aunque haya pasado mucho tiempo? —pregunté, recordando el caso del conde inglés que había visto en la tele.

—La verdad es que eso no te lo sé decir, pero te puedo averiguar. En Deseado no tenemos a nadie que levante huellas ni las analice. Lo más cerca es Caleta. Si el objeto es pequeño, lo mandamos para allá. Si las huellas están en algo grande, por ejemplo la pared de una casa, vienen ellos.

—Lo mío es bastante chiquito —dije, sacando de mi mochila las dos bolsas de plástico con el sobre y la media página en blanco que había recortado de la carta de NN.

Seguramente tendría más probabilidades de encontrar alguna huella si incluía también la otra

mitad, donde NN había escrito su confesión y dejado la pista. Pero, por el momento, me parecía un precio justo que pagar para mantener la historia en secreto.

—Esto tiene años —sentenció.

Nunca había sido una eminencia el Cabezón.

—¿Y a vos lo que te interesan son las huellas del que escribió esto?

Asentí. Mirando las bolsitas por ambos lados, él aspiró entre dientes.

—No sé si se podrán levantar huellas tan viejas, che.

—Las mías, por lo menos, van a estar —dije.

—¿Lo manoseaste mucho?

—Un poco. Cuando lo encontré ni me imaginaba que necesitaría saber quién había escrito la carta.

—¿Qué carta? Si en este papel no hay nada.

—Si te respondo, te quedás con dos cajas de vino menos.

El Cabezón rió por lo bajo y le pegó un sorbo largo a su mate cocido.

—¿Y con quién querés comparar las huellas, si es que hay alguna?

—¿Cómo *con quién*? Con nadie. Yo quiero saber de quién son.

La carcajada del policía retumbó en las paredes del despacho.

—Eso sólo pasa en las películas. Levantan una huella, la meten en una computadora y al cabo de unas horas tienen un sospechoso. Pero en la realidad —hizo una pausa para señalar el techo descascarado de la oficina—, y más aún en *nuestra* realidad, las huellas solo sirven para compararlas con las de alguien en particular.

—En ese caso, no creo que tenga sentido hacer ningún análisis. Yo no tengo ningún sospechoso.

—Todavía. Quedate tranqui, que siempre aparece uno. Mirá, yo tengo un amigo en la científica de Caleta. Si querés, le mando esto para que lo analice. Si sólo están tus huellas, mala suerte. Pero si hay alguna otra, a lo mejor más adelante te puede servir.

Me pareció una buena idea. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder.

—Una cosa más —agregó, señalando las bolsas de plástico—. Vos no tenés especial apego por estos papeles, ¿no?

—No, ¿por qué?

—Entre los químicos que le van a echar y el polvo para revelar las huellas, van a quedar arruinados.

Eso no me preocupaba en absoluto. Tenía fotografías en buena resolución de ambos lados del sobre. Si necesitaba volver a él, especialmente al lacre, con eso me bastaría.

—No pasa nada, dale para adelante, Cabe..., Julio.

—No te dejes intimidar por esto, boludo —dijo el policía señalándose las tiras doradas en el bolsillo de la camisa.

—Te agradezco un montonazo el favor, Cabezón. ¿Cuánto te parece que van a tardar los resultados?

—¿No era que no tenés con quién comparar las huellas? —preguntó con una risa socarrona.

—¿No era que siempre aparece uno? —respondí, teniendo en cuenta todo lo que había pasado en la última semana.

—Siempre. Y por lo del análisis no te preocupes que esto va rapidísimo —dijo, haciendo un gesto con la mano como si pegara cachetadas a un culo imaginario—. Yo me encargo personalmente de decirle a mi amigo que le dé prioridad. En dos días, tres a lo sumo, tenemos novedades.

—¿Dos días? ¿En serio? —pregunté, y los ojos se me fueron directos al agujero en la tapicería sobre el hombro del Cabezón.

Me había hecho a la idea de tener que esperar al menos varias semanas.

—Posta, papá. La Policía Científica es muy diferente a... —el Cabezón apuntó el índice hacia arriba y lo hizo girar como si fuera la antena de un radar.

—Bendita sea la Científica de Caleta, entonces.

El policía rió y, del mismo cajón del que había sacado las medialunas, extrajo un papel largo con una hilera de casilleros y una pequeña caja metálica.

—Ahora te voy a hacer tocar el pianito —dijo, señalando los objetos sobre la mesa.

—¿El qué?

—Cómo se nota que nunca te mandaste una cagada ni un poquito seria, vos —dijo—. Dame la mano.

Dentro de la caja había un pequeño rodillo empapado de tinta negra. De a uno, fue embadurnándome los dedos y haciéndomelos apoyar en cada casillero del papel.

Por primera vez en mi vida, toqué el pianito.

33 — DE VUELTA

Después de la visita al Cabezón comí algo en casa y, un poco antes de las tres, me preparé para pasar a buscar a Nina y volver a Las Maras. Cargué en el Uno mi mochila con ropa limpia y la caja con las partituras de Fabiana Orquera que me había entregado Edith Godoy. Por último, recogí del comedor el cuerpo enfundado de Bongo y lo metí en el baúl del coche.

Cerré y me quedé un rato en silencio. Mis manos, apoyadas sobre la luneta, todavía tenían algunos restos de tinta. Observándome las yemas de los dedos, pensé por enésima vez si no debería haberle dejado al Cabezón la amenaza del asesino de mi perro para que intentara encontrar huellas ahí también.

Había hecho lo correcto, decidí mientras arrancaba el coche. La escueta esquila era demasiado concisa, y la amenaza —*por su bien y el de los suyos*—, evidente. Una cosa era que el Cabezón no hiciera preguntas cuando yo se lo pedía, pero otra muy diferente era que ignorara una amenaza por escrito. De advertir que yo o alguien de mi familia podría estar en peligro, el policía me habría ametrallado a preguntas.

Cinco minutos más tarde, estacioné en la puerta del hotel donde había dejado a Nina tres días atrás.

Al subirse al auto, la española repitió la misma frase tres veces, cada vez espaciando más las palabras.

—Qué hijos de puta. Qué hijos de puta. Qué hijos de puta.

La jota remarcada de su acento le daba aún más fuerza al insulto.

—Eso resume bastante bien lo que pienso. Lo quería muchísimo yo a Bongo —dije, y puse primera.

—¿Qué has hecho con el cuerpo?

—Está en el baúl.

—¿En el maletero del coche?

—Sí. Decidí enterrarlo en Las Maras. Después de todo, nació ahí y es donde más a sus anchas pudo correr.

—Pues si quieres yo te ayudo a enterrarlo —me dijo, y apoyó su mano en mi hombro derecho.

El coche se balanceó en el asfalto de izquierda a derecha de manera casi imperceptible.

—¿Tenés perros?

—Tres.

—¿Y con quién los dejaste?

—Con Gerardo, mi hijo. Tiene unos pocos años menos que tú.

Pum, la frase me cayó como un pedrazo. Mientras yo la miraba con ganas, ella me comparaba con su hijo. Se hizo un silencio en el coche, pero Nina habló justo antes de que se volviese incómodo.

—¿Y por qué alguien le haría algo así a tu perro?

—Tiene que haber sido para joderme a mí. Bongo nunca molestó a nadie.

—¿Y tú sí?

—Tanto, que me lo hicieron saber por escrito.

—¿Qué quieres decir?

—Yo a veces meto el dedo en la llaga con lo que escribo en El Orden.

Durante los siguientes veinte kilómetros comenté a Nina cómo me había ganado varios enemigos con el famoso artículo sobre “La plaza de los otros juegos”.

—No era la primera vez que molestaba a alguien con mi columna, pero nunca se había armado un despelote tan grande —concluí.

—¿Y tú crees que lo de Bongo puede estar relacionado con esa plaza?

—Al principio pensé que sí, pero esta mañana recibí una nota donde me decían que lo habían matado por el artículo que estoy escribiendo ahora.

—¿Te han amenazado por algo que todavía no publicaste? ¿Y cómo se han enterado de qué va?

—Para escribir, tengo que averiguar. Y para averiguar, a veces hay que ir por ahí haciendo preguntas.

—¿Crees que ha sido alguien con quien hablaste, entonces?

—No necesariamente, los chismes se reproducen como conejos. Fulano le cuenta a Mengano, y Mengano a Sultano. Resulta que a Sultano no le gusta que yo escriba sobre ese tema y decide matar a mi perro para hacérmelo saber. Pero yo no me pienso achicar. Al contrario, ahora lo único que quiero es encontrar a quien hizo eso para enfrentarlo.

—¿Y es la primera vez que te amenazan?

—No. Cada vez que toco un tema sensible alguno promete partirme las piernas, o hacerme perder mi trabajo de maestro. Pero ya tengo el antídoto para eso. Publico lo que me dicen textualmente a la semana siguiente en mi columna. Con nombre y apellido, si sé de quién viene.

—Supongo que harás lo mismo esta vez.

Negué con la cabeza.

—El caso que estoy investigando ahora es demasiado grande para mi sección en el diario.

Necesito mucho más espacio para escribir sobre él. Además, hace tiempo tengo ganas de escribir un libro.

—Pero pueden pasar meses, incluso años hasta que lo publiques.

—Es cierto. De todos modos, es muy pronto para decidir qué voy a hacer. Por el momento me voy a quedar callado, pero si la cosa se complica un poco más haré una denuncia pública en mi columna, como siempre.

—Hijos de puta —dijo una vez más mientras el Uno abandonaba el asfalto con dirección a Las Maras.

Viajamos un rato en silencio. Cuando llegamos al primer guardaguanados, Nina preparó mate.

—¿Te puedo preguntar algo? —le dije.

—Lo que quieras.

—¿Es cierto que donaste bastante dinero para restaurar la casa del guardahilos en Cabo Blanco?

—Doné algo, sí. Y además ayudo a reconstruirla con mis propias manos. Me pongo ropa de trabajo y voy a pintar, a lijar o a hacer lo que haga falta.

—¿Y por qué?

—Tú sabes por qué. Te lo dije el otro día cuando viniste a buscar el libro de visitas a la Cabaña. Es lo menos que puedo hacer por mi lugar favorito en el mundo —dijo, señalando la estepa llana y estéril entre nosotros y el horizonte.

Esa mujer me turbaba. Si me hubiera llevado diez años en lugar de veinte, ya le habría tirado todos los perros. Pero ya lo había dicho el sabio de Carlucho: Nina podía ser mi mamá. Sin embargo, mi mamá no hablaba con ese acento, ni tenía las tetas operadas, ni salía a correr todas las mañanas. Todo eso me hacía olvidar, por momentos, que era una viuda de casi cincuenta pirulos.

34 — PALADAS

Al llegar a Las Maras, dejé a Nina en la Cabaña y conduje los cincuenta metros hasta la casa de los Nievas. Del baúl del coche saqué mi mochila y la caja de madera que me había dado Edith Godoy con las partituras de Fabiana Orquera. Con la única mano que me quedaba libre apoyada en la tapa del baúl, me detuve un segundo a mirar el cuerpo envuelto de mi perro. Cerré con cuidado y entré a la casa a buscar una pala.

Me llevó una hora hacer el agujero en el suelo reseco y apelmazado. Metí en él a mi perro junto con un juguete de cuero con forma de hueso que le había comprado para navidad.

Con cada palada de tierra que echaba sobre el bulto, aumentaba la rabia que tenía en la boca del estómago. Iba a encontrar al hijo de puta que había matado a mi perro. Y me iba a vengar.

Para cuando rellené el agujero completamente, había concluido que la mejor manera de dar con el asesino de Bongo era descubriendo la identidad de NN. Enterándome de quién había matado a Fabiana Orquera, obtendría la punta del ovillo para encontrar a la basura que había envenenado a mi perro.

—¿Querés tomar unos mates? —dijo una voz a mi espalda.

Era Valeria. Miraba fijamente la tierra que yo acababa de mover.

Rechacé la oferta y me encerré en mi habitación.

35 — HACIA EL SUR

Me desperté a media mañana después de haber dormido quince horas. Al salir de mi habitación para ir al baño, algo me obligó a detenerme entre la mesa y la estufa sin fuego del comedor. De algún lugar de la casa llegaba una música lenta y de notas demasiado nítidas para ser la radio.

La melodía me llevó hasta la cocina. Allí estaba Pablo, sentado solo y con la guitarra de la casa en sus manos. Tenía los ojos cerrados y sus dedos recorrían las cuerdas haciendo sonar los acordes del Verano Porteño de Piazzola.

Al entrar en la melodía triste a la mitad del tango, Pablo levantó la cabeza y me vio parado en la puerta de la cocina. Con un fuerte rasgueo, se apagaron las notas.

—Volviste —dijo sin un ápice de entusiasmo.

—Sí. Si te doy una partitura que nunca antes viste, ¿podés tocarla?

Pablo rió y negó con la cabeza.

—¿La última vez que nos vimos me quisiste estrangular y ahora venís a pedirme que te toque una canción?

—Mirá, Pablo, ¿qué te parece si intentamos dejar todo eso de lado? Creo que ninguno de los dos se comportó como adulto la última vez que nos vimos. Si te tengo que pedir perdón, te lo pido.

—Muy bien. Pedime perdón.

Intenté calmarme. Convencerme de que necesitaba hacer lo que estaba por hacer. Alguna vez había leído que una de las virtudes más valiosas de un hombre inteligente era saber meterse el orgullo en el culo. Palabras más, palabras menos.

—Perdoname —dije.

Esperaba reciprocidad, pero Pablo se limitó a asentir con la cabeza, satisfecho.

—Una partitura, me decías...

—Si te doy una partitura que nunca antes viste, ¿la podés tocar?

—Si es para guitarra y no es exageradamente difícil, seguro. Aprendí a leer música casi antes que palabras.

Reprimiendo las ganas de decirle unas cuantas, fui a mi habitación. De la caja que acababa de guardar en el ropero saqué la primera partitura. *Hacia el sur*, la única de las composiciones de Fabiana Orquera que Edith Godoy se había atrevido a escuchar. Busqué en mi mochila una goma de borrar e hice desaparecer el nombre de la compositora debajo del título.

—Acá está —dije, entregando la partitura a Pablo al volver a la cocina.

El novio de Valeria examinó las dos páginas pentagramadas en silencio.

—¿De dónde sacaste eso?

—Me la encontré en el garaje el otro día. Ya habrás visto que hay cajas y cajitas que nadie abrió en muchísimo tiempo.

—Y a vos te gusta abrir cajitas que no se abren...

—¿A qué te referís?

—A nada —dijo Pablo, mostrándome una palma abierta, y luego echó otra mirada a la partitura— Sí, es para guitarra.

—Mirá vos —respondí, fingiendo sorpresa—. ¿Entonces, la podés tocar?

—No parece muy difícil. Tiene pinta de blues.

Dicho esto, Pablo puso la partitura sobre la mesa. Apenas me senté en una silla, de la caja de la guitarra de campo salió, seguramente por primera vez, un blues lento y triste.

Al compás de los acordes de *Hacia el sur*, mis ojos se movieron hasta posarse en la ventana de la cocina. A través de esos mismos vidrios, Raúl Báez, desde el final de la hilera de árboles, había visto por última vez a Fabiana Orquera. Contemplé, treinta años después, la fila de tamariscos meciéndose en el viento. Quizás la última imagen placentera de la vida de Fabiana Orquera.

—Está bueno —dijo Pablo con el último acorde todavía reverberando—. Es sencillo, pero me gusta.

Yo tenía la piel de gallina.

—¿Me podés decir algo del compositor? —pregunté.

—¿Cómo te voy a decir algo de él si la partitura ni siquiera está firmada?

—A través de la música, me refiero. De la misma manera que un cuadro habla de su pintor, ¿vos me podés decir algo del que escribió esta canción?

—Para mí esas son boludeces. Es como decir que un vino tiene tonos frutales, o un deje de avellanas o cosas así. Para mí un vino te gusta o no y punto. Y con una canción lo mismo. Te llega o no te llega.

Para variar, una vez más Pablo y yo no estábamos de acuerdo.

—Al menos podrás juzgar si el que escribió esto era un buen músico o no. ¿O eso tampoco?

—De eso no cabe duda. Era un músico talentoso.

—Y si yo empezara hoy a estudiar teoría y solfeo, ¿cuánto tiempo me llevaría componer algo así? —quise saber.

Pablo se rió.

—Eso depende de un montón de cosas, pero sobre todo de tu talento y del tiempo que le dediques. Ésta es una canción completa para guitarra que no está nada mal. El tipo que la escribió seguro que llevaba muchos años estudiando.

La tipa, pensé.

—¿Cuántos años, más o menos?

—Qué sé yo cuantos. Varios. Diez, por decirte algo.

Diez años, pensé. Fabiana Orquera tenía veintitrés años cuando desapareció. Si llevaba diez años tocando la guitarra, había empezado a estudiar cuando era una niña.

—¿Quién lo habrá escrito, no? —preguntó Pablo.

—Yo me pregunto lo mismo.

—¿Te encontraste solamente esta partitura o había más?

—No. Había dos —mentí, sin poder resistir la tentación de escuchar otra obra de Fabiana Orquera, y volví a mi habitación.

En la caja de madera con la cerradura reventada a martillazos por Edith Godoy había unas cincuenta partituras. Pero ¿cómo elegir una entre tantas? Para mí, todas tenían el mismo aspecto. Dibujitos sobre un pentagrama. Saqué todas de la caja y empecé a pasarlas una a una con mi pulgar.

Pronto me di cuenta de que más de la mitad no eran composiciones suyas sino obras clásicas. Mozart, Bach y esas cosas.

Había algo que no encajaba en la historia de Fabiana Orquera. Era demasiado improbable que una mujer que podía tocar sonatas en una guitarra trabajara de portera en un colegio. ¿Por qué no dar clases de música, por ejemplo?

Una mirada más atenta a las partituras me reveló que todas las que eran de su autoría estaban fechadas en 1982 o principios de 1983. Fabiana Orquera las había compuesto mientras estaba en Puerto Deseado, el año previo a desaparecer.

Había pasado siete u ocho composiciones cuando llegué a una obra llamada *Tres años*. A diferencia de las otras, debajo del título no figuraba el nombre de Fabiana Orquera, sino las iniciales A.A. Sin embargo, la caligrafía era idéntica a la de las demás y la fecha era de enero de 1983. Dos meses antes de que desapareciera. Revisé los títulos de las partituras que todavía no había mirado. Todas las que estaban escritas a lápiz estaban firmadas por Fabiana Orquera a excepción de aquella.

Aparté *Tres años* de la pila, preguntándome qué tendría de especial para que la firmase como A.A. Al separar las dos hojas pentagramadas, encontré la respuesta.

36 — TRES AÑOS

Entre las páginas de la partitura encontré un papel doblado a la mitad. Al abrirlo, crujió por el pliegue.

Era una carta de letras torpes, escrita en tinta azul.

Montevideo, 11 de diciembre de 1982

Querida Ade,

Qué gran alegría recibir tu carta. Cuando me entregaron el sobre me lo quedé mirando un rato, intentando recordar si conocía a alguna Fabiana Orquera. Repasé mentalmente mis amigas de la infancia y las compañeras de colegio pero no conseguí que el nombre me sonara en lo más mínimo. Como ves, sigo siendo una tarada.

De corazón, me pone muy contenta saber que tu nueva vida (nombre nuevo incluido) marcha bien en la Patagonia. Hasta recibir tu carta nunca había oído hablar de Puerto Deseado. De hecho, con ese nombre me lo habría imaginado en el Caribe, con todo el mundo en pelotas y tomando mojitos. Ya sabés que soy media burra.

Apenas te fuiste me metieron a otra en la celda. Nada que ver con vos: ésta está todo el día quejándose. Y encima futbolera. Los domingos si gana Peñarol está más o menos tratable, pero si llega a perder (o empatar) ni se te ocurra dirigirle la palabra. Además, a ésta la buena conducta le importa un carajo: le dieron perpetua por matar a dos policías.

Ay, Flaquita, ¿sabés qué es lo que más extraño de cuando estabas vos acá? Tu música. Hace casi nueve meses que te largaron y nadie más volvió a pedir permiso para usar la guitarra. Te juro que hay veces que preferiría escuchar las porquerías desafinadas que tocabas al principio a pensar que ya no volveré a oír tu música en los seis años que me quedan adentro. ¿Vos te acordás de que cuando recién empezaste te pasabas una hora tocando las mismas tres notas? Estoy orgullosa de que hayas sacado algo productivo de los tres años que estuviste acá. No hay nada que hacerle, están los que tienen materia gris y los que no.

Hablando de eso, al cura que venía a enseñarte no lo vi más. No sé si se habrá jubilado o si a ninguna le interesa aprender música. O a lo mejor simplemente no lo vi. Ya sabés que acá tampoco es que a una la dejen pasear de un lado para el otro.

Bueno Ade... mejor dicho: señorita Fabiana (me parece rarísimo pensar en que toda la gente que estás conociendo ahora te llama así), te deseo lo mejor y espero que alguna vez nos volvamos a ver. Tengo ganas de charlar con vos y de que me toques una canción. Eso sí, lo más lejos posible de este agujero.

Un abrazo enorme.

Paloma

Quando terminé de leer, el corazón me iba a mil por hora. Casi involuntariamente, me puse a dar largos pasos en la habitación, rodeando la cama.

Para empezar, la mujer de camisa a cuadros y pollera marrón que había desaparecido de Las Maras no se llamaba realmente Fabiana Orquera. Paloma se refería a ella como Ade. ¿Adela? ¿Adelina? Aquello concordaba con las iniciales A.A. en la partitura. Cualquiera fuese su nombre real, estaba escrito en los registros de una cárcel de Montevideo.

Y fuera cual fuera el crimen que había cometido, había sido en Uruguay, pensé. Entonces me cayó la ficha. Hasta ahora, uno de los aspectos del caso que menos me cerraba era que nunca nadie se hubiera presentado a las autoridades reclamando a Fabiana Orquera. Pero la carta de la tal Paloma lo explicaba todo. Nadie denunció la desaparición de Fabiana Orquera porque Fabiana Orquera nunca existió.

De hecho, era posible que aquella mujer ni siquiera hubiera sido entrerriana, sino uruguaya. En el sur de la Argentina, la mayoría de la gente habría sido incapaz de distinguir los acentos de uno y el otro lado del río Uruguay.

Fabiana Orquera, o como fuera que se llamara en realidad, había cambiado de nombre y de país después de pasar tres años presa. Todo aquello me olía demasiado a huida. La carta de su compañera de celda, fechada en diciembre del ochenta y dos, mencionaba que Fabiana había salido en libertad nueve meses antes. O sea que se había mudado a Puerto Deseado entre uno y dos meses después de abandonar la prisión de Montevideo.

Encendí mi cámara y busqué la fotografía de Fabiana Orquera que había salido publicada en El Orden. Miré por un instante a la joven de pelo largo y lacio preguntándome qué secreto escondería detrás de la sonrisa con la que me miraba. ¿Qué había hecho esa chica preciosa para terminar en la cárcel? ¿Y de qué huyó al salir en libertad?

Dos golpes en la puerta de mi habitación interrumpieron mis pensamientos. Guardé la carta y las partituras en la caja y la escondí, lo más rápido que pude, debajo de la cama. La misma cama donde Fabiana Orquera, o como se llamara, había dormido por última vez antes de desaparecer.

—Sí —dije, en voz alta.

La puerta se abrió y en el umbral apareció Pablo, sosteniendo la guitarra en la mano.

—¿Y?

—No sé qué me pasó. Me agarró como una especie de mareo y me duele un poco la cabeza —dije, masajeándome las sienes—. Me voy a quedar un rato acostado a ver si se me pasa.

Pablo me deseó que me mejorara y se fue, cerrando la puerta tras de sí. Al quedarme solo, volví a pensar en Fabiana Orquera, en la cárcel de Montevideo, y en todo lo que me había revelado la carta de Paloma.

Tuve la sensación de que en cualquier momento me iba a empezar a doler la cabeza en serio.

37 — A SESENTA Y CINCO DE LA TORRE.

Una hora más tarde, subía las escaleras del peñón de Cabo Blanco con mi mochila a la espalda. Llevaba la cámara de fotos, una libreta, una botella de agua y una pequeña navaja suiza de esas que no sirven para nada.

Al dejar atrás el último escalón de cemento, esperaba que Tadeo o su compañero, al que no habíamos visto, aparecieran de la casa. Sin embargo, todo estaba tan quieto como si allí no hubiera nadie.

Me senté a descansar al pie del faro, apoyando la espalda sobre la pared curva que alguien había levantado allí hacía casi un siglo. Cuando recuperé un poco el aliento, metí la mano en el bolsillo de la mochila y saqué un papel en el que había copiado el mensaje que encontré en el microfilm.

A SESENTA Y CINCO DE LA TORRE. MIRÁNDOLA, HACIA LAS Y CUARTO DE CUALQUIER HORA. SIEMPRE EN LA DIRECCIÓN DEL AGUA. NN.

Me puse de pie y di una vuelta completa alrededor de la base del faro. Concluí que había una única dirección en la que podía recorrer sesenta y cinco metros: por donde había venido. Si elegía cualquier otra, en no más de cincuenta terminaba despeñado en el acantilado.

Comencé a dar zancadas largas en la dirección por la que acababa de llegar, estimando que cada una era un metro. Sin embargo, al llegar al comienzo de la escalera me di cuenta de que ésta no continuaba la línea recta que había entre el faro y yo, sino que se orientaba más a la derecha.

Mirando los escalones a mis pies recordé que, cuando habíamos visitado ese lugar hacía una semana, Pablo había contado ciento catorce. Y luego, cuando subimos la escalera de caracol dentro del faro, Tadeo nos había dicho que eran noventa y ocho peldaños. Entonces me di cuenta de que la unidad de medida más lógica en aquel sitio no eran los metros ni las leguas.

Empecé a bajar por donde había subido, contando uno a uno los escalones de cemento.

Me paré en el número sesenta y cinco, que era idéntico al sesenta y cuatro y al sesenta y seis. Probablemente, idéntico a todos los demás.

Miré el reloj en mi muñeca. Las agujas marcaban las diez menos veinte de la mañana. Me senté a esperar a que llegaran las y cuarto, como decía NN en su mensaje.

Probablemente fui la primera persona en pasar treinta y cinco minutos sentada en ese escalón. Poco antes de que se hicieran las diez y cuarto di un respingo y levanté la muñeca frente a mi cara para poder ver mi reloj y el faro al mismo tiempo.

Al llegar la hora exacta, miré a mi alrededor buscando cualquier tipo de señal. Que el sol estuviese en una posición particular, por ejemplo. Como en las películas. Pero no hubo nada de eso. La única diferencia que noté fue una ráfaga de viento que casi me despeña escalera abajo.

Resignado, me volví a sentar en el escalón. Sin que se me ocurriera otra cosa que hacer, leí una vez más la nota de NN.

A sesenta y cinco de la torre. Mirándola, hacia las y cuarto de cualquier hora.

Miré de nuevo el reloj. Diez horas, quince minutos, treinta segundos y nada especial a la vista. Había algo que se me escapaba. Algo que no estaba teniendo en cuenta.

Siempre en la dirección del agua.

Esa última frase no ayudaba para nada. A excepción del istmo por el que se accedía al cabo, cualquier dirección terminaba en el agua.

—*A sesenta y cinco de la torre. Mirándola, a las y cuarto de cualquier hora* —repetí de memoria.

Pero al bajar la mirada para releer la nota, descubrí que me había equivocado en una palabra. El papel no decía *a las y cuarto* sino *hacia las y cuarto*. ¿Quién decía *hacia las y cuarto* para referirse a una hora? Nadie hablaba así.

Entonces me giré hacia el faro y observé el reloj. El minuterero apuntaba hacia mi derecha.

Miré en esa dirección. A simple vista, la roca volcánica era la misma que en cualquier otro punto del peñón. Sin embargo, noté una diferencia casi imperceptible: a mis pies, junto al escalón número sesenta y cinco, nacía una hilera de plantas algo menos marrones y más saludables que el resto de la magra vegetación del peñón. Al observarlas más de cerca, descubrí que sus raíces se enterraban en una grieta en la roca. Una grieta por la que, seguramente, bajaba el agua las pocas veces que llovía en aquella parte del mundo.

Empecé a caminar junto a la fila de plantas alejándome de la escalera. Treinta o cuarenta pasos más adelante, la pequeña rajadura en la piedra se había convertido en un pasillo lo suficientemente ancho como para que yo pudiera saltar dentro. Lo hice, y el borde de la roca por la que hasta hacía un instante caminaba me llegó a la cintura. Continué avanzando dentro de la grieta, que giraba de a poco hacia la izquierda, siguiendo el contorno del cabo.

Cuando se me ocurrió mirar hacia atrás, me di cuenta de que el faro, la escalera, la casa de los torreros y lo que alguna vez había sido el pueblo de Cabo Blanco quedaban fuera de mi vista. Y por tanto yo, fuera de la vista de ellos. Desde allí, los únicos capaces de observarme eran los lobos marinos que vivían apretujados en una diminuta isla a doscientos metros de la costa.

Continué grieta abajo, *en la dirección del agua*. El ahora pequeño cañadón comenzó a serpentear cada vez más, y yo a caminar cada vez más deprisa.

Los recovecos de la grieta eran casi idénticos a los de Las Cuevas, el lugar donde nos habíamos encontrado a la hembra de puma y sus cachorros hacía siete años. Seguí avanzando, intentando apartar de mi mente las imágenes de las ovejas con el vientre destrozado y, días después, el gruñido ronco del puma defendiendo a sus cachorros de nuestros perros. Aunque las piedras fueran parecidas, me dije, aquello había pasado en otro lugar. En el peñón de Cabo Blanco, lo más peligroso que se había visto nunca era un zorro colorado.

Apuré el paso. La pequeña gruta, cuyas paredes ahora me doblaban en altura, descendía en una

curva hacia la derecha. Tras doblarla, me paré en seco.

Una roca del tamaño de mi Fiat Uno me impedía seguir avanzando. Estaba encajada entre las paredes, como si hubiera terminado allí después de rodar peñón abajo hacía miles de años.

Estaba atascada de tal manera que entre su base y el suelo de la grieta quedaba una abertura por la que podía pasar una pelota de fútbol. Me agaché y observé que del otro lado, el suelo estaba iluminado. La grieta continuaba y, si yo quería seguirla, tendría que escalar una pared porosa y abrasiva de tres metros de altura.

Los hoyos en la superficie de la roca eran casi todos demasiado pequeños para que me cupiera la punta de un pie. Igualmente, decidí intentarlo. Apoyé como pude un pie en la pared y estiré los brazos hacia arriba, hasta aferrarme con dos dedos de cada mano. Cuando me elevé del suelo, sentí cómo los bordes afilados de la roca me lastimaban los dedos.

Tanteé con el pie que me quedaba en el aire hasta dar con un saliente que no tenía más de un par de centímetros. Lo pisé y me impulsé hacia arriba, alcanzando con una mano la parte superior de la roca que me obstruía el paso.

Del otro lado, la piedra era menos empinada pero tenía más irregularidades. Bajaba hasta una especie de terraza apenas más grande que una cama de matrimonio. A un lado había una pequeña cueva. Al otro, veinte metros de precipicio que terminaban en el agua estrellándose con furia contra unos islotes escarpados.

Comencé a bajar con la panza sobre la piedra. Moví uno de mis pies en el aire hasta encontrar una roca en forma de cuña encastrada en una grieta. Cuando le apoyé todo el peso del cuerpo, cedió, y mis dedos fueron incapaces de soportar el dolor de la piedra afilada.

Resbalé los tres metros raspándome contra la roca y caí tumbado en la pequeña terraza tan cerca del precipicio que un brazo me quedó colgando en el vacío.

Me incorporé intentando no mirar hacia abajo, y noté un ardor intenso en el muslo derecho. Tenía un tajo de unos veinte centímetros en el pantalón, que dejaba ver entre hilachas un corte profundo en la carne. Cuando di el primer paso, sentí un dolor punzante y un borbotón de sangre tibia hizo que la tela se me pegara a la piel.

Ver la sangre extendiéndose me provocó un ligero mareo, y decidí que sería prudente alejarme del precipicio. Sólo había un lugar hacia donde ir: la cueva.

Me adentré con cautela. Como la mayoría de las cuevas de la zona, no era demasiado profunda. Seis o siete buenos pasos cojos y ya estaba en el fondo. Me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la roca para recuperar un poco el aliento.

La sangre continuaba manando del tajo. Intenté relajarme y con la hoja desafilada de la pequeña navaja que traía en la mochila corté el pantalón varios dedos por encima de la herida. Improvisé una venda con la tela y me incorporé de a poco, aliviado al comprobar que podía aguantar el peso de mi propio cuerpo.

Al levantar la mirada, algo me llamó la atención. Sobre la entrada de la cueva, apoyada en un saliente de la roca había una especie de vasija de barro que me resultó familiar. Era de dos colores: blanca desde la base hasta algo más arriba de la mitad y marrón desde allí hasta el pico.

Ignorando el dolor, me acerqué y reconocí que se trataba de una botella de whisky Ye Monks, un escocés muy popular en Argentina, sobre todo en los años ochenta.

La botella era tan bonita que mucha gente la conservaba en su casa como adorno. Mi viejo, sin ir más lejos, tenía una en el armario del comedor. Y en la casa de Las Maras había una en la cocina y tres o cuatro juntando polvo en el garaje. Recordaba perfectamente cada detalle de la botella de Ye Monks: los dos colores de la cerámica, las letras exóticas de la etiqueta y el tapón de madera pulida unida por un cordón a un lacre rojo con la cara de un monje sosteniendo una copa.

Me pregunté cómo esa botella había terminado en una cueva en el medio de la nada. Sobre las puntas de mis pies, estiré el brazo todo lo que pude, largando un gruñido de dolor. La rocé con los dedos, pero sólo logré moverla unos centímetros hacia el costado. Me estiré de nuevo y volví a rozarla, esta vez con demasiada mala suerte. La botella se tambaleó en su pedestal y, un segundo más tarde, el sonido de la cerámica haciéndose añicos retumbó en la cueva.

Distinguí ente los trozos un papel enrollado. Hubiera apostado mi Fiat Uno a que sabía quién lo firmaba.

38 — QUERRÁS SABER QUIÉN SOY

Al agacharme a recoger el pequeño rollo de papel entre las esquirlas de cerámica, sentí una punzada en el muslo. Me miré y descubrí que la sangre me pegaba las hilachas del pantalón rajado a la herida. Lo más prudente sería meterme el papel en la mochila y volver a Las Maras para desinfectarme cuanto antes.

Sin embargo, la curiosidad pudo más. Sobre todo cuando noté que en el lacre que unía el tapón a un trozo de botella no había un monje y una copa, sino un círculo de puntos encerrando dos líneas paralelas.

Recostándome un poco contra la roca, desenrollé el papel y reconocí la letra de NN.

Noviembre, 1998

A estas alturas querrás saber quién soy, y te lo merecés.

Soy el rival del inocente a quien todos culpan, y mi único objetivo fue quitarlo del medio. La historia sería otra si yo no lo hubiera hecho.

Y aunque no haya sido con mis propias manos, en épocas como ésa tuve muchas dispuestas a ayudar. Lógicamente utilicé la más fuerte, pero esos son detalles que a nadie deberían importar.

En cuanto a ella, para encontrarla hay que empezar en la estrella invisible. La que completa el triángulo más grande (232132).

NN

No había nombres ni referencias concretas en la carta. Alguien que se hubiera topado con el contenido de la botella de Ye Monks por casualidad, sin saber lo que yo sabía, habría sido incapaz de descifrar el mensaje. Yo sin embargo había hecho los deberes y, sabiendo que la carta estaba vinculada a Fabiana Orquera, su significado me resultaba obvio. El inocente que todos culpaban era Raúl Báez, a quien el pueblo jamás perdonó la desaparición de Fabiana Orquera.

En cuanto a la identidad de NN, en la carta éste se autodefinía como el *rival*. No el enemigo, sino el rival. Un rival con muchas manos dispuestas a ayudar en una época como aquella. Época de elecciones, pensé, donde cada candidato político tiene un séquito de tocabombos siempre listos con tal de recibir una adjudicación en un plan de viviendas, un terreno o un puesto en la municipalidad.

Si mi interpretación era correcta, Ceferino Belcastro, el rival político de Báez en las elecciones del ochenta y tres, había hecho desaparecer a Fabiana Orquera. La ausencia del cuerpo le aseguraba que el juicio se dilataría hasta después de las elecciones, dejando totalmente fuera de juego a Báez incluso si éste no hubiera decidido, como lo hizo, renunciar a la candidatura.

La carta que acababa de encontrar, además, demostraba que yo era un pelotudo. Al toparme con la primera, debajo de la cómoda, me había convencido de que políticos de poca monta como Belcastro eran incapaces de borrar del mapa a una persona con tal de ganar una elección. Los

había creído con límites. Corruptos, impresentables y acostumbrados al amiguismo, sí. Pero no unos asesinos.

Me había equivocado. Lo demostraban estas cartas que, un año y medio antes de morir, Belcastro había decidido escribir para confesarlo todo.

Sin embargo, el rival de Báez no había matado a Fabiana Orquera *con sus propias manos*, sino dado la orden. De hecho admitía que alguien como él, un candidato en época de elecciones, tenía numerosas manos dispuestas a ayudar. Aparentemente, hasta el punto de matar a una persona.

El hecho de que NN mencionara un autor material del crimen le daba sentido a la nota que había recibido el día después del envenenamiento de Bongo. Hasta ahora, había descartado la idea de que fuera el asesino de Fabiana Orquera quien me había amenazado, porque lo asumía muerto y porque había querido confesar el crimen en sus cartas. Sin embargo, a Fabiana Orquera no la había matado una persona, sino dos. Una había dado la orden y la otra la había ejecutado.

El autor intelectual, Ceferino Belcastro, quiso confesar antes de morir dejando las cartas firmadas como NN. Por otra parte, el autor material, de quien pronto esperaba saber el nombre, se había sentido amenazado al enterarse de que alguien podía poner al descubierto el secreto que él había logrado esconder por casi treinta años. Además, el mensaje mafioso que me había dado con lo de Bongo pegaba perfectamente con el *modus operandi* de un matón dispuesto a borrar por encargo una persona de la faz de la tierra.

Apoyé la carta sobre mi regazo ensangrentado y la releí, preguntándome a qué se referiría con que para encontrarla había que empezar en la estrella invisible que completaba el triángulo más grande.

Una idea me vino a la mente de inmediato.

Recogí el pedazo de botella que tenía pegado el lacre de NN. Al observarlo descubrí que no era exactamente igual al de la primera carta. En el que sostenía ahora en mis manos, todos los puntos del círculo estaban a la misma distancia de sus vecinos. Otra forma de asegurarse de que el mensaje sólo le sirviera a aquel que había encontrado la primera carta.

Saqué de mi mochila la cámara de fotos y miré en la pantalla la imagen del primer lacre, que ahora estaba en poder del Cabezón Ferreira o su amigo de la Policía Científica de Caleta. Observé las dos estrellas junto a una de las líneas rectas y ubiqué dónde iría una tercera para formar el mayor triángulo posible. Ahí, supuse, tenía que empezar a leer el mensaje en morse. En cuanto al número 232132, imaginé que sabría cómo interpretarlo una vez descifrado el mensaje.

Recostando la cabeza en la roca, sonreí a pesar del dolor. Ya sabía quién había matado a Fabiana Orquera, y cuando llegara a Las Maras, probablemente me enteraría de dónde estaba enterrada. Eso resolvía gran parte del enigma, aunque seguía sin entender por qué tanto misterio. Si Ceferino Belcastro estaba dispuesto a confesar lo que había hecho —o mandado hacer— ¿por qué había escrito una serie de cartas anónimas publicadas como NN? Aquello continuaba sin tener ningún sentido.

El dolor en el muslo aumentaba y la sangre empapaba cada vez más la tela de mi vendaje

improvisado. Tenía que volver, me dije, y me puse de pie apoyándome en la pared.

Di un paso y una punzada en la herida me hizo ver las estrellas. Continué avanzando hasta la entrada de la cueva, con el dolor obligándome a cerrar los ojos a cada paso. Luego, no sé de dónde saqué fuerzas, pero volví a poner un pie sobre la roca para empezar a desandar el camino hacia la escalera.

Aunque iba a tardar un buen rato en llegar hasta el Uno, estacionado debajo del peñón, eso me daría suficiente tiempo para pensar en una explicación para mi pierna destrozada con la que volver a Las Maras.

39 — LA ESTRELLA INVISIBLE

Una hora más tarde, abrí la puerta de la casa de Las Maras todo lo lento que pude. Sonreí al encontrar el comedor vacío. Las voces de Carlucho y Valeria me llegaban amortiguadas desde la cocina.

Soportando el dolor que me producía dar cada paso, me metí en mi habitación con intención de cambiarme el pantalón, faltó de una pierna, y quitarme la venda empapada en sangre.

Sin embargo al sentarme frente al espejo de la cómoda, casi instintivamente abrí el cajón donde había dejado el alfabeto morse que me había dictado Tadeo en la casa del faro. Saqué de mi mochila la cámara y, mirando la imagen del lacre, volví a identificar a la derecha del círculo el lugar donde una tercera estrella formaría con las otras dos el triángulo más grande.

Si comenzaba en el sentido de las agujas del reloj, el mensaje empezaba con seis rayas seguidas. Por un momento pensé que volvía a tener el problema de no saber dónde terminaba una letra y empezaba otra, pero entonces me di cuenta de que los dígitos del número 232132, que había escrito NN en su última carta, eran todos menores que cuatro. Y las letras del alfabeto morse estaban formadas por grupos de entre uno y cuatro símbolos.

Interpreté cada dígito como la cantidad de símbolos que componían cada carácter. Así, escribí en mi libreta la letra correspondiente a las dos primeras rayas: una M. Luego la de las tres siguientes: una O. Las dos que seguían, una N. El punto solo, una E. La raya y dos puntos, una D. Y lo que quedaba, una A.

Leí la palabra que se había formado en mi libreta.

MONEDA.

—Moneda —dije en voz alta.

Sonreí y lo entendí todo. Ignorando el dolor en el muslo, me puse de pie de un respingo.

Acababa de encontrar a Fabiana Orquera.

40 — LA MONEDA

Eufórico por haber descifrado el mensaje, abrí la puerta de la habitación y salí al comedor. Oí un grito y luego el ruido de un plato haciéndose añicos contra el suelo.

Era Dolores.

—Nahuel, por Dios, ¿qué te pasó? —me preguntó mirándome la pierna.

Alertados por el grito, Carlucho y Valeria aparecieron corriendo desde la cocina.

Miré a los tres y ofrecí una sonrisa pícaro, intentando contener la mueca de dolor que empujaba para asomar. Con la emoción, me había olvidado de la herida y de cambiarme el pantalón.

—¿Por esto lo decís? —dije chasqueando la lengua y señalándome el muslo empapado en sangre—. Me pasó que no aprendo más. Eso me pasó. Fui a Cabo Blanco, me trepé a una roca para sacar una foto a los lobos marinos y me resbalé.

—Ay, nene —dijo Dolores—, sos peor que cuando eras chico. Carlucho, ayudalo a ir a la cocina, que ahí tengo el botiquín.

—No hace falta, puedo caminar solo.

Ignorándome, Carlucho me agarró de la muñeca y apoyó mi brazo izquierdo sobre sus hombros. No me soltó hasta que estuve sentado en la cocina. Dolores sacó de un armario una caja de madera enorme pintada de blanco y una cruz roja en la tapa.

Miré por la ventana. Arrodillado en el suelo, Pablo soplaba en el lugar equivocado una pila de maderitas que apenas humeaban. Como asador, era un gran guitarrista.

—Carlucho —pregunté, haciendo un gesto de dolor mientras Dolores me metía una gasa con desinfectante en la herida—, ¿te acordás del día que encontré esa moneda en la salina?

—Uhhhh, eso fue hace años, pero claro que me acuerdo ¿por qué?

—¿Qué pasó con esa moneda?

Antes de que su padre pudiera responder, Valeria vació en la mesa el contenido de una lata de yerba Taragüí que había estado encima de la heladera desde que yo tenía memoria. En la pequeña montaña de objetos distinguí lápices, un rosario, hebillas para el pelo, una llave demasiado grande para cualquier cerradura de la casa y monedas. Muchas monedas.

Algunas eran vigentes, pero la mayoría pertenecía a épocas anteriores: australes, pesos de los viejos, pesos ley, pesos de los más viejos. Todas las debacles políticas y económicas del país habían quedado representadas en esa lata.

No me costó encontrar la que yo buscaba. *Mi* moneda. La sostuve un instante entre el pulgar y el índice, para mirarla de ambos lados.

—Ahora sí. A ese fuego no hay quien lo pare —comentó Pablo al entrar a la cocina.

—Mirá esto, Mister Fuego —dijo Valeria, arrebatándome la moneda y entregándosela—. Seguro que ésta no la conocías.

Pablo la puso sobre su palma mugrosa y la miró durante unos instantes, moviendo de vez en cuando la cabeza afirmativamente. Luego la levantó a la altura de los ojos entre el índice y el pulgar para examinarla.

—GRANDES SALINAS, CABO BLANCO, S. CRUZ —leyó en voz alta e hizo una pausa para darla vuelta—. L. PARMEGGIANI Y CIA. 20.

—Lucio Parmeggiani y Compañía era la empresa que explotaba la salina —explicó Carlucho—. Pagaba a sus empleados en parte con estas monedas, que se podían gastar en el almacén de ramos generales de Cabo Blanco.

—Que obviamente era de la misma empresa —agregó Dolores.

—Esa la encontró Nahuel cuando era chico, un día que fuimos a cazar.

—¿Me la puedo quedar para mi colección? —preguntó Pablo.

—A mí no me preguntes, es de Nahuel.

—Pero hace mil años que está abandonada en el fondo de esa lata —intervino Valeria.

Pablo giró hacia mí y, levantando la moneda en alto, repitió la pregunta sin abrir la boca.

Lo lógico habría sido decirle que sí. Al fin y al cabo, Valeria tenía razón: yo había encontrado esa moneda hacía años y luego la había dejado olvidada en el fondo de la lata de yerba. Además, dársela habría sido una buena manera de firmar una tregua.

En cualquier otro momento lo hubiera hecho, pero no ese día.

—Es que para mí tiene un valor especial —dije, extendiendo la mano para que me la devolviera.

—Tampoco es que sea la única que hay en la casa —dijo Dolores al terminar de pegar con cinta adhesiva una gasa cuadrada sobre mi herida—. Yo tengo tres más, por lo menos.

Se perdió en el pasillo que daba al resto de la casa y al poco tiempo volvió con una pequeña cajita de madera cuyo contenido vació sobre la mesa. Otra pila de objetos pequeños, mayormente anillos y pulseras de metal ennegrecido.

—Miren, acá hay otra —dijo, revolviendo el nuevo montículo con los dedos—. Y otra.

Buscó un poco más.

—Pensaba que había más en esta cajita. Pero bueno, acá tenés dos, Pablo.

—Muchas gracias, Dolores. Éstas están incluso mejor conservadas que la de Nahuel.

—Cerca de la salina se suelen encontrar varias —intervino Carlucho—, aunque la sal las carcome tanto que el relieve de la superficie queda irreconocible.

—Sí, pero por algún lado de la casa tenemos una que está nuevita —agregó su esposa, que seguía hurgando en ambos montones de chatarra diminuta—. Si aparece te la doy.

Después de que Pablo volviera a agradecerle, Dolores agarró una escoba y se fue al comedor a barrer los restos de vajilla que habían quedado desparramados en el suelo. Valeria la siguió con una nueva pila de platos para poner la mesa.

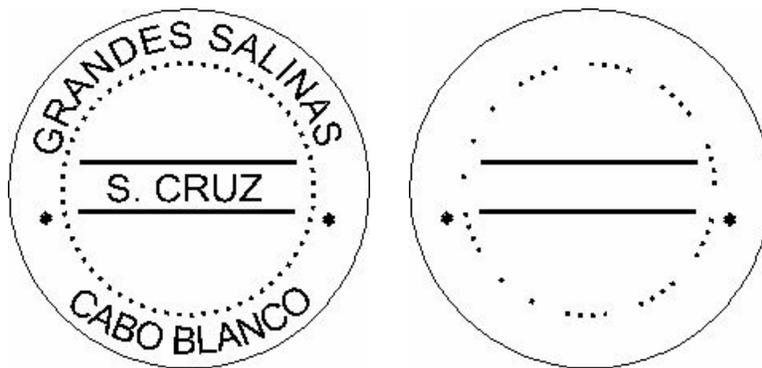
—Parece que sí que había quién parara tu fuego —dijo Carlucho, señalando por la ventana.

La pila de maderas chamuscadas ya no soltaba ni humo.

Ambos se fueron a arreglarlo y yo me quedé solo en la cocina, con un parche de gasa enorme en el muslo y la moneda de la salina girando entre mis dedos.

La observé con detenimiento. Las palabras GRANDES SALINAS CABO BLANCO formaban un círculo. Las primeras dos arriba y las otras debajo, separadas por un par de asteriscos. O mejor dicho, estrellas. Más hacia el centro, un círculo de puntos encerraba dos líneas paralelas dentro de las que se leía S. CRUZ, el nombre de la provincia donde estaban Deseado, Cabo Blanco y la salina.

Renqueando, volví a mi habitación y comparé la moneda con la imagen del lacre de la primera carta que Ceferino Belcastro había firmado como NN.



Entonces entendí por qué el lacre me había resultado tan familiar el día que encontré el sobre asomando debajo de la cómoda. Como sello, NN había usado una moneda idéntica a la que yo tenía ahora en mis manos a la que le había limado las letras y algunos de los puntos del círculo para formar el mensaje en morse.

En su última carta, la que me había costado el tajo en la pierna, Ceferino Belcastro insinuaba que para encontrar a Fabiana Orquera, había que descifrar el mensaje en el lacre. Yo lo había hecho, y eso me había llevado a la moneda que ahora sopesaba en mi mano.

Fabiana Orquera estaba enterrada en la salina de Cabo Blanco.

41 — LA HERIDA

Había estado esperando desde el mediodía el momento en que Carlucho apagara el generador y todos se fueran a dormir. Sonreí al quedarme por fin a oscuras, mirando el fuego, que llevaba un buen rato encendido. La temperatura máxima, según la radio, había bajado diez grados en dos días.

Atiborré la estufa con leña —sospechaba que sería una noche larga— y cojeé hasta mi habitación para hacerme con mi mochila, un paquete de velas y un cenicero. Con cada paso, un dolor punzante me atravesaba la pierna desde la rodilla hasta la ingle.

Celebré por partida doble al sentarme de nuevo en el comedor. Junto a la estufa se estaba mucho mejor que en mi habitación, que parecía un frigorífico, y la pierna me agradeció que dejara de caminar.

Encendí cuatro velas y las pegué al cenicero. Después saqué de la mochila la carta de NN que había encontrado en la cueva de Cabo Blanco. La releí un par de veces a la luz de la llama y me enfoqué en la última frase.

En cuanto a ella, para encontrarla hay que empezar en la estrella invisible.

Y yo lo había hecho. Esa estrella me había llevado a la palabra moneda, y esa palabra a descubrir el sello que Ceferino Belcastro había usado para lacrar su primera carta. Del bolsillo de mi pantalón saqué la moneda de la salina. Fabiana Orquera tenía que estar enterrada en algún lugar de aquella enorme extensión de sal. ¿Pero dónde?

Hice girar la moneda sobre la mesa. Cuando paró, yo ya había sacado de mi mochila “Cabo Blanco: historia de un pueblo desaparecido”, de Carlos Santos.

Pasé las páginas hasta encontrar un mapa de la salina. Superpuestos sobre él se veían cuatro pequeños cuadrados que correspondían al área que Lucio Parmeggiani y Compañía, los mismos que habían acuñado la moneda, habían explotado durante la primera mitad del siglo veinte.

Eran cuatro kilómetros cuadrados, y representaban apenas la tercera parte de la extensión de la salina. Me pregunté por dónde carajo iba a empezar a buscar.

—¿No te vas a dormir? —preguntó una voz, sobresaltándome.

Valeria estaba parada del otro lado de la mesa. Tenía un camisón que no le conocía: largo, de algodón y con estampados de Minnie. No supe cuánto tiempo llevaba ahí.

—No tengo sueño todavía.

—Yo tampoco —respondió, acercándose a la estufa.

Separó una silla de la mesa y se sentó junto a mí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, extendiendo el índice para señalar el libro.

—Nada, leo.

—¿Y cómo va el artículo ese sobre Fabiana Orquera? —preguntó, como si fuera lo primero que le había venido a la mente.

—De a poco voy avanzando, pero ya sabés cómo son estas cosas. Hay que hablar con gente, leer archivos, unos dicen una cosa, otros dicen otra. La mayoría de la gente está convencida de que fue Báez quien mató a Fabiana Orquera, y eso hace las cosas más difíciles.

—Si fuera un caso fácil, no llevaría treinta años sin resolverse. ¿No es justamente lo difícil del caso lo que resulta interesante?

La palabra interesante no le hacía justicia, pensó. No sólo acababa de averiguar quién había matado a Fabiana Orquera, sino que además sabía que ese no era su verdadero nombre y probablemente por eso nunca nadie había denunciado su desaparición. Además, con un poco de suerte daría con el cuerpo enterrado en sal. Pero todavía no era momento de discutir nada de aquello con nadie. Ni siquiera con Valeria.

—Tenés razón —me limité a responder.

Iluminada por el resplandor de las velas, vi que la expresión en su cara era una mezcla de ternura y lástima. Movié su silla hasta dejarla casi tocando con la mía.

—No te desanimes, Nahu. Yo sé que vos, con lo perseverante que sos, algo vas a encontrar en todo esto.

Luego, acentuó un poco la sonrisa, y de todos los lugares de mi cuerpo donde me podría haber dado una palmadita de aliento, eligió el muslo derecho.

Hice un movimiento involuntario con la pierna y no pude reprimir un gemido de dolor.

—¿Qué te p...? Uy, *sorry*, me había olvidado. Perdón, Nahu, no me di cuenta.

—No pasa nada.

—Nahuel, estás sangrando.

Distinguí un alargado manchón rojo en la tela de mi pijama.

—Ah, eso no es nada. Se debe haber abierto un poquito la herida.

—¿Un poquito? Ese pedazo de mancha no es un poquito. Sacate los pantalones que te cambio la gasa.

Sin darme tiempo a responder, agarró una vela y desapareció en la oscuridad de la casa, en dirección a la cocina. La escuché abrir la puerta de una alacena y luego volvió a aparecer con el botiquín de madera.

—¿Qué estás esperando? Sacate los pantalones.

—No pasa nada, Valeria. Dejame que yo me lo desinfecto solo.

—No señor. ¿Quién se la pasó seis años estudiando veterinaria? *Me*. Y aunque no tenga el título, soy la más indicada en esta habitación para curar a un animal herido.

Solté una carcajada lo más silenciosa que pude.

—¿Te da vergüenza?

—¡Qué me va a dar vergüenza! Si lo que hay ahí ya te lo conocés de memoria. Sólo que no entiendo tanta insistencia en verme en calzoncillos. Cualquiera diría que tenés ganas.

Valeria me pegó un puñetazo en el hombro.

—Sacate los pantalones o el frasquito de desinfectante te lo meto en el culo.

—Como usted mande, señorita Valeria.

Me quité los pantalones, dejándolos sobre la mesa. Valeria me arrancó la gasa empapada en sangre y empezó a limpiarme la herida con una nueva, mojada en desinfectante.

—No seas maricón —repitió varias veces mientras yo aspiraba aire ruidosamente entre los dientes cada vez que la tela mojada me tocaba la carne.

En un momento, hundió la gasa demasiado en la herida, y no pude evitar soltar un gruñido.

—Perdón, perdón —dijo, levantando la mirada.

Inclinó la cabeza y me tocó un costado de la cara con la mano que tenía libre.

Entonces, sin pensarlo demasiado, tomé su mano en la mía y acerqué mi cara a la suya lentamente. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca como para que no cupieran dudas sobre mis intenciones, ella abrió la boca para decir algo, pero no le di tiempo.

Fue un beso tierno que no duró mucho. La boca de Valeria era tan suave como la recordaba. Y la presión agradable en el estómago, la misma que la primera noche que le saqué la ropa en el garaje helado a diez pasos de donde nos besábamos ahora.

Cuando nuestros labios se despegaron, sentí un ruido en el pasillo que daba a las habitaciones. Vi alejarse, sin decir nada, una sombra que no reconocí.

—Pablo —dijo Valeria y no supe si se dirigía a mí o a él.

Se levantó de su silla y se fue tras él sin mirarme.

42 — CONSECUENCIAS

A la mañana siguiente, abrí los ojos y vi una figura sentada al pie de mi cama. Me incorporé de golpe.

—Valeria, me vas a matar de un susto.

Valeria me ofreció una sonrisa forzada.

—Estuve pensando toda la noche —dijo.

Como si eso fuera todo lo que tenía que decir, bajó la vista y, empezó a arrancarse con las uñas de una mano pequeños trocitos de piel de los dedos de la otra. Tenía ese tic desde que yo podía recordar.

—¿En qué?

—No sé por dónde empezar a decirte esto. Tengo miedo de haber tomado la decisión equivocada.

Noté cómo mi corazón empezaba a latir algo más fuerte.

—Quiero pedirte que te vayas de la estancia.

—¿Que me vaya? ¿Otra vez me estás echando?

—Para mí no es fácil, Nahu, *sorry*. Yo te quiero un montón, y vos lo sabés. Echarte de mi casa es como echar a un hermano.

—Vale, yo puedo hablar con Pablo y explicarle que lo de anoche fue un malentendido. Que fue culpa mía. Si querés voy ahora mismo y le digo...

—Ni se te ocurra. Bastante me costó calmarlo anoche y convencerlo de que no se fuera a Comodoro en plena madrugada.

—Pero, Valeria, tiene que haber otra solución. No me podés hacer esto justo ahora que estoy avanzando con la investigación de Fabiana Orquera.

—No me podés hacer esto. Estoy avanzando con la investigación —me imitó con voz ronca—. No seas exagerado, Nahuel.

—No exagero. Esto es muy importante, Vale.

—¡No! —dijo Valeria con tono violento, pero sin alzar la voz—. Lo que es importante es la cagada que te mandaste anoche. ¿En qué mierda estabas pensando?

Agaché la mirada. Era una buena pregunta.

—Te lo voy a dejar claro, Nahuel. Es imposible que Pablo y vos pasen un día más juntos en esta casa. Y como soy yo la que está en el medio, soy yo la que decide quién se queda.

Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta. Antes de abrirla, se giró para mirarme.

—En un par de días Pablo y yo nos vamos a Comodoro. A partir de ahí podés venir y quedarte todo el tiempo que quieras, pero ahora te vas. Nosotros en quince minutos salimos para Cabo Blanco a pescar. Cuando volvamos, al mediodía, espero no ver tu coche.

Salió de la habitación cerrando la puerta suavemente. Sin portazo.

43 — EXPULSADO

Por encima de mis dos manos sobre el volante, la ruta gris y perfectamente recta, continuaba hasta perderse en el horizonte. De vez en cuando una piedra levantada por las ruedas del Uno avanzando a ochenta por hora golpeaba bajo mis pies.

Me había mandado la cagada del siglo. ¿En qué estaba pensando cuando me quise hacer el galán de telenovela? Ya lo habíamos intentado con Valeria, y ambos habíamos decidido que no funcionaba. *Somos como hermanos*, nos habíamos dicho, convencidos. Me pregunté qué fue lo que me llevó a darle ese beso ahora que ella tenía novio.

Golpeé el volante con toda mi fuerza, casi avergonzado de la respuesta obvia. Puros celos y envidia, como si fuera un adolescente.

Volví a golpear el volante y el Uno se balanceó sobre el ripio, describiendo esas alargadas en el camino recto. Mejor dejar de pensar en aquello si no me quería poner el coche de poncho.

¿Pero justo ahora tenía que ser? Ahora que sabía dónde encontrar el cuerpo de Fabiana Orquera, o al menos dónde empezar a buscarlo, el boludo de Nahuel tenía que meter la pata hasta el fondo.

Al menos me volvía a Deseado con un nombre, pensé. Ceferino Belcastro, rival político de Raúl Báez en las elecciones de 1983. Alias, NN. Autor intelectual confeso del asesinato de Fabiana Orquera.

Aminoré un poco la marcha al ver una manada de guanacos pastando a ambos lados de la ruta. Sabía de primera mano lo peligroso que era atropellar uno.

Una extraña asociación de ideas de esas para las que sobra el tiempo cuando uno viaja en la Patagonia —guanacos atropellados, animales muertos, mi perro— me hizo pensar en el hijo de puta que envenenó a Bongo para amenazarme. Lo que más me interesaba averiguar al llegar a Deseado era quién había sido el autor material del asesinato de Fabiana Orquera. Eso me llevaría al asesino de mi perro.

A pesar de que NN se considerara el único responsable, mi trabajo no estaría completo hasta saber quién la había matado y enterrado con sus propias manos en la salina de Cabo Blanco. Supuse que entre el archivo de El Orden y lo que recordara la gente en el pueblo, no sería difícil enterarme de quién había sido la mano derecha de Belcastro en las elecciones del ochenta y tres.

Cuando faltaban menos de treinta kilómetros para llegar a Deseado, me sonaron cuatro mensajes en el teléfono. Aproveché para mirarlos al detenerme para abandonar el ripio e incorporarme en el asfalto de la ruta 281.

Tres eran llamadas perdidas del Cabezón Ferreira. El cuarto era un mensaje de texto, también de él, enviado apenas un par de horas atrás.

ME LLAMÓ MI AMIGO DE LA CIENTÍFICA. HAY NOVEDADES. PASÁ POR LA COMISARÍA CUANDO PUEDES. TRAE MEDIALUNAS (HOY ME VOY A UN CURSO A CALETA. VUELVO EL LUNES)

Al final, tenía razón el Cabezón. La Policía Científica de Caleta laboraba rápido.

44 — BRAILLE

Era viernes. Tendría que esperar tres días hasta que el Cabezón volviera de su curso. Apenas recibí su mensaje lo llamé al celular para que me adelantara de qué se trataban las novedades, pero las tres veces que intenté me atendió el contestador. De cualquier modo, tenía suficientes cosas que averiguar como para no aburrirme.

Al entrar al pueblo, apenas pasé el puerto puse rumbo a Punta Cascajo. Estacioné el Uno al principio de la costanera. A mi derecha, la marea movía el agua de la ría hacia el océano. A mi izquierda, del otro lado de la calle, el único hospital en doscientos kilómetros a la redonda estaba tan quieto que parecía abandonado.

Me miré la pierna. La mancha de sangre había atravesado la gasa que Valeria había dejado a medio pegar la noche anterior y me dibujaba una forma roja y alargada en la tela del pantalón. Me bajé de coche, abrí el baúl y revolví en el bolso donde tenía las mudas de ropa que me había llevado a Las Maras hasta encontrar un jean limpio.

Una hora después, salía del hospital con una gasa nueva y la herida esterilizada. La médica que me hizo las curaciones me dijo que el tajo estaba para darle por lo menos nueve puntos, pero ya no se podía coser porque había pasado demasiado tiempo y nos arriesgábamos a una infección. Lo único que se podía hacer era mantenerla limpia y vigilar que curara bien.

Al mirar hacia ambos lados de la costanera para cruzarla y subirme a mi auto, distinguí a mi izquierda la construcción baja y ancha, de ladrillos a la vista y techo verde a unos cien metros de la salida del hospital. Era el asilo de ancianos del pueblo, donde compartían techo la viuda de Ceferino Belcastro y el hombre que había sido mensual de Las Maras cuando Belcastro había hecho desaparecer a Fabiana Orquera.

Contraviniendo la orden de la médica de caminar lo menos posible, me dirigí hacia el asilo.

Entré a un gran salón en forma de ele. Había una mesa ocupada por seis hombres jugando a la baraja española y unos sillones en un rincón donde un grupo de mujeres tomaba té sin hablar. Junto a la ventana, una señora casi sin pelo tenía la mirada perdida en la ría. Un hilo de baba le colgaba del mentón. En la mesa de al lado, un maestro al que reconocí guiaba la mano de un anciano de ojos lechosos por un papel escrito en braille. Y contra una pared, tres hombres, dos mujeres y una persona cuyo sexo no pude distinguir habían sido estacionados en perfecta fila en sus sillas de ruedas.

Pegué la vuelta, decidido a desaparecer de ahí inmediatamente, pero una mujer regordeta vestida de uniforme violeta me interceptó justo antes de la puerta.

—¿Buscás a alguien? —me preguntó con las manos en los bolsillos.

Me quedé en silencio, pensando en decir que no y salir corriendo.

—¿Te puedo ayudar en algo? —insistió.

—Eh... sí —dije finalmente—. Vengo a visitar a Alcides Muñoz y a Liliana Belcastro.

—No sabía que Alcides y Liliana tenían familia en común.

—No, en realidad no soy familia de ninguno de los dos.

Por la mirada extrañada de la mujer, supuse que los ancianos no recibían demasiadas visitas más allá de los parientes.

—¿Y para qué querés verlos?

—Una entrevista.

—Vos sos Donaire, el que escribe en El Orden, ¿no?

—Sí. Precisamente vengo a verlos por una crónica que estoy escribiendo para el diario.

—¿Y los querés entrevistar juntos?

—No, por separado.

—Mirá, Liliana ahora me parece que está durmiendo la siesta —dijo la mujer pasando revista al salón—. Podés empezar por Alcides si querés. Ya tiene que estar por terminar la clase.

Una de las manos de la mujer salió del bolsillo del uniforme y señaló al hombre joven junto al anciano ciego. Le agradecí y me acerqué a ellos.

—El viernes empezamos con las consonantes, don Alcides. Ahora lo dejo que tiene visita —alcancé a escuchar mientras el maestro joven ordenaba varias hojas escritas en braille y las guardaba en un maletín.

El viejo respondió que no había problema y el maestro se acercó hacia mí.

—¿Cómo andás Nahuel? —dijo, extendiéndome una mano.

No trabajábamos en la misma escuela pero nos conocíamos. Se llamaba Eugenio y me caía bien. Intercambiamos unas cuantas frases y se quejó de tener que estar trabajando en vacaciones.

—¿Y vos? ¿Venís a verlo a él? —preguntó, señalando a su alumno.

—Sí.

—¿Sos pariente?

—No. Vengo a hacerle una entrevista. ¿Qué le enseñás?

—A leer en braille.

—¿Y qué tal va?

—Es jodidísimo el tema. Se quedó ciego de viejo, y encima nunca aprendió a escribir, así que le tengo que enseñar braille y a leer al mismo tiempo. Encima laboró toda la vida en el campo y tiene las manos curtidísimas. Le cuesta un huevo distinguir el relieve en el papel.

Después de cruzar unas palabras más, me despedí de Eugenio y me acerqué al viejo.

—Buenas tardes, ¿don Alcides?

—Muñoz —dijo el hombre extendiendo una mano en mi dirección.

Los ojos apuntaban directamente a mi hombro izquierdo. Estreché su mano grande y áspera y me senté donde había estado el maestro.

—Mi nombre es Nahuel Donaire y también soy maestro, como Eugenio.

—No voy a aprender más porque me pongan dos.

—No se preocupe —dije riendo—. No vengo a enseñarle nada.

—¿Y a qué viene entonces?

—A hacerle una entrevista.

—¿Y para qué?

—Porque estoy escribiendo un libro.

El hombre se quedó en silencio. No supe si me había escuchado.

—Estoy escribiendo un libro —repetí—. Es sobre Fabiana Orquera, y me gustaría hacerle unas preguntas.

—Yo no conozco a ningún Orquera.

—Fabiana Orquera —expliqué—. Es la mujer que desapareció hace treinta años de la estancia Las Maras. Según me contaron, usted era peón allá en ese tiempo. ¿Es cierto que fue usted quien se encontró a Raúl Báez dentro de la casa de Las Maras desmayado y bañado en sangre de cordero?

—Sí. Juí yo, sí.

Esperé unos instantes por si el hombre quería hacer memoria y agregar algo, pero al parecer esos monosílabos eran toda su respuesta.

—¿Y qué hizo cuando encontró a Báez así?

—Cuando lo vi por la ventana tiráu en el suelo, pensé que estaba muerto. Patié la puerta, me metí a la casa y lo zamarreé hasta que se despertó.

—¿Y recuerda qué hizo Báez apenas volvió en sí?

—¿Cómo no me voy a acordar? Descubrió que estaba empapado en sangre y se empezó a tocar todo el cuerpo desesperado. Se sacó la camisa y el pantalón y me pidió que le mirara la espalda y le dijera si tenía algún corte, pero no tenía ni un rasguño. La sangre no era de él.

—¿Y qué hizo Báez después de eso?

—Me preguntó si había visto a la mujer que estaba con él en la estancia. Cuando le dije que no, se puso como loco y salió corriendo para su auto. Pero le habían tajeado las cuatro ruedas, así que me pidió que fuera a Cabo Blanco para llamar a la policía y una ambulancia.

—¿Y usted le hizo caso?

—Más vale. Me subí al caballo y me juí pa' Cabo Blanco. Ahí le avisé al del faro que llamara por radio y me volví a la estancia.

—¿Y alguno de los fareros fue con usted?

El hombre negó con la cabeza.

—En esa época no tenían en qué moverse. Ni auto ni caballo ni nada. Los dejaban ahí y ahí se quedaban por dos semanas. Además, ese día había uno solo. Me dijo que no podía dejar el faro solo.

Recordé lo que había visto en el libro de servicio del faro. El día que habían matado a Fabiana Orquera sólo había un farero en Cabo Blanco. Un detalle mínimo, de no ser porque esa había sido la única vez que había sucedido en los diez años de registros que me había mostrado Tadeo.

En ese momento, una mano se posó sobre el hombro del anciano.

—¿Cómo vamos don Alcides?

—Bien.

—Liliana ya se levantó —dijo dirigiéndose a mí y señalando a una viejita de rulos grises—. Es esa que está ahí.

—¿Tiene alguna pregunta más? Tengo que ir al baño —dijo el hombre.

—Sí. ¿Cuánto tardaron la ambulancia y la policía en llegar?

—Unas cuatro horas.

—¿Cuatro horas? ¿Está seguro?

El viejo asintió en silencio.

Eso era raro. Se tardaba como mucho una hora y media de Deseado a Las Maras.

—¿Y el hombre del faro hizo el llamado por radio enfrente suyo? ¿Usted oyó la comunicación con la policía?

—Creo que no, que el tipo me dejó en la cocina y me dijo que tenía la radio en otra parte de la casa. Pero eso fue hace muchísimo tiempo. No me acuerdo bien.

—No se preocupe, es un detalle nada más. Me ha resultado muy útil hablar con usted, don

Alcides. ¿Cómo se lo puedo pagar?

—No hay nada que pagar. Pero si me trae una botella de ginebra no se la voy a despreciar.

—¡Qué ginebra ni qué ginebra, don Alcides! —intervino la mujer del uniforme violeta tomando al hombre de la mano—. Usted sabe perfectamente que no puede tomar nada de alcohol. Vamos que lo llevo al baño.

La mujer se fue con Muñoz y yo me acerqué a la viuda de Belcastro preguntándome si ella sabría que, treinta años atrás, su marido había hecho desaparecer a Fabiana Orquera.

45 — NO SOMOS NADA

Me detuve junto a la mesa de la anciana. Le habían traído un té con leche y tres rodajas de pan con dulce de leche.

—¿Señora Liliana?

—Sí, soy yo —dijo, depositando con sus manos frágiles la taza de té sobre la mesa.

—Mi nombre es Nahuel Donaire. Soy periodista y estoy escribiendo sobre antiguos intendentes de Puerto Deseado. Me interesaría hacerle una entrevista sobre su marido.

Una sonrisa se dibujó en su cara.

—Ay, sí, nene. Yo encantada de la vida, pero me tengo que ir a arreglar, no puedo salir en la tele con esta pinta.

—No se preocupe que es prensa escrita. No tengo cámara.

—Ah, bueno —respondió la mujer, un poco desilusionada—. Sentate, nene, y decime qué querés saber de Ceferino.

Aparté una silla y me senté frente a ella.

—Me interesa más que nada saber cómo organizaron la campaña electoral cuando se postuló para intendente. ¿Recuerda esa época? —pregunté.

—Como no me voy a acordar, si fue la vez que más nerviosa estuve en mi vida.

—¿Ah, sí?

—Ay, nene, vos no sabés lo que era la casa. Gente entrando y saliendo a todas horas para hablar con Ceferino. Venían a ofrecerle ayuda, a pedirle un favor para cuando ganara, a decirle que lo iban a votar. No podíamos ir a comprar al supermercado tranquilos. Salíamos a cualquier lado y alguien se le ponía a hablar. Quince minutos con uno, media hora con otro. Era desesperante. Pero bueno, fue peor aún cuando ganó.

La anciana mojó un trozo de pan con dulce de leche en su té y se lo llevó a la boca. Masticó lentamente con la mandíbula temblorosa.

—¿Y quiénes fueron los que más lo ayudaron durante la campaña?

—Uy, hubo muchísimos. El gallego Vara, Juan Azcuénaga, el Tano Pintaldi, Lucilo...

—¿Pintaldi dijo?

—Sí, Marco Pintaldi. Nosotros toda la vida le dijimos “el Tano”.

No hizo falta que lo confirmara mirando la carpeta “borradores” en mi teléfono. Marco Pintaldi era exactamente el nombre que yo había copiado del libro que me había enseñado Tadeo en el faro. El nombre del único farero que había en Cabo Blanco el día que desapareció Fabiana

Orquera. El que, ante la noticia de la emergencia dada por Alcides, se había encargado de llamar por radio a la ambulancia y a la policía.

Y ambas habían tardado cuatro horas en recorrer un camino que se hacía en una y media.

—¿Y eran muy amigos Pintaldi y su marido?

—Y... se criaron juntos prácticamente. Fueron al colegio de los curas toda la primaria. Después Ceferino continuó con la secundaria pero el viejo de Pintaldi, un italiano borracho y vago, puso a su hijo a trabajar de albañil. Apenas cumplió la edad mínima, lo metió de cadete en la armada.

—¿Trabajaba en el apostadero de Deseado, no?

—Sí —dijo—. Siempre fue de rango muy bajito. De hecho, de vez en cuando lo mandaban al faro de Cabo Blanco.

—Y usted dice que Pintaldi ayudó a su marido en la campaña del ochenta y tres.

—Uff, lo ayudó muchísimo. El Tano siempre tuvo mucha capacidad para mover gente. Algunos dicen que era medio patotero y otros lo califican directamente como un matón. Pero yo que lo conocí durante muchos años sé que en el fondo es un tipo de buen corazón, incapaz de matar una mosca.

No según la carta de su marido, pensé.

—Pobrecito, ahora está muy mal de salud. Fumó muchísimo toda la vida y tiene los pulmones a la miseria.

La mujer echó un vistazo a su alrededor, deteniéndose por un instante en la fila de ancianos en sillas de ruedas.

—Cuando se muere alguien, la gente siempre dice que no somos nada. Pero para mí no hace falta estar en un velorio para darse cuenta. ¿Vos podés creer que todos estos viejos fuimos jóvenes alguna vez? Jóvenes y, muchos de nosotros, felices. Y miranos ahora.

Entonces, sin pensarlo, tomé una de sus manos de piel fina y arrugada entre las mías.

—No se me deprima, doña —le dije.

—Lo extraño mucho a Ceferino. Lo extrañé desde el día que murió. Pero ahora que estoy acá, lo extraño mucho más.

—Bueno, hábleme de él si quiere. De sus cosas buenas. Eso seguro que le levanta un poco el ánimo.

—Ay, querido. Ceferino era una persona preciosa. Muy querido en el pueblo, ¿sabés? Sobre todo por sus orígenes humildes. Era un hombre de la gente. Para que te des una idea, después de terminar la secundaria, sólo se puso una corbata una vez en la vida.

A Liliana le brillaban los ojos.

—Déjeme adivinar. El día que se casaron.

—Exactamente —asintió la anciana, que ahora aferraba ambas manos a las mías—. Ni siquiera el día que lo nombraron intendente se volvió a poner una. Era más peronista que Perón, decía él.

Hablamos un rato más. Mayormente, acerca de lo sola que se sentía. Belcastro y ella no habían tenido hijos, y la poca familia que le quedaba —una cuñada y un par de sobrinos—, la visitaban en el asilo tres o cuatro veces por año.

—Ay nene, espero que lo que te dije te haya servido para algo.

—Me sirvió un montón. Se lo aseguro.

—Y decime, querido, ¿dónde vas a publicar la entrevista?

—Eso todavía no lo tengo claro. Si logro reunir suficiente material, entonces será parte de mi primer libro. Si no, la sacaré en mi columna de El Orden.

—¿No me digas que tenés una columna en El Orden! ¿Y sobre qué escribís, nene?

—Hago periodismo de investigación. Historias del pueblo, muchas veces olvidadas. Historias de antiguos intendentes, por ejemplo.

—¿Y la tenés hace mucho?

—Sí, hace ya como dos años.

—Ah, entonces no la conozco. Yo dejé de comprar el diario hace muchísimo. Desde que Ceferino dejó la política, prefiero leer novelas.

—Hace bien. Como dice mi madre, *para lo que hay que ver...*

—Así que una columna en El Orden... —repitió la mujer—. Mirá vos qué casualidad.

La cara se le había iluminado con una sonrisa.

—¿Casualidad? ¿Por qué?

—Ceferino también tenía una columna en El Orden cuando era joven.

—¿En serio? —pregunté incrédulo.

Yo había revisado el archivo de El Orden varias veces buscando información y nunca había dado con nada escrito por Ceferino Belcastro.

—Sí, la tuvo durante varios años. Era una columna de acertijos.

—¿De acertijos?

—Sí. Cada semana había un acertijo auspiciado por un comercio. Ceferino publicaba unas pistas y escondía el regalo del anunciante en algún lugar del pueblo. La respuesta al acertijo indicaba

dónde estaba escondido el premio, que generalmente era un vale para gastar en el negocio auspiciante.

—¿Y qué tipo de acertijos eran?

—Uy, eso fue hace muchísimo tiempo. Tanto, que ya me los olvidé casi todos. Pero me acuerdo que uno era algo así como *veintisiete grados entre las piedras y el cemento*. ¿Sabés dónde estaba escondido el regalo?

—Ni idea.

—En el muelle de Ramón, donde se junta el pedregullo de la playa con el cemento del muelle. Forman un ángulo de exactamente veintisiete grados.

—Es curioso —dije.

—¿Qué cosa?

—He leído varias veces los archivos de El Orden y soy bastante amigo de Mario, el director. Sin embargo, nunca supe que su marido tenía una columna.

—A lo mejor es porque usaba un seudónimo —dijo la mujer bajando la voz—. En esa época, muy pocos sabíamos que era él.

—¿Y cuál era ese seudónimo?

—Norte Nómada.

Una pregunta menos, sonreí. Aquello explicaba por qué Belcastro había escrito las cartas en clave de acertijo y firmado como NN. Había elegido confesar a su manera: dejando una serie de pistas para que alguien las descifrara.

Ceferino Belcastro y Marco Pintaldi, pensé mientras me despedía de la vieja Liliana. Uno la mano derecha del otro, tanto en la campaña del ochenta y tres como en el asesinato del mismo año.

46 — EL TANO Y EL TANITO

En Deseado, hasta los barrios tenían sobrenombre. La preferencia del deseadense a la hora de rebautizarlos eran los números, sobre todo si se trataba de planes de viviendas construidas por el Estado. El uso de los verdaderos nombres quedaba relegado casi exclusivamente a formularios, trámites y deneís. De entre casa jamás hablábamos de Aviso Sobral, Costanera o Beauvior, sino de las ochenta, las sesenta y cuatro o las ochenta y dos viviendas.

Al llegar a las trescientas treinta, estacioné el Uno en una calle completamente rodeada por los edificios de tres pisos del barrio. A excepción del color de los techos, algunos azules y otros verdes, los bloques eran idénticos unos a otros y la gente los llamaba escaleras. Las “Tres Treinta” eran, con diferencia, el plan de viviendas más grande de Puerto Deseado y, según mis cálculos, el gobierno lo había adjudicado menos de un año después de la desaparición de Fabiana Orquera.

Entré a la escalera número cinco, que por algún motivo estaba a dos calles de la cuatro pero frente a la doce. Subí con cuidado los escalones de cemento, intentando no cargar mucho peso en mi pierna derecha. Cuando por fin llegué al primer piso, golpeé una puerta de chapa que todavía conservaba la mayor parte de la pintura original, de color azul.

Un minuto después de mi llamado, la puerta se abrió violentamente de par en par, revelando la figura alta y de hombros anchos de uno de los personajes más problemáticos del pueblo.

Tendría cinco o seis años más que yo y era camionero. Yo lo conocía de la noche y no tenía idea de cuál era su nombre o apellido. Todo el mundo se refería a él simplemente como el Tanito. Cuando entraba a algún lugar a tomarse una cerveza, lo hacía sacando pecho, caminando con las piernas separadas y mirando con desprecio a todo lo que no tenía tetas.

Empinaba bastante el codo y se ponía pendenciero. Dos por tres se agarraba a las trompadas con alguien. Recordé una noche que estábamos en Jackaroe con unos amigos. De repente pararon la música y subieron las luces. El Tanito se había trezado en una pelea con no me acuerdo quién y tres empleados de seguridad se lo llevaban para afuera con los pies en el aire. A las seis de la mañana Jackaroe cerró y cuatrocientas personas se quedaron en la puerta, algunos charlando y otros intentando no irse a dormir solos. De repente se oyeron dos estruendos, que yo creí petardos, pero les siguieron gritos y gente corriendo a esconderse detrás de los coches estacionados. Miré calle arriba y vi el camión del Tanito detenido y con la puerta del conductor abierta. Su dueño estaba parado sobre el asfalto, de cara a la gente y con un revólver apuntando hacia arriba.

Por suerte la cosa no pasó a mayores. Luego de los dos disparos, que según me enteré tiempo después habían sido al aire, se subió al camión y se fue, metiéndose en contramano por la calle Gregores.

El hombre que me acababa de abrir la puerta en las Tres Treinta era, como decíamos en Deseado, un tipo áspero.

Por todo saludo, el Tanito hizo un gesto rápido hacia arriba con la cabeza.

—Hola, ¿acá vive Marco Pintaldi? —pregunté.

—Está ocupado, ¿para qué lo querés?

—Quería pedirle una entrevista.

—¿Sobre qué?

—Preferiría hablarlo directamente con él.

Los ojos marrones me fulminaron, y por un segundo tuve miedo de lo que podía hacer con una de sus manos enormes. O ambas. Pero antes de que pudiera siquiera abrir la boca, una figura encorvada se asomó por detrás de su hombro.

—¿Me buscan? —dijo con una voz apenas audible un hombre canoso y flaco al que jamás había visto en mi vida.

—Sí, papá —respondió el Tanito sin quitarme los ojos de encima— ¿Qué hacés así, levantado? Vólvete al sillón.

El viejo alzó la mano para callar al hijo y me miró con el entrecejo fruncido. Luego habló con un tono altivo, que no pegaba con su aspecto débil ni su respiración agitada.

—¿Vos no sos el de la columna de El Orden? —preguntó.

Asentí, empezando a odiar mi pequeña fama.

—¿Qué querés?

—Estoy escribiendo un artículo sobre los intendentes más populares que tuvo Deseado. Y me mencionaron que usted trabajó con Ceferino Belcastro durante la campaña del ochenta y tres.

El viejo soltó un soplido que podía interpretarse apenas como una risita. Luego negó con la cabeza y me sonrió, mostrándome un colmillo partido en su dentadura amarillenta.

—El que te dijo eso, se queda corto. No solo *lo ayudé* en la campaña del ochenta y tres. Ceferino era casi un hermano para mí. Nos criamos juntos, y cuando él se metió en política, yo me convertí en su mano derecha.

—Algo así me habían dicho —dije, forzando una sonrisa—. ¿Podríamos charlar un rato sobre él?

—Dejalo pasar —dijo Pintaldi a su hijo.

47 — BELCASTRO, PINTALDI, ORQUERA

La casa olía a tabaco rancio y a sudor. Dándome la espalda, el viejo caminó arrastrando los pies con pasitos cortos hasta un sillón en la esquina del comedor. Sobre el tapizado gastado había una manguera como las que se conectan a los aireadores de los acuarios.

Mientras su hijo se perdía en el interior de la casa, el Tano Pintaldi se desplomó en el sillón con un gemido. Luego se metió en la nariz dos pequeños tubos que salían de la manguera de plástico, enganchándosela detrás de las orejas. El pecho se le infló y desinfló varias veces antes de volver a hablar.

—No puedo estar ni cinco minutos sin esta mierda —dijo con una voz ahora más nasal, señalando una pequeña garrafa verde junto al sillón. Sobre ella pude leer “aire enriquecido: oxígeno 35%”.

Decidí que el hombre vencido que respiraba con dificultad frente a mí no podía ser el asesino de Bongo. Mano derecha de Belcastro en su momento, quizás sí. Asesino de Fabiana Orquera, también. Pero imaginármelo tirando carne envenenada por encima del paredón de mi casa y dejándome una nota por debajo de la puerta en plena madrugada era demasiada actividad para alguien que necesitaba respirar por una manguera.

—Encima estos tubos hay que traerlos de Comodoro. Por suerte mi hijo cuando viaja con el camión me trae.

—Menos mal —dije mientras me quitaba el abrigo y me sentaba en una silla destartalada.

—Igual, siempre hay un quilombo nuevo. Ahora, por ejemplo, tienen el compresor roto en Comodoro y hay que traerlos de Trelew. Decí que a Miguel le salió un viaje a Buenos Aires y ayer volvió con tres llenos.

Quise preguntarle cuánto le duraban, si tenía que usarlos para dormir, o qué pasaba si no los usaba. Pero no me atreví.

—¿Qué querés saber de Ceferino?

—Una de las cosas que más me gustaría destacar en mi artículo son las diferencias entre los políticos de antes y los de ahora —mentí.

—Las diferencias son miles. Antes los políticos no compraban los votos tan evidentemente. La gente los votaba porque los quería. Y los que los apoyaban, como yo a Belcastro, lo hacíamos porque estábamos convencidos de que era la mejor opción.

—Pensaba que lo apoyaba porque se habían criado juntos.

—Eso también, pero si yo no hubiera estado convencido de sus propuestas, no le habría sido lo fiel que le fui. Y mucho menos, desinteresadamente.

—¿O sea que usted no recibió nada a cambio de apoyar a Belcastro durante su campaña del ochenta y tres? —pregunté, intentando no mirar con descaro las paredes de la casa donde estábamos.

—Nada —negó apenas con la cabeza—. Ahora ofrecen terrenos, o trabajo en la municipalidad. Todos los que ayudan para la campaña terminan con algún puesto, aunque apenas sepan leer y escribir.

Le seguí el juego por un rato, haciéndole preguntas sobre la vida personal de Belcastro, a quien él pintaba como un gran tipo, honrado y dispuesto a darlo todo por su pueblo.

—¿Y qué pensaba él de Báez? —pregunté en un momento.

—¿De Raúl Báez? Lo respetaba como rival político, pero no coincidía con su ideología. Báez era un oligarca encubierto y Belcastro era más... más popular.

—Hablando de popularidad, por lo que estuve leyendo, la de Belcastro creció bastante después de que a Báez lo acusaran de asesinato. Antes de eso, en una encuesta que hizo El Orden, Báez le sacaba veinte puntos.

Dije esto mirándolo a los ojos, pero no observé otro signo de asombro que una inspiración larga y ruidosa por los pequeños tubos. Al cabo de un instante, en su cara se dibujó una expresión triste que no se me antojaba demasiado sincera.

—Lo que le pasó a Báez fue una desgracia.

Hubo un silencio que duró tres respiraciones de Pintaldi.

—Tenés razón al decir que Belcastro no habría ganado si no le pasaba eso a Báez. Pero cuando asumió, Ceferino no defraudó a nadie. Incluso hoy, treinta años después, la gente lo sigue recordando. Si no, no me estarías haciendo esta entrevista.

—¿Y usted qué opina de aquello de que Belcastro pudo tener algo que ver con la desaparición de Fabiana Orquera justamente para dar vuelta el resultado de la elección?

—¿De dónde sacaste ese disparate?

—Rumores. ¿Usted qué opina? —insistí.

—Que no son más que eso. Habladurías. ¿Sabías que el día que desapareció esa piba había carreras de Fiat 600 en Deseado, y que Belcastro estuvo ahí? Hasta salió una foto en el diario de él con el Chueco Dávila, que ganó la carrera y salió campeón. El Chueco era otro amigazo, mío y de Ceferino.

—¿Y a usted no lo sacaron en la foto? —pregunté.

—Yo no estaba ese día.

—¿Se perdió ver salir campeón a su amigo?

Pintaldi se inclinó levemente sobre la garrafa de aire para abrirla un poquito más.

—Tuve que viajar a Comodoro. Si no, hubiera ido de cabeza.

Mentira, pensé. En el libro del faro que me había mostrado Tadeo figuraba su nombre como el único farero el día que había desaparecido Fabiana Orquera.

—Bueno, pibe —dijo el hombre dándose una palmada en la rodilla—, yo tengo cosas que hacer, así que si no te molesta, vamos a tener que ir cerrando.

Dijo esto mostrándome una sonrisa a medias, enseñándome de nuevo el colmillo partido por la mitad.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Dale, rapidito.

—¿Usted habló con Belcastro de la desaparición de esa chica alguna vez?

El hombre levantó una mano del apoyabrazos del sillón para dar un golpe, pero se detuvo a mitad de camino.

—¿Quién te metió en la cabeza que nosotros tuvimos algo que ver?

—Yo en ningún momento acusé a Belcastro de nada. Y mucho menos a usted.

—¿Y entonces por qué hacés esas preguntas? —dijo, levantando la voz.

—No entiendo a qué se refiere. Le hago preguntas porque esto es una entrevista. Estoy en su casa en calidad de periodista.

Entonces el hombre se levantó lentamente del sillón.

—¿Periodista, vos? Vos lo que sos es un payaso. Un maestrucho al que le gusta meterse donde nadie lo llama. Y si no te vas de mi casa ahora mismo, te voy a instalar una zapatería en el culo. Aunque me veas así hecho mierda, conmigo no se jode, pibe. Puedo hacer que te muelan a palos mañana mismo si quiero. Periodista, lo único que me faltaba...

El Tano Pintaldi no llegó a completar la frase. Mientras se desplomaba sobre el sillón, se llevó la mano al pecho. Quedó sentado con la cabeza hacia un lado, inmóvil y con los ojos apenas abiertos.

Sin animarme a tocarlo, llamé al hijo de un grito.

—¿Qué pasó? —dijo el Tanito apareciendo en el comedor.

—Tu viejo. Le dio algo.

En dos zancadas, el Tanito estaba sobre su padre, pegándole unas cachetadas desproporcionadamente suaves para el tamaño de sus brazos.

—Papá, despertate. ¡Papá! —dijo, y sin girarse para mirarme agregó:— Llamá a la ambulancia.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué el 107. Mientras pedía la ambulancia, el Tanito continuaba zamarreando a su padre, pidiéndole por favor que se despertara.

48 — SHOCK

Cuando los enfermeros cargaron a Pintaldi, su hijo se subió con él en la ambulancia y yo los seguí en mi Uno al hospital. Me quedé con el Tanito los veinte minutos que tardaron en empezar a llegar amigos y parientes.

Un *shock* emocional le había causado un desmayo, dijeron los médicos. Y vista su condición delicada, el Tano Pintaldi se tendría que quedar un par de días en el hospital.

Pasé esa noche en vela, preguntándome si había ido demasiado lejos con mis preguntas. Si aquel hombre había terminado en el hospital por culpa mía. Pero para cuando asomó la primera luz del día, había decidido que no. Estaba claro, me dije, que el desmayo y la internación no habrían sucedido si yo no lo hubiera ido a entrevistar. Pero también era cierto que nada de aquello habría pasado si el hombre hubiese sido inocente.

Y no lo era. En primer lugar, me había mentido. Había dicho que estaba en Comodoro el día de la desaparición, cuando yo sabía perfectamente que había sido asignado al faro de Cabo Blanco. Después, Belcastro decía en su carta que alguien de confianza había sido el autor material del asesinato. Y su viuda me había confesado unas horas atrás que Pintaldi era la mano derecha de Belcastro en aquella época. Eso unido a que estuviera en Cabo Blanco y fuera la única vez en años que un farero estaba asignado sin compañero, eran demasiadas coincidencias.

Además estaba lo que Alcides Muñoz me había contado en el asilo de ancianos. La ambulancia y el coche de policía que Pintaldi había llamado cuando fue avisado por el mensual habían tardado cuatro horas en llegar. Más del doble del tiempo que normalmente se necesitaba para recorrer los ochenta kilómetros entre Deseado y Las Maras. Pintaldi había demorado el llamado por radio para ganar tiempo para algo que yo todavía no había descubierto.

Concluí que era lógico que se hubiera agitado con mis preguntas. Seguramente, después de treinta años el hombre estaría convencido de que la verdad del caso de Fabiana Orquera ya nunca saldría a la luz.

Entonces un maestrucho metía las narices.

Pensé en Bongo. Si alguien tenía motivos para envenenar a mi perro para asustarme, ese era el Tano Pintaldi. Sin embargo, además de motivos se necesitaban medios para hacer algo así. Si Pintaldi apenas podía caminar sin estar conectado a un tubo, ¿cómo podía haber tirado un pedazo de carne envenenada por encima de un paredón de casi dos metros de alto?

Pensé en el Tanito. Con esos brazos, me podría haber tirado un capón entero en el patio. Sin embargo, el viejo había mencionado que su hijo acababa de llegar de Buenos Aires el día anterior. Eso significaba que había estado al menos cuatro días fuera de Deseado.

Manoteé el teléfono de la mesa de luz y busqué en Facebook a Miguel Pintaldi. Teníamos treinta y seis amigos en común y su perfil era público. Retrocedí en su biografía hasta tres días atrás, cuando había muerto Bongo. El Tanito había subido desde su teléfono una foto de él en Puerto Madero, a dos mil kilómetros de mi casa.

¿Quién carajo había sido entonces?

49 — FIEBRE

El sábado amaneció espléndido, y mi viejo me invitó a pescar a Punta Norte. Iba a decirle que no, pero cambié de opinión a último momento. Me vendría bien despejarme un poco y olvidarme por un rato de Fabiana Orquera.

A la hora de comer, volvimos con las manos vacías. Mi vieja nos preparó unas pizzas y después del postre yo me fui derecho a la biblioteca del pueblo a seguir buscando información sobre el caso de Fabiana Orquera en el archivo de El Orden. La búsqueda fue tan infructuosa como la pesca de la mañana.

Serían las seis de la tarde cuando salí de la biblioteca. El sol todavía estaba alto y el viento llevaba todo el día sin aparecer. Sonriendo, empecé a caminar hacia la casa de mis viejos, donde había dejado el Uno.

Estaba a punto de llegar cuando sentí tres bocinazos cortos a mi espalda. Al girarme, vi a Nina Lomeña saludándome detrás del volante de su Polo rojo.

—Qué sorpresa —dije al acercarme a su ventanilla—. Te hacía en Las Maras.

—Y yo a ti. He venido esta mañana.

Nina sonreía pero tenía cara de cansada.

—¿Te pasó algo?

—He tenido que venir al hospital.

—¿Estás bien?

—Sí. Bueno, ahora estoy bastante bien, pero no he podido dormir en toda la noche. He amanecido con mucha fiebre, dolor de garganta y tenía la cabeza como si me fuera a explotar.

—¿Y qué te dijo el médico?

—Que es una infección en la garganta y me ha recetado antibióticos. También me ha recomendado que hiciera reposo en el pueblo durante unos días para asegurarme de estar mejor antes de volver a Las Maras.

—¿Necesitas algo? ¿Te puedo ayudar de alguna manera?

—No, estoy bien —dijo con una sonrisa.

—¿Y viniste manejando? —dije, dando dos golpecitos en el techo de su coche.

—Claro que no. Si me da miedo conducir en el ripio en condiciones normales, imagínate con fiebre. Uno de los voluntarios que había ido a trabajar a la casa del guardahilos se ofreció a traerme en mi coche.

Nina levantó el dedo índice y lo apuntó directamente a mi cara.

—¿Y tú qué haces en el pueblo? ¿Vuelves a Las Maras o has decidido partirme el corazón y marcharte sin despedirme de mí?

A pesar de que dijo esto último en tono jocoso, no pude evitar sonreír pensando que en cada broma hay algo de verdad.

—Me vine porque me di cuenta de que necesito hacer más entrevistas en el pueblo antes de ponerme a escribir.

—¿Escribirás un libro al final?

—Creo que sí. Últimamente encontré mucha información interesante. Demasiada para que quepa en mi columna de El Orden.

—¿O sea que nos volveremos a ver en Las Maras?

—Por supuesto. ¿Cómo me voy a ir sin despedirme de una mujer tan especial?

No me importaba si la frase era buena o mala. Sólo quería dejarle claras mis intenciones. Tarde o temprano te voy a soltar los perros, y esta es tu excusa para salir corriendo.

Nina me miró como sopesando las consecuencias de su reacción.

—Sube que te llevo —dijo, sonriendo.

—Me encantaría, pero tengo el auto ahí —dije, señalando la casa de mis padres, a cincuenta metros de donde estábamos.

—Pues me he quedado sin hacer la buena acción del día —respondió encogiéndose de hombros—. Bueno, Nahuel, te dejo, que tengo que ir a meterme en la cama.

—Nos vemos.

Nina puso primera y empezó a alejarse en el Polo rojo. Sin embargo, vi las luces de freno encenderse a diez metros.

—Un día de estos deberíamos hacer algo —dijo, asomando la cabeza por la ventanilla.

—Claro. Por supuesto. ¿Algo como qué?

—Pues irnos a tomar unas copas, por ejemplo.

—Cuando quieras.

—¿Qué te parece el lunes? ¿Estarás por aquí o te vuelves a Las Maras pronto?

Mi plan para el lunes hasta ese momento era ir a ver al Cabezón para que me diera las novedades que mencionaba en su mensaje de texto y volverme lo más pronto posible a Las Maras. Pero si Fabiana Orquera había estado enterrada durante treinta años, podía esperar un día más.

—El lunes sigo acá seguro —dije.

—Vale, ¿qué te parece si nos tomamos algo en el bar de mi hotel y de ahí vemos para dónde vamos?

Le dije que sí, evitando mencionar que no había demasiadas alternativas en Deseado para ir a tomar algo un lunes a la noche. Mejor, pensé. Podría jugar la carta “no hay nada abierto, pero en mi casa tengo una pequeña colección de vinos”.

Nos despedimos con dos besos y me fui a casa sonriendo. Al final, la pesca del día no había sido tan mala.

50 — HUELLAS

El lunes, el despertador sonó a las ocho. Ocho y media yo ya estaba en la oficina del Cabezón Ferreira.

—¿Así que hay novedades? —dije sin preámbulos, sentándome frente a él—. ¿Qué te dijo tu amigo de la Científica?

—Me llamó por teléfono y me adelantó algunos resultados del análisis, pero llegás tarde para eso.

—¿Cómo que llevo tarde?

El Cabezón se inclinó hacia un lado de su escritorio. Del cajón donde aparentemente guardaba todo, sacó un sobre de papel madera.

—Porque ya no tiene sentido que te cuente lo que hablamos. Esta mañana llegó el reporte completo.

El Cabezón vació el contenido sobre la mesa. Un CD, una carpeta que supuse sería un informe y las mismas dos bolsas de plástico que yo le había entregado cinco días atrás. Tanto el sobre como el pedazo de papel de la primera carta de NN estaban ahora llenos de marcas negras, como si los hubiera manoseado un mecánico.

—Como podés ver, hay un montón de huellas —dijo el policía entregándome ambas bolsas—. La mayoría tuyas.

Observé que algunas de las impresiones estaban encerradas con líneas rojas o azules.

—¿La mayoría? ¿O sea que hay huellas de otra persona?

—Afirmativo —dijo, exagerando el tono policial.

Se puso los anteojos y abrió la carpeta con el informe. Luego deslizó el dedo por el papel escrito hasta llegar casi al final de la página y leyó en voz alta.

—Los rastros papilares encerrados en un círculo rojo en los objetos analizados se corresponden de forma indubitable con dígitos de la ficha dactiloscópica decadactilar a nombre de Ricardo Méndez. Por otra parte, los rastros papilares encerrados en azul resultaron aptos para establecer su NO CORRESPONDENCIA con el individuo.

—¿Quién es Ricardo Méndez? —pregunté.

El Cabezón me extendió el papel con las huellas que me había tomado una semana atrás para comparar. El nombre Ricardo Méndez estaba escrito al dorso.

—Sos vos —me dijo—. No sé en qué estarás metido, pero me pareció mejor no dar tu nombre real.

—Gracias, seguís sumando botellas de vino.

El Cabezón levantó un pulgar y continuó leyendo.

—*En conclusión, las impresiones dactilares encontradas en ambas muestras sugieren que más de un individuo ha estado en contacto con ambas caras de los dos objetos analizados.*

—¡Espectacular! —exclamé—. ¿O sea que tenemos las huellas del autor de la carta?

—No —dijo el Cabezón acomodándose en su silla—. El viernes, cuando hablé por teléfono con el tipo que hizo el análisis, me dijo que había algo raro. Yo le había comentado que buscábamos huellas viejas, y él me dijo que las que encontró fueron demasiado fáciles de revelar. Incluso las que no son tuyas.

—¿Cómo que demasiado fáciles?

El Cabezón me miró por encima de sus lentes, blandiendo el reporte en la mano.

—El proceso de dejar una huella digital es como sellar un papel. Tu dedo es el sello y la grasa que hay en él, la tinta. Hablando en fino, sustancia sebácea. La cosa es que siempre tenemos cierta cantidad en las manos, porque es una zona que transpira bastante. A medida que pasa el tiempo, esa grasa se degrada y pierde adherencia, entonces cuesta más usar polvos para poder revelar las huellas. Hay que usar métodos más avanzados. Pero el tipo me dijo que en este caso no hizo falta. Levantó las huellas con polvos normales, y eso a él le parece rarísimo.

—¿Y por qué no lo pone en el informe?

—Porque no existen estudios exactos que determinen la edad de una huella. Esto es simplemente en base a su experiencia. Dice que aunque no te lo puede firmar, a él le extrañaría mucho que las impresiones tuvieran más de un año.

—No puede ser, Cabezón. Este sobre estuvo cerrado desde noviembre de mil novecientos noventa y ocho, y este pedazo de papel estaba adentro.

—¿Y eso a vos te consta? —preguntó el Cabezón—. Mirá que este tipo es uno de los mejores peritos de la Argentina, ¿eh?

¿Me constaba? La caligrafía de la carta y el sobre era la misma, y el papel de ambos estaba igual de amarillento por los años. Pero ¿me constaba que el sobre hubiese estado cerrado desde el noventa y ocho? No, y de hecho si lo que decía el amigo del Cabezón era cierto, había permanecido abierto hasta hacía no más de un año.

¿Quién había guardado la carta durante todo ese tiempo? ¿Y qué lo llevaba a cerrar el sobre ahora?

—¿Por qué no me decís en qué andás? —sugirió el Cabezón.

—Ahora no, pero te prometo que te lo voy a contar —dije, recogiendo todo lo que había sobre el escritorio y levantándome de la silla—. Cuando te traiga todas las botellas de vino que te debo.

51 — EL TANITO

Hice el recuento final del contenido de mi mochila y concluí que tenía todo para volver a Las Maras. Pasara lo que pasara aquella noche con Nina, me prometí que al día siguiente volvería a la estancia. Después de lo que me había dicho el Cabezón en la comisaría tenía que volver y hablar con Carlucho. Preguntarle quiénes en el último año habían tenido acceso a la habitación donde yo había encontrado la carta, y quizás también contarle toda la verdad.

Además, el Tano Pintaldi, la única persona en Puerto Deseado con quien estaba seguro de que todavía tenía algo que hablar, seguía en el hospital. Si quería progresar con el caso de Fabiana Orquera, debía volver a Las Maras.

Miré el reloj. Casi la una del mediodía. A esa altura, Pablo y Valeria ya llevarían un día de vuelta en Comodoro. Sonreí. Podría concentrarme en encontrar el cuerpo de Fabiana Orquera sin distracciones.

Sonó el timbre.

Abrí la puerta como siempre, sin preguntar quién era ni mirar por la mirilla. Entonces la figura robusta del Tanito Pintaldi se abalanzó sobre mí soltando una especie de gruñido. Sentí un golpe seco en el pecho y una fuerza brutal me empujó hacia atrás. Caí al suelo, aplastado por el cuerpo del Tanito.

Antes de que pudiera reaccionar, vi un puño alejarse para tomar envión y luego acercarse a mi cara a toda velocidad. Un dolor tremendo al costado de la nariz me obligó a cerrar los ojos, y sentí como la sangre me cruzaba la mejilla.

—Vos no tenés códigos, hijo de re mil putas —dijo, poniéndose de pie.

Por entre las lágrimas que me habían inundado los ojos después del puñetazo, vi un movimiento brusco y alcancé a llevarme las manos a la cabeza justo a tiempo para que mis antebrazos amortiguaran una patada. Iba directa a mis dientes.

—Mi viejo me acaba de contar que lo amenazaste.

—No, yo no...

Tuve que dejar de hablar cuando la punta del pie del Tanito se incrustó en uno de mis riñones.

—¿Qué le dijiste, hijo de puta? ¿Por qué no me amenazás a mí?

—Yo no lo amenacé. Le pregunté por Belcastro, nada más.

Con un movimiento brusco, se agachó y me agarró con ambas manos del pelo.

—Se mea, hijo de puta. ¡Se mea encima! —gritó sacudiendo mi cabeza de arriba abajo—. Hace dos días que está con pañales.

Cuando dejó de sacudirme, vi la cara desencajada acercarse hasta quedar a menos de un palmo de la mía. Pude sentir su aliento a alcohol.

—Como me entere que mencionás el nombre de mi viejo en tu puta vida, hablando o por escrito, te juro que te abro la garganta de oreja a oreja —dijo y me hizo rebotar la cabeza contra el suelo.

No sé si estuve tirado cinco minutos o media hora, pero cuando me levanté, con la sangre pegoteándose la cara a las baldosas frías, el Tanito Pintaldi ya no estaba.

52 — TOKIO

Antes de bajarme a abrir la última tranquera, me miré una vez más en el retrovisor. El ojo izquierdo me había quedado en compota y tenía la nariz tan hinchada que sólo podía respirar por la boca. Había hecho bien en cancelar la cita con Nina.

Sentí un alivio al no ver el Clio blanco de Pablo estacionado junto a la puerta de la casa de Las Maras. La camioneta gris de los Nievas tampoco estaba, con lo que supuse que el matrimonio habría ido a Cabo Blanco a pescar o, más probable aún, que Carlucho había encontrado alguna tarea que atender en la estancia. Miré, casi por reflejo, hacia la Cabaña. Obviamente el Volkswagen Polo rojo tampoco se veía por ningún lado.

Encontré la puerta de adelante de la casa de los Nievas cerrada con llave. Rodeé la vivienda y comprobé que la de la cocina también lo estaba. Pegando las manos al vidrio, miré por la ventana. Quietud absoluta.

Moví con el pie el trozo de tronco petrificado junto a la pared y comprobé que debajo de él estaba, como siempre, la llave de la casa. Entré en la cocina y puse agua a calentar para preparar unos mates.

Volví a pensar en la relación entre los Pintaldi, la muerte de Fabiana Orquera y la de mi perro. Desde que había salido de Deseado, una hora y media atrás, en mi cabeza no había lugar para otra cosa.

En primer lugar, yo al Tano Pintaldi no lo había amenazado. Admitía que mis preguntas incómodas le habían causado una descompensación, pero de ahí a amenazarlo había un trecho.

En todo caso, él me había amenazado a mí. Me había dicho que si él quería, podía hacer que me molieran a palos. Me pregunté si se refería a manipular al hijo diciéndole que yo lo había molestado. Me sentía tan furioso que incluso dudé que su incontinencia fuera cierta.

Acababa de tomarme el primer mate cuando oí un coche al otro lado de la casa. Fui a la puerta delantera y puse mi mano en el picaporte, deteniéndome a pensar qué le diría a Dolores acerca de mi ojo morado. Antes de que se me ocurriera nada, oí el sonido de la llave en la cerradura y vi aparecer a Valeria.

—Nahuel, ¿qué hacés acá?

Pablo todavía estaba en el coche. Al verme, fingió hurgar en la guantera de su Clio, que había estacionado tan pegado al Uno como si estuviéramos en Tokio y no en la Patagonia.

—¿Cómo que qué hago acá? —respondí alternando la vista entre Valeria y su novio—. ¿Qué hacen *ustedes* todavía acá?

—Nahuel, por si no te acordás, esta es la casa de mis viejos.

—Me acuerdo. También me acuerdo de que me dijiste que podía volver en dos días porque ustedes se iban.

—Es una forma de decir, Nahuel. Un par de días. ¿Te tenemos que dar explicaciones?

—No, claro. Y supongo que querrás que me vuelva al pueblo, ¿no?

—Ya mismo, si puede ser.

—Valeria, por favor, necesito estar acá, en Las Maras. Es muy importante para mí. Sé que me mandé una cagada la otra noche, pero somos grandes.

—No, Nahuel —dijo Valeria meneando la cabeza.

—Me puedo levantar temprano y desaparecer hasta la noche. Puedo ir a Cabo Blanco, o cuando Nina vuelva de Deseado, visitarla en la Cabaña.

Valeria juntó las manos ruidosamente.

—¿Cómo puede ser que no entiendas? Te estoy diciendo que no. Es mi última palabra.

En ese momento, Pablo se bajó del coche y se dirigió hacia Valeria sin mirarme.

—¿Algún problema, amor? —dijo.

—Vos no te metas, esto es entre Valeria y yo.

—¿Algún problema, amor? —repitió, ignorándome, y agarró a Valeria por la cintura.

—Estamos grandes para esas pelotudeces, Pablo. Estoy acá, me podés hablar.

Pablo se giró y me miró con desprecio de arriba abajo.

—¿Algún problema? —preguntó a Valeria por tercera vez—. ¿Te sigue rompiendo las bolas este tarado?

Sin pensarlo, tomé a Pablo por la camisa y lo empujé contra la pared de la casa.

—El horno no está para bollos —dije—. No me busques porque te voy a...

Antes de que pudiera terminar la frase, el puñetazo de Pablo me dio de lleno en la oreja, dejándome un zumbido constante. Instintivamente, le solté la camisa y aprovechó la oportunidad para darme otro golpe. Me aterrizó en la nariz, en el mismo lugar que un rato antes me había machucado el Tanito.

Me abalancé sobre él y caímos con un sonido seco al suelo gris lleno de piedras. El dolor y la rabia me hicieron ver todo rojo. Con una mano le apreté el cuello contra el suelo y con la otra descargué en su cara toda la bronca que venía acumulando en aquellos días. El rostro asustado de Pablo ya no era para mí el del idiota del novio de Valeria. En ese momento, representaba al Tanito, al Tano, a Belcastro, al asesino de Bongo. A todos los hijos de puta del mundo.

Levanté el puño una vez más, pero sentí que me sujetaban la muñeca.

—Basta, pelotudos. ¿Se volvieron locos? —era Valeria, que con ambas manos se aferraba a mi

antebrazo—. ¿Qué tienen, quince años cada uno, idiotas?

Pablo y yo nos quedamos inmóviles. Él contra el suelo con la boca sangrando y yo arrodillado en su estómago, con el puño en alto y un dolor intenso en toda la cara que se hacía más agudo en la nariz.

Nos levantamos sin quitarnos los ojos de encima. Cuando estuvimos ambos de pie, Valeria tomó la mano de su novio y empezó a caminar hacia adentro de la casa. Antes de entrar por la puerta, se giró y me miró con ojos furiosos.

—Nahuel, en cinco minutos voy a volver a salir, y si todavía estás acá, te rompo todos los vidrios del auto. Te lo juro.

—Y yo te rompo la cara —agregó Pablo antes de que ella se lo llevara para adentro.

Cuando me quedé solo, me apoyé en el Uno y, cerrando los ojos, me tomé la nariz entre los dedos. Permanecí un rato así, quieto y medio aturdido, hasta que una risita nerviosa me salió de dentro.

A mí, que ni siquiera en la adolescencia me había metido en peleas, me acababan de llenar la cara de dedos por segunda vez en el mismo día.

53 — GRANDES SALINAS DE CABO BLANCO

Me subí a mi Fiat Uno y encaré hacia Cabo Blanco. Unos kilómetros antes de llegar, tomé la huella de la izquierda, hacia la salina.

Conforme avanzaba, las matas crecidas entre las dos zanjas poco transitadas por donde yo llevaba las ruedas se hacían más altas. Empecé a notar cada vez más el sonido de las hojas de coirón rascando el chasis. Dos o tres veces, cuando la huella se hizo más profunda, fueron piedras las que tocaron la panza del Uno.

Recorrer esa huella en la camioneta de Carlucho, como había hecho tantas veces, era muy distinto a hacerlo en mi Uno. Decidí frenar y seguir a pie antes de perder el cárter.

A mi izquierda ya se veía la planicie blanca, más desierta aún que la meseta que la rodeaba. Doce kilómetros cuadrados que habían sido durante los primeros treinta años del siglo veinte las “Grandes Salinas de Cabo Blanco”. La razón de ser de un pueblo que ya no existía.

Conocía el espejismo, pero así y todo lograba engañarme cada vez: la vista te decía que la sal empezaba del otro lado de una ondulación en la meseta. Sin embargo, al superarla habría otra, y luego otra. Desde donde estaba, y considerando el tajo en mi muslo, calculé que tendría que caminar una hora hasta pisar sal. Miré el reloj: las cuatro de la tarde.

Con las manos en los bolsillos y el viento aplastándome los pelos de la nuca, empecé a caminar hacia el horizonte blanco. Después de un buen rato, mis pasos crujieron al romper una fina capa de sal y mis pies se enterraron en el barro gris.

Descubrí pronto que mis huellas no eran las únicas sobre la superficie blanca. Reconocí los dos dedos abiertos de las pezuñas del guanaco, y las impresiones de la oveja, más pequeñas y cerradas. También había, marcadas en la sal, las patas de un pájaro que no fui capaz de identificar. Después de mirar por un buen rato, me alivié de no encontrar las pisadas de un gato grande.

Continué avanzando y noté cómo el suelo se volvía más y más blanco. Si había interpretado bien el último acertijo de NN, Fabiana Orquera estaba enterrada en algún lugar de esa salina. Sin embargo, ese dato era tan útil como que te aseguraran que en el fondo del Atlántico había un galeón hundido con oro en la bodega.

Me pregunté en qué estado estaría el cuerpo, recordando el jamón que me había dado Carlucho para mis padres. Después de dos meses cubierta de la misma sal que yo pisaba ahora, la pata de cerdo había quedado dura y seca. ¿Qué le pasaría a la carne humana después de treinta años del mismo proceso? Me imaginé a Fabiana como esos cuerpos que, después de miles de años congelados en el Himalaya, aparecen en la tapa del National Geographic.

Caminé un rato más, hundiéndome hasta un palmo por encima de los tobillos. El sol se reflejaba en los cristales de la superficie dando la sensación de que alguien había desparramado en el suelo un puñado infinito de diamantes. Había leído que en ciertas partes la capa de sal tenía más de diez metros.

Cuando el muslo herido me pidió un descanso, me detuve, cerré los ojos y abrí los brazos.

Encontrarme así, en el medio de la nada, me hacía sentir en paz. Por eso, verano tras verano, independientemente de mis viejos o de cuánto me odiara Valeria, volvería siempre a aquel lugar.

Entonces escuché un estruendo a mis espaldas. Un disparo. Había ido a cazar demasiadas veces como para confundirlo con cualquier otro ruido. Al girarme vi una figura humana en el borde de la salina, a no más de doscientos metros de mí.

Incrédulo, miré alrededor buscando un guanaco, un choique, o cualquier otro bicho al que fuera dirigida la bala que acababa de disparar. Pero no había a la vista más que sal, tierra gris y una figura vestida completamente de negro que caminaba hacia mí sujetando un rifle con ambas manos.

Dio dos pasos más y se detuvo. Levantó el rifle despacio, apuntándome.

Quise salir corriendo, pero solo logré tirarme al suelo. Llevaba segundos cuerpo a tierra cuando oí el segundo disparo y un puñado de sal explotó a cinco o seis metros a mi derecha.

Mis piernas y brazos, extendidos sobre el suelo blanco, temblaban violentamente. Despegué apenas el mentón de la sal húmeda y descubrí que la figura seguía ahí, con el rifle en alto y apuntándome. Llevaba un sombrero ancho y tenía la cara cubierta con un pañuelo o un pasamontañas.

Entonces tuve la certeza de que aquella tarde iba a morir.

54 — PERDIDO POR PERDIDO

Iba a morir sin saber a manos de quién, y no podía hacer nada para defenderme. Ni siquiera había una puta roca detrás de la que refugiarme. Pura sal y planicie en kilómetros a la redonda.

Debía alejarme de allí. Correr salina adentro y rezar para tener suerte. Porque si me equivocaba y terminaba en una zona donde la capa de sal fuera demasiado fina, ésta cedería a mis pies y me hundiría en el barro hasta las rodillas. Además, ¿qué tan lejos podría huir con la herida que tenía en la pierna?

Todavía acostado en el suelo, saqué de mi bolsillo el teléfono, esperando un milagro.

Sin servicio.

Me quedé paralizado, odiándome por no poder hacer nada más que esperar otros disparos hasta que uno terminara por alcanzarme.

Si me ponía de pie para salir corriendo, me convertía en un blanco más grande y fácil para el encapuchado. Pero si me quedaba tirado allí, era cuestión de tiempo hasta que éste se acercara o volviera a disparar.

Sin embargo, no sucedió ni una cosa ni la otra. Mi verdugo, inmóvil, me seguía apuntando pero no se acercaba. ¿Por qué no me perseguía?

Volví a levantar la cabeza y a ver una vez más la figura con la cara cubierta.

El pasamontañas, pensé. Quien fuera que me acababa de disparar dos veces, había elegido cubrirse el rostro y mantener la distancia para evitar que lo reconociera. Pero, si estaba decidido a matarme, ¿qué importaba que le viera la cara unos segundos antes de que me volara la cabeza de un balazo? Era todo circo, intenté convencerme. No podía ser más que una pantomima para darme un buen susto.

¿Pero y si me equivocaba y el encapuchado realmente quería emplomarme? Qué más daba, me dije. Si el tipo quería matarme, yo no tenía forma de impedirselo. Así que, basándome en esa lógica apurada, tomé una de las decisiones más absurdas de mi vida.

Me levanté y empecé a correr con todas mis fuerzas directamente hacia el arma que me apuntaba.

Di un paso detrás del otro preguntándome cuál sería el último. Cuando llevaba recorrido un tercio de la distancia que nos separaba, vi un fogonazo y me tiré al suelo antes de que el estruendo llegara a mis oídos.

Pero mi reacción fue puro instinto. Había notado claramente cómo el individuo desviaba el rifle hacia arriba y a la izquierda antes de disparar. Quería asegurarse de no darme.

Con algo más de confianza, me volví a poner de pie y corrí otra vez en dirección a él lo más rápido que me dieron las piernas.

El encapuchado se quedó inmóvil, apuntándome durante la primera parte de mi carrera. Pero

cuando estuve lo suficientemente cerca como para reconocerle la cara si no hubiera llevado un pasamontañas, la figura dio media vuelta y echó a correr, escapándose hacia donde yo había dejado mi coche.

Lo vi tropezarse después de unos cien metros, y el rifle y él terminaron en el suelo. A pesar de que se levantó enseguida, agarró el arma y continuó corriendo, yo pude acortar un poco la distancia. Lo suficiente como para distinguir una escena de caza aborigen grabada en la madera de la culata.

Llevaba el Rupestre de Carlucho.

55 — PERSECUTA

Continué persiguiendo al encapuchado. Nos dirigíamos hacia mi coche, ahora junto a una camioneta blanca. Lo vi subirse al vehículo y salir a toda velocidad dejando detrás una nube de polvo.

Cuando por fin llegué al Uno, aceleré todo lo que la huella me permitía, intentando conservar mi auto en una sola pieza. De reojo, vi una mancha de sangre extendiéndose en mi pierna derecha. Se me había abierto la herida otra vez, pero la adrenalina me impedía sentir ningún dolor.

La camioneta, más alta y mejor preparada que mi Uno para esos caminos, se alejaba cada vez más. Para cuando llegué a la intersección de la huella y la ruta principal —que conectaba Cabo Blanco con la civilización—, apenas distinguía un punto blanco detrás de una polvareda, alejándose del faro.

En el ripio compacto y parejo de la ruta, las ruedas anchas de la camioneta le proporcionaban mejor tracción, dejando a mi coche prácticamente fuera de combate. Así y todo, aceleré hasta que el velocímetro marcó ochenta kilómetros por hora, la máxima velocidad antes de que el ripio suelto debajo de las ruedas volviera al Uno tan incontrolable como si anduviese sobre una pista de patinaje sobre hielo.

Mis ojos alternaban entre el velocímetro y la nube de polvo que tenía delante cuando reparé en un trozo de papel enganchado en el limpiaparabrisas. A ochenta kilómetros por hora, la hoja azotaba el vidrio con fuerza, amenazando con volarse en cualquier momento.

La camioneta se perdió tras una curva. Con la mirada fija en el camino, bajé el vidrio y me estiré todo lo que pude, sacando el hombro y la cabeza por la ventanilla hasta tocar el papel.

Lo sujetaba apenas con la punta de mis dedos. Involuntariamente, bajé la vista hacia ellos por una fracción de segundo pero un rugido bajo el coche me obligó a mirar para adelante y poner ambas manos sobre el volante. El Uno se me había ido un poco hacia la derecha, y ahora las ruedas del acompañante pisaban la peligrosa pila de guijarros sueltos amontonada al costado de la ruta.

Muchas de esas piedras golpeaban con fuerza bajo mis pies, causando un ruido ensordecedor dentro del coche. Un volantazo mal dado o una pisada repentina del freno y el Uno saldría dando tumbos hacia un costado de la ruta.

Hice lo que, hasta donde yo sabía, era la única alternativa para salir de ahí con vida. Aceleré para ganar tracción y sujeté el volante con mano firme, girándolo apenas hasta que las ruedas volvieran a la huella de pedregullo compacto.

Funcionó. Recobré el control y pude permitirme mirar de nuevo hacia adelante. La nube seguía ahí, a la misma distancia.

Continué a ochenta y cinco por hora, con ambas manos en el volante e ignorando el papelito que aleteaba sobre el parabrisas. Cuando la camioneta llegó a la siguiente curva, vi encenderse la luz de freno antes de que se perdiera detrás de una ondulación en el camino.

A regañadientes, levanté un poco el pie del acelerador sobre el final de la recta. Cuando giré, lo que vi casi me hizo perder el control del Uno.

Menos de cien metros delante de mí, la camioneta blanca estaba apoyada sobre el techo a un costado de la ruta, con las ruedas todavía girando en el aire. Parecía una enorme cucaracha moribunda.

Una manada de guanacos se alejaba a todo galope, dejando atrás a uno de ellos que estaba tirado en el medio de la ruta dando coces al aire.

Clavé los frenos para no embestirlo y el Uno comenzó a deslizarse sobre el pedregullo, girando lentamente sobre sí. Sin responder a mis volantazos, el coche avanzaba de lado hacia el guanaco. Justo antes de cerrar los ojos, me di cuenta de que no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Pam. Un golpe seco en el costado del Uno me arrancó del asiento, y sentí un dolor fuerte en la espalda.

Cuando abrí los ojos, estaba sentado del lado del acompañante, con los hombros contra la ventanilla y los pies sobre el volante. Al despejarse un poco la polvareda, descubrí que mi coche había dado un giro de noventa grados y ahora estaba cruzado en la ruta, apuntando al medio del campo. Tosí y sentí un dolor agudo en la espalda, a la altura del pecho. Lentamente, salí del coche.

No tenía ninguna herida nueva a la vista. Sólo el dolor cuando respiraba hondo. En cuanto al coche, el zócalo del lado del acompañante se había incrustado en la panza del guanaco, que ya no se movía.

Levanté la vista hacia la camioneta volcada sin distinguir ningún movimiento alrededor de ella. Fui hacia allí lo más rápido que el dolor en la espalda me lo permitió, esquivando matas negras, coirones y pedazos de paracolpe. A medida que me acercaba al vehículo aplastado, todas las preguntas en mi cabeza fueron desapareciendo hasta que sólo sobrevivió una. ¿Vivo o muerto?

Para cuando llegué, casi corriendo, y vi más de cerca las condiciones en las que había quedado la camioneta, me pareció que sólo había una respuesta posible. El techo estaba tan hundido en la parte de adelante que la abertura del parabrisas había quedado reducida a una hendidura por la que apenas cabía una mano.

Nadie pedía auxilio.

Me apresuré a echar un vistazo al interior de aquel amasijo de hierro y plástico. Dentro no había nadie, ni vivo ni muerto.

Entonces el viento me trajo un lamento apenas audible y distinguí, a casi diez metros de la camioneta, un pie descalzo asomando tras una mata negra.

Corrí.

La figura yacía inmóvil en el suelo, emitiendo un quejido monótono. La ropa negra estaba rasgada y manchada de sangre y tierra. Aún tenía el rostro cubierto.

—Los guanacos —dijo una voz familiar.

Me arrodillé a su lado y le levanté con cuidado el pasamontañas.

Era Nina Lomeña.

56 – UN MAL SUEÑO

El domingo seis de marzo de 1983, Fabiana Orquera se despertó gritando en la casa de la estancia Las Maras. Había tenido otra vez la misma pesadilla.

Sueña que está sentada en el sofá de su casa en Montevideo, con los ojos fijos en un televisor que proyecta una película en blanco y negro. De vez en cuando saca una cucharada de helado del bol que tiene en el regazo y la chupa lentamente. El frío le alivia el dolor del labio hinchado.

Justo antes de que termine la película, cuando el protagonista engominado besa a la rubia, la puerta de su casa se abre bruscamente, dando un gran estruendo al chocar contra la pared. Un hombre entra dando tumbos. Camina sonriendo, con la vista fija en el suelo y murmura algo que ella no alcanza a entender.

El tipo se detiene junto a ella y la mira con curiosidad. Sonríe, se lleva las dos manos al cinturón y lucha un poco con la hebilla —un águila dorada—, hasta desabrocharla. Después se baja la bragueta.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta ella.

—¿Qué te pensás que estoy haciendo? —responde él, sonriendo.

Ella clava los ojos en el televisor. La película acaba de terminar y ahora la imagen es en color.

Él da un paso al costado, interponiéndose entre ella y el aparato. Por la bragueta abierta del pantalón azul se ve la tela del calzoncillo. El mismo que ayer.

Avanza hasta que las rodillas de ambos casi se rozan. Instintivamente, ella hunde la espalda en el sofá. Él, de pie frente a ella, se baja los pantalones.

Ella cierra los ojos, aprieta los dientes y presiona con fuerza la lengua contra el paladar. Está acostumbrada al olor a mugre y hace años que aprendió a disimular las arcadas.

Con una mano pesada, el hombre la agarra de la nuca y la acerca a sus genitales. Ella se libra con un movimiento rápido y vuelve a pegarse al respaldo del sofá.

—¿Hoy también estás exquisita?

—Ya te dije que estos días no me siento bien.

El hombre se golpea con las palmas los muslos desnudos.

—¿Y para qué carajo tengo mujer yo, entonces? ¿Me querés decir? —pregunta, subiéndose de nuevo los pantalones.

No responde. Sabe que no hay nada que pueda decir que vaya a mejorar la situación.

—Porque sos mi mujer, ¿sabés, no?

Ella calla y mira al suelo. El hombre suelta un gruñido y de un manotazo le agarra la mandíbula,

forzándola a mirarlo.

—¿Sabés o no sabés, carajo?

Los dedos gruesos le presionan con tanta fuerza las mejillas que cree que en cualquier momento le va a explotar una muela. Siente gusto a sangre y comprende que se le ha vuelto a reventar el labio hinchado.

Pese al dolor, no responde. Está tranquila.

—Contestame —dice el hombre, alargando la última sílaba.

Ella calla y él reacciona con un golpe de mano abierta detrás de la oreja. Un golpe seco, ensayado mil veces, que le deja zumbando el oído.

Si para algo es bueno aquel tipo, es para dar palizas. De hecho, se gana la vida golpeando. Es parte de su trabajo como policía de Montevideo.

—¿Me vas a contestar ahora? ¿Sos o no sos mi mujer?

Sabe que se tiene que callar. Pero no puede. Ya es demasiado tarde.

—No soy *tu* mujer. Vivimos juntos, pero no soy tuya.

—Claro, me olvidaba de que las putas no se enamoran —dice él soltándole por fin la mandíbula.

Ahora ella puede levantarse y correr. Intentar alejarse. Pero no lo hace. Está decidida a no abandonar ese sofá por nada del mundo.

—No. Son los hijos de puta los que se enamoran de las putas.

El siguiente golpe es con el puño y le cierra el ojo derecho. Va a tardar dos días en volver a abrirlo.

—Si al final va a tener razón el Flaco Méndez: las putas nacen y se mueren putas. ¿Así es como me pagás? A mí, que te saqué de esa ratonera donde abrías las piernas por dos pesos.

—La diferencia es que ahora abro las piernas por un peso con cincuenta, y encima te lo tengo que dar a vos.

El hombre se queda en silencio durante un momento y luego tira del águila dorada, quitándose el cinturón con un zumbido.

—Yo te voy a enseñar a respetarme, hija de mil...

Para ese momento ella no escucha más. Todo lo que le importa en el mundo es el metal frío que su mano toca bajo el almohadón del sofá. Se lo ha prometido: esta noche es la última vez que ese hijo de puta le pone una mano encima. Ser prostituta por cuenta propia ya era horrible, pero tener que hacerlo para un policía corrupto es insoportable.

Las manos de ambos se mueven al mismo tiempo. Pero la hebilla del cinturón, por más forma de

águila que tenga y más pesada que sea, no tiene ninguna posibilidad contra la nueve milímetros limpia y aceitada de un policía.

Bam.

De todos los recuerdos horribles que Fabiana Orquera llevaba acumulando en sus veintitrés años de vida, ese estruendo era el único que conseguía despertarla por las noches.

Un par de brazos fuertes se ciñeron sobre ella.

Su primera reacción fue forcejear para librarse, pero en seguida entendió que estos brazos eran de otro hombre muy distinto. Sentado en la cama junto a ella, Raúl Báez la apretaba contra su torso desnudo mientras le acariciaba el pelo con una mano.

—Ya está. No pasa nada, Fabi. Fue una pesadilla, nada más. Quédate tranquila.

Sin decir una palabra, Fabiana hundió la cabeza en el pecho de Báez. Se quedó allí, inmóvil, hasta que el frío de la noche patagónica le heló la espalda empapada de sudor, obligándola a refugiarse de nuevo bajo las cuatro mantas.

—Tenés razón —dijo finalmente, abrazando a Báez dentro de la cama—. Fue una pesadilla. Nada más.

57 – VEINTE MIL HECTÁREAS

Se sentó en el borde de la cama cuando la primera claridad del día se dejó distinguir en los bordes de los postigos cerrados. A su lado, Raúl Báez dormía profundamente.

Como cada día de su vida, preparó mate para desayunar. Como cada día desde que estaba en Argentina, Fabiana encontró el sabor del primer amargo un tanto desilusionante. Hacía poco más de un año que había cruzado el Río de la Plata y todavía no se acostumbraba a que, de este lado, el mate no sabía a yerba marca Canarias. Era lo único que extrañaba de Uruguay.

Báez se levantó una hora más tarde. Cuando apareció en la cocina, ya se había duchado, afeitado y llevaba ropa de jugador de polo.

—Madrugadora la entrerriana —dijo, abrazándola por detrás.

—Buen día —respondió ella.

Él le empezó a dar pequeños besos en el cuello que le hacían cosquillas. Riendo, ella se dio cuenta de que Báez era el primer hombre que conocía —y había conocido muchos— que usaba una loción para después de afeitarse que no le daba ganas de vomitar.

—Estuve pensando —dijo ella mientras le ofrecía un mate—, que hoy me gustaría decirle a don Alcides que me enseñe a andar a caballo.

—Me parece perfecto. Pero lo más probable es que tengas que esperar hasta después del mediodía.

—¿Por qué?

—No sé cómo será en Entre Ríos —respondió Báez después de besarla—, pero acá los peones se levantan antes de que amanezca, desayunan un buen pedazo de carne, se suben al caballo y no vuelven hasta las dos o tres de la tarde.

—¿Desayunan carne? —preguntó ella arrugando la nariz.

Báez se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo entiendo. Ellos lo llaman “churrasquear”. Churrasquean y después salen a arriar ovejas, revisar un alambrado, asegurarse de que los molinos funcionen para que los animales tengan agua. Cosas así. Este campo tiene como veinte mil hectáreas.

—¿Una hectárea es como una manzana, no?

—Exactamente. Cien metros por cien.

Casi sin darse cuenta, Fabiana pensó por primera vez en mucho tiempo en su ciudad natal. Desde Lezica hasta Carrasco y de Toledo Chico a la Ciudad Vieja. Las Maras, concluyó, era tan grande como toda Montevideo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Báez devolviéndole el mate.

—En todo el trabajo que debe tener este hombre.

58 — SÓLO UN PULGAR

El resto de la mañana transcurrió sin sobresaltos. Fabiana Orquera y Raúl Báez pasearon por los alrededores de la casa de Las Maras y se sentaron reparándose del viento detrás de unos tamariscos. Charlaron, volvieron a la casa, tomaron más mate y, finalmente, hicieron una escala en la cama.

—Tengo hambre —dijo ella mirando el techo, cuando su pecho desnudo volvió a subir y bajar a un ritmo normal.

—El mensual me dijo que nos dejaba carne en la carnicería y que cortemos lo que queramos. Si querés voy a buscar un pedazo.

—Genial. Yo me quedo preparando algo para picar —dijo ella levantándose de la cama y poniéndose una pollera marrón oscuro y una camisa a cuadros blancos y rojos.

Cinco minutos más tarde, Fabiana empuñaba un cuchillo enorme. Cortaba un trozo de queso Mar del Plata en cuadraditos junto a la ventana de la cocina. Por ella veía a Raúl Báez alejarse camino de la casa del mensual.

Observó como Báez se frenaba al final de la hilera de tamariscos, daba media vuelta y le tiraba un beso. Sonriendo, dejó el cuchillo sobre la tabla de madera en la que cortaba y le devolvió el gesto con ambas manos. Entonces él giró a la derecha y se perdió tras los árboles junto a los que habían estado sentados esa misma mañana.

Fabiana todavía miraba por la ventana cuando notó un brazo fuerte ciñéndose a su vientre y tirando hacia atrás. Al mismo tiempo, una tela húmeda le cubrió la nariz y la boca. Sintió un olor intenso y dulce que le quemó las fosas nasales. Estiró la mano para alcanzar el cuchillo, pero los brazos que la agarraban la habían alejado demasiado de la tabla.

Todo lo que pudo ver de su atacante antes de quedar inconsciente fue un pulgar enfundado en un guante de látex.

59 — MAL DESPERTAR

Cuando Fabiana Orquera volvió a abrir los ojos, se encontró con el techo de la habitación en la que había dormido con Báez. Estaba en el centro de la cama y tenía las piernas y los brazos abiertos. Intentó moverse, pero sus extremidades estaban atadas a la fuerte cama de hierro.

Con el corazón a mil, dejó escapar un grito intentando pedir ayuda.

Unos pasos rápidos se acercaron y la silueta de un hombre se perfiló en la puerta. Tenía la cabeza cubierta con un pasamontañas negro que sólo dejaba ver un par de ojos marrones y una boca de labios gruesos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Sin responder, el hombre se giró, dándole la espalda.

—¡Se despertó! —gritó de cara a la puerta por la que acababa de entrar.

Entonces Fabiana oyó más pasos y otro hombre, también encapuchado, entró en la habitación.

Era más bajo y gordo que el primero. Caminó con paso tranquilo hacia ella y se sentó al pie de la cama.

Sin sacarle la vista de encima, Fabiana arqueó el cuerpo para apartarse de él todo lo que las ataduras en las muñecas y los tobillos se lo permitieron.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

El hombre se puso de pie sin responder. Dio dos pasos y se llevó la mano detrás de la cintura. Del bolsillo trasero del pantalón extrajo unas tijeras para cortar tela, de hojas largas y puntas afiladas.

—Eh. ¡Pará! ¿Qué vas a hacer? —gritó ella, retorciéndose en la cama.

Las correas le cortaban la circulación en las manos y los pies.

—¿Quién carajo son ustedes? —insistió.

El encapuchado no dijo palabra. Se acercó aún más y cuando su cara quedó a dos palmos de la de ella, sonrió mostrando un colmillo partido. Olía a sudor y a tabaco rancio.

Al sentir el metal frío en las venas de la muñeca, Fabiana Orquera cerró los ojos.

60 — ZING

Oyó el “zing” de las tijeras al cerrarse y su mano izquierda quedó libre. Sin decir una sola palabra, el hombre repitió la misma operación en las otras tres extremidades.

—¿Me vas a decir lo que está pasando? —insistió ella, sentándose en la cama y frotándose las muñecas y los tobillos una vez liberada.

—Tranquilízate, piba. Te lo vamos a explicar todo —dijo el hombre del colmillo partido, sentándose de nuevo en la cama junto a ella—. Y no tengas miedo, que si te portás bien no te vamos a hacer nada. Te lo prometo.

La promesa le entró por un oído y le salió por el otro. La vida le había enseñado a no confiar en nadie.

—¿Que me tranquilice? ¿Es una broma?

—No, no es ninguna broma. ¿Querés tomar algo?

—No.

—Bueno, entonces vení que te voy a mostrar algo —dijo el tipo levantándose de la cama.

Siguió al hombre fuera de la habitación y atravesaron el comedor. El otro encapuchado caminaba detrás de ella.

La cocina estaba casi exactamente igual que cuando la habían atacado. El sol entraba ahora un poco más de lado por la ventana a través de la cual Báez le había tirado un beso. De hecho, en la mesada de mármol todavía estaba el queso a medio cortar sobre la tabla de madera. El cuchillo, sin embargo, había desaparecido.

Los hombres se ubicaron a cada lado de la puerta que comunicaba la cocina con la despensa.

—Lo que vas a ver ahora no te va a gustar, pero no grites que no queremos escándalo acá, ¿eh?
—dijo el del colmillo partido, poniendo su mano enguantada sobre el picaporte.

Lentamente, la puerta se abrió crujendo por las bisagras y Fabiana sintió cómo la respiración se le aceleraba con cada centímetro de la imagen que iba revelando. Para cuando estuvo abierta de par en par, le faltaba el aire.

Antes de que las piernas le dijeran basta, pudo reconocer el cuerpo de Raúl Báez tendido en el suelo. Una enorme mancha de sangre le cubría el pecho y se extendía, formando un charco, a cada lado de su cuerpo. Entre sus piernas, Fabiana distinguió el gran cuchillo de mango blanco con el que había estado cortando queso. Varios hilos de sangre cruzaban la hoja plateada y afilada.

Entonces, por primera vez en su vida, Fabiana Orquera se desmayó.

61 — LA ÚNICA ALTERNATIVA

Cuando volvió en sí, los encapuchados la miraban en silencio. Estaba acostada sobre una superficie dura y fría. Al girar la cabeza reconoció, a un palmo de sus ojos, las patas del banco de madera de la cocina.

Ignorando las manos abiertas que le tendían los encapuchados, se incorporó apoyando sus propias palmas en las baldosas frías. Sentada en el suelo, miró la puerta de madera de la despensa, que ahora estaba cerrada.

—Llévenlo al pueblo, que se va a morir —dijo, intentando ponerse de pie y correr hacia la puerta—. Si perdió toda esa sangre, lo tiene que ver un médico urgente. Llévenlo...

Las manos del encapuchado más grande la asieron fuertemente por ambos hombros.

—Está muerto, Fabiana. Fiambre —dijo el otro.

Muerto, pensó. El primer hombre en toda su vida que había logrado hacerla sentir cómoda. El hombre que le había enseñado que una relación iba más allá del cortejo, la cama y las palabras bonitas. El que le había hecho entender, a pesar de lo furtivo de sus encuentros, que podía haber apoyo y compañerismo en una pareja. Y, por sobre todas las cosas, el primer hombre que jamás rompería una promesa, porque nunca le había hecho una. Ese hombre, el que le había hecho sentir lo más parecido al amor que ella conocía, estaba muerto.

Se puso de pie lentamente, y esta vez ninguno de los encapuchados se lo impidió.

—Fabiana, tenés que... —dijo el único que le hablaba.

La frase quedó a medias. Ella lo empujó con toda la fuerza de sus brazos y el hombre dio dos pasos hacia atrás, hasta detenerse contra el mármol de la mesada.

—¿Por qué, hijos de puta?

Se abalanzó sobre él, dándole puñetazos en el pecho. La mano del grandote la agarró por la cintura, pero antes de que tirara hacia atrás, Fabiana alcanzó a soltar un rodillazo con toda su fuerza. El hombre contra el mármol hizo una mueca de dolor, y se inclinó hacia adelante agarrándose los genitales con ambas manos.

—¿Por qué? —gritaba Fabiana dando patadas al aire mientras el otro la sujetaba fuertemente.

Siguió pataleando y gritando hasta que empezaron a faltarle las fuerzas. Cuando dejó de forcejear, el hombre al que había atacado se volvió hacia ella.

—¿Ya está? —dijo— ¿Ahora podemos hablar como gente civilizada?

Si hubiera tenido un cuchillo a mano, pensó Fabiana, se lo clavaba en el pecho. Como gente civilizada.

—Así me gusta —dijo el hombre tras el silencio de ella y le hizo un gesto con la cabeza a su compañero.

Fabiana sintió cómo los brazos que la sujetaban se aflojaban.

—Sentate.

Ella le hizo caso.

—No te puedo contar por qué. Son órdenes, ¿me entendés? Sólo puedo decirte que Raúl Báez era uno de los hijos de puta más hijos de puta que hay en este mundo. Y si supieras las barbaridades que hizo ese tipo, capaz que hasta nos terminabas dando las gracias.

Esas palabras le cayeron como un balde de agua helada. Tenía que ser mentira. Báez la trataba bien y parecía tan bueno como un pedazo de pan. ¿Qué cosas tan horribles podían venir de alguien como él? De los ojos le salieron lágrimas de rabia.

—¿Y qué van a hacer conmigo?

El hombre miró el suelo.

—Lo que te voy a decir ahora no te va a gustar, flaca.

Entonces Fabiana entendió que la iban a matar. Se abalanzó sobre la puerta de la cocina a toda velocidad. Giró el picaporte y tiró de él con toda su fuerza, pero no logró abrirla.

—No te asustes. Ya te dije que si te portás bien no te vamos a hacer nada.

Fabiana permaneció en silencio.

—Te cuento cómo sigue la cosa. Cuando vuelva el mensual, en un par de horas, se va a sentar a tomar mate en su cocina y de vez en cuando estirará el cogote para mirar para acá, preguntándose por qué no se ve ningún movimiento. Al salir a darle de comer al caballo o a los perros, el tipo se hará la misma pregunta. Y a la noche, cuando vea que no se enciende ninguna luz, empezará a sospechar, porque el coche de Báez está estacionado en la puerta.

El hombre señaló con el pulgar hacia el frente de la casa e hizo una pausa larga.

—Pero como tiene instrucciones del dueño de la estancia de no molestar a los inquilinos, lo más probable es que la primera noche se quede en el molde y se vaya a dormir con la duda. Eso sí, a la noche siguiente va a venir de cabeza a ver qué pasa.

El encapuchado levantó un dedo y señaló la pequeña ventanita en la puerta de la cocina.

—Y cuando se asome por ahí, encuentre a Báez muerto y descubra que vos no estás por ningún lado, intentará avisar a alguien. Supongo que se subirá al caballo e irá hasta Cabo Blanco para que los fareros llamen por radio al pueblo. A más tardar, dentro de dos días la policía tiene un cadáver y una persona que no se sabe dónde está, lo cual es bastante sospechoso ¿no te parece?

Fabiana no respondió.

—Pero eso no es todo —exclamó el hombre—. Además, cuando analicen el cuchillo que le clavaron en el pecho al pobre Báez, encontrarán huellas. ¿Y qué hace la cana cuando encuentra

deditos marcados? Los compara con los de los sospechosos. Pero resulta que la principal sospechosa, la que pasaba el fin de semana con el muerto, no aparece por ningún lado.

El hombre se despegó de la mesada y empezó caminar de un lado a otro de la cocina.

—Entonces ¿qué hace la policía? Busca en sus registros y concluye que Fabiana es una chica buena que no tiene antecedentes en ninguna comisaría de la Argentina. Después de todo, sólo existe desde hace un poco más de un año.

—¿Cómo dijiste? —preguntó ella.

—Entonces la policía —continuó el hombre ignorando su pregunta—, que para esta altura solo piensa en un crimen pasional, centrará todos sus esfuerzos en encontrar a Fabiana Orquera para interrogarla y comparar sus huellas con las del cuchillo. Probablemente le pasen el caso a la Federal, así se aseguran de no dejar un solo rincón del país sin buscarla.

Fabiana inspiró hondo y abrió la boca para decir algo, pero el hombre se adelantó.

—Lo bueno es que es una historia con final feliz, nena —dijo con tono alegre—. Porque Fabiana Orquera va a estar viviendo muy lejos de Puerto Deseado y todo el mundo la conocerá por otro nombre. ¿Nuevamente Adelina Arteaga, quizás? Quién sabe. Lo importante es que estará contenta. ¿Ves que tiene final feliz, Adelina?

Su propio nombre le sonó extraño. Hacía ya más de un año que nadie la llamaba así.

—Adelina, ¿no? ¿Adelina Arteaga? Al menos así figurás en los registros de la cárcel de Montevideo.

Sintió que el mundo se le venía abajo.

—No sé de qué me están hablando.

—Con vos no es la cosa, uruguaya. Tuviste la mala suerte de acostarte con el tipo equivocado, nada más. Aunque bueno, considerando tu historia, te habrás acostado con más de uno equivocado, ¿no?

Al grandote, que estaba junto a la pared, se le escapó una risita apenas audible. Adelina no respondió.

—¿Y qué piensan hacer conmigo? —fue todo lo que atinó a decir.

—¿Nosotros? Acompañarte a la salida y abrirte la puerta, como toda dama respetable se merece.

—¿De qué estás hablando?

—Te llevamos hasta Fitz Roy, te subís al primer colectivo que pase para el norte y chau, nos vemos. El sur no te lo recomiendo. Son todos pueblos chiquitos como Deseado y te van a terminar encontrando. Con toda la policía atrás, yo no me sentiría seguro ni siquiera en Ushuaia o en Gallegos.

Fabiana se quedó en silencio, mirando la puerta que la separaba del cuerpo de Báez. ¿Por qué tomaban el riesgo enorme de dejarla ir? ¿No habían pensado en qué pasaría si algún día ella decidía volver y contar toda la verdad? No entendía por qué, pero tampoco iba a darles razones para no dejarla ir.

—¿En qué estás pensando, uruguaya?

—En nada.

—Mentirosa, mentirosa —exclamó el hombre entonando las palabras como si fueran parte de una canción—. Estás pensando en por qué no te limpiamos a vos también. Y la respuesta es que no hace falta, porque la evidencia te hunde. Hay huellas tuyas por todos lados y a nosotros nadie nos vio.

Dijo esto último mostrando sus dos palmas enfundadas en látex.

—Y ni hablemos de si aparece una denuncia anónima revelando la verdadera identidad de Fabiana Orquera y contando que estuvo presa en Uruguay por matar a un policía.

Al oír esta última frase, Fabiana clavó la mirada en los ojos del hombre y maldijo al muy hijo de puta que sonreía mostrando un colmillo partido detrás del pasamontañas.

—¿Un consejo? —dijo el hombre—. Pasaje de ida, bien lejos. Salvo que tengas ganas de pasar otro tiempito guardada.

62 — DESPUÉS DE FITZ ROY

—Tenían razón, y no me quedaba otra opción que hacerles caso —dijo Nina Lomeña.

Estábamos sentados uno a cada lado de una pequeña mesa en el café del hotel Los Acantilados, en Deseado. Por la ventana se veía la parte nueva del puerto, ocupada por un barco enorme de contenedores. Más atrás, el muelle viejo estaba atiborrado de tangoneros de casco rojo que esperaban, amarrados en varias andanas, que se levantara la veda del langostino. Sus sombras se recortaban en el resplandor claro y anaranjado del atardecer.

Eran las nueve de la noche. A los ojos de los demás, éramos ella y yo sentados a la mesa. Pero a los míos, tenía enfrente a tres personas. Adelina Arteaga, la prostituta que dejó atrás su país después de tres años en la cárcel; Nina Lomeña, la española entusiasta y benefactora de Cabo Blanco; y la mismísima Fabiana Orquera.

Todas ellas eran la misma persona, y se tomaban ahora un café conmigo.

Habían pasado tres días del vuelco al salir de la salina. Tres días desde que, al verme aparecer junto a su cuerpo tirado a diez metros de la camioneta con las ruedas hacia arriba, me dijera *perdón*, y luego *me duele la espalda*. Tres días desde la media hora eterna que tardé en llegar desde el lugar del accidente al faro, subir las escaleras, hablar con Tadeo y volver para sostenerle la mano y consolar a la mujer que me acababa de disparar con un rifle. Tres días desde que le había pedido que aguante, que ya llegaba la ambulancia.

—No me quedaba otra opción que ir hacia el norte, como ellos me decían —repitió.

Nina tomó un sobre de edulcorante con la mano izquierda, lo abrió con los dientes y lo echó en el tercer café de la tarde. Los dedos de la derecha asomaban por un yeso que le llegaba hasta el hombro. Diez centímetros más arriba, un collar cervical de color piel le obligaba a tener la cabeza erguida.

La tercera silla de nuestra mesa la ocupaba un bastón de madera. Yo mismo lo había puesto ahí dos horas antes, cuando la ayudé a sentarse. Era la primera oportunidad que tenía de hablar con ella a solas. Durante las cuarenta y ocho horas que estuvo en el hospital, Carlucho y Dolores se alternaron para acompañarla día y noche. Y durante el horario de visita, la habitación se llenaba de miembros de la Asociación de Amigos de Cabo Blanco. Todos querían apoyar a una de las grandes benefactoras de la asociación en un momento difícil.

Ninguno de ellos sospechaba en lo más mínimo la historia que la mujer me acababa de contar. Ninguno podía imaginarse que Nina Lomeña era Fabiana Orquera. Ni que su verdadero nombre era Adelina Arteaga.

—Me dieron cinco minutos para coger mis cosas. Cuando salimos de la casa, me hicieron subir a un Peugeot 504 de color blanco. Dentro estaba reluciente y olía a nuevo, no me voy a olvidar nunca en mi vida.

—¿Y te llevaron de Las Maras directamente a Fitz Roy? —quise saber.

—Creo que no. Bueno, en realidad no lo sé. Al subirme al coche, me ataron las manos detrás del asiento del acompañante y me vendaron los ojos. Cuando me quitaron la venda estaba donde se juntan la carretera de ripio y el asfalto. Sólo estábamos el grandote y yo en el coche.

—¿Pero el otro no se había subido con ustedes en Las Maras?

—Sí, pero a los quince o veinte minutos, más o menos, se bajó. No pude ver dónde, pero por lo que averigüé después...

—...era el faro de Cabo Blanco.

—El faro —repitió ella, asintiendo.

Nina había llegado a la misma conclusión que yo. El encapuchado que hablaba era el Tano Pintaldi, único farero en Cabo Blanco ese día y mano derecha del candidato Ceferino Belcastro.

—En el asfalto giramos a la derecha e hicimos los cien kilómetros a Fitz Roy sin que el grandote dijera una sola palabra. Se dejó puesto el pasamontañas todo el tiempo. Cada vez que nos cruzábamos un coche, el tipo bajaba el parasol y se llevaba la mano a la boca, para disimular que iba encapuchado.

—¿Y al llegar a Fitz Roy? ¿Tampoco se descubrió la cara?

Nina negó con la cabeza.

—Me dejó a unos quinientos metros de la primera casa del pueblo. Apenas cerré la puerta, aceleró dejándome atrás. Me acuerdo que intenté mirar el número de matrícula del coche, pero no tenía.

—¿Y qué hiciste al quedarte sola?

—Esperé un par de horas en la estación de servicio de Fitz Roy hasta que llegó un autobús que iba a Comodoro. Dos días más tarde estaba en Buenos Aires. Llegué un mediodía y esa misma noche crucé el río para volver a Montevideo.

Con la mano izquierda, Nina se terminó su café con leche.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo tenía tantas preguntas para hacerle que no sabía por cuál empezar. Cuando estaba a punto de decidirme, Nina se movió un poco en la silla y me pareció notar que inspiraba fuerte antes de hablar.

—A la semana de estar en Uruguay, encontré un trabajo limpiando en una peluquería. Unos días más tarde supe que esperaba un hijo de Raúl Báez.

63 — FABIANA Y EL FANTASMA DE FABIANA

—¿Un hijo de Raúl Báez? —pregunté, bajando la voz.

Nina asintió con la cabeza todo lo que el collar cervical le permitía.

—Y... ¿qué pasó con ese bebé?

—Un milagro —contestó sonriendo.

En ese momento llegó el mozo con un café con leche que me acababa de pedir. Le dije que me lo cambiara por un Baileys.

—De a poco me fui haciendo amiga de las peluqueras. Para cuando tenía la barriga a punto de explotar, una de ellas me había enseñado lo suficiente como para tener mi primer cliente.

No entendí qué tenía que ver aquello con lo que yo le había preguntado.

—Mi primer corte oficial se lo hice al capitán de un barco mercante español que había parado a descargar en Montevideo. El pelo le quedó fatal, pero entre mis nervios y la barriga que no me permitía acercarme bien a él, nos reímos un montón.

Nina me ofreció una sonrisa cargada de nostalgia antes de tomar un poco del agua con gas que le habían servido con el café.

—Al poco tiempo tuve a Gerardo, mi niño. Por mucho tiempo, no pasó un solo día desde que me fui de Deseado que no pensara en Raúl. En cuáles habían sido las cosas tan terribles que, según esos cabrones, él había hecho. En por qué la vida me daba un hijo suyo.

Miré alrededor. Un grupo de sesentonas daban pequeños sorbos a sus tés. Dos hombres de mi edad pero con ropa mucho más cara que la mía parecían planear un negocio. Un señor gordo y de bigote rubio leía el diario, y uno con cara de preocupado trabajaba en su computadora portátil. Ninguno de ellos podía ni empezar a imaginarse lo que estaba pasando en mi mesa.

—Gerardo tendría un año cuando Javier volvió a la peluquería. A pesar del desastre que le había hecho la primera vez, pidió que fuera yo quien le cortara. Dijo que había valido la pena.

—Todo un galán.

Nina asintió.

—Mientras le cortaba el pelo, me preguntó por el niño. Y después, sin rodeos, por el padre. Le dije que había muerto. Luego debemos haber hablado de muchas cosas, no me acuerdo. Lo cierto es que, para cuando terminé y se levantó de la silla, me invitó a cenar.

El mozo llegó con mi Baileys y se lo quité de las manos sin darle tiempo a apoyarlo en la mesa.

—Pero dije que no, porque Gerardo ya pasaba durante el día demasiadas horas sin su madre como para dejarlo también a la noche. Me respondió con una sonrisa y me dijo “pues vamos los tres entonces”. El día que se cumplió un año de esa cena, Javier y yo nos casamos en Málaga.

—¿Y Gerardo sabe que Javier no es su verdadero padre?

—Gerardo sabe lo que tiene que saber. Sabe que su padre es Javier Lomeña. El hombre que le enseñó a contar hasta diez, a escribir su nombre y a montar en bicicleta. Javier fue el mejor papá que Gerardo pudo tener.

Pegué un trago al Baileys y me eché hacia atrás en mi silla, observando a la mismísima Fabiana Orquera. Habiéndola imaginado entrerriana primero y sabiéndola uruguaya después, me resultaba difícil asociarla al fuerte acento español que le habían dado los casi treinta años al otro lado del charco.

—¿Y cómo te enteraste de la verdad? —quise saber—. De que Báez no había muerto aquel día en Las Maras.

—Fue hace unos cinco años. Un día Gerardo me vino a visitar a casa y me mostró un blog donde elogiaban la actuación de su banda de rock en un bar de Barcelona. Estaba contentísimo porque había encontrado la página de casualidad, buscando su propio nombre en el Google.

Nina hizo una pausa para pedirle al mozo más agua con gas.

—Aquella noche, como siempre, me conecté a Internet para mirar el correo. Y luego, a modo de juego, puse mi nombre en Google. Desilusionada, comprobé que no parecía haber ningún rastro de mí en la red. Entonces, no sé muy bien por qué, probé con Fabiana Orquera. Entre otras cosas, encontré una noticia de un diario que se llamaba Crónicas de Santa Cruz, o Reportes de Santa Cruz o algo así. La noticia se titulaba...

—“El fantasma de Fabiana Orquera” —me adelanté.

—¿Tú también la leíste?

Asentí, recordando el artículo donde relacionaban el fracaso político de Báez elección tras elección con la desaparición de la mujer que tenía ahora enfrente.

—Fue una de las peores noches de mi vida. Peor aún que cualquiera de las que pasé en la cárcel. ¡Raúl Báez estaba vivo! Después de veinticinco años, casi sin querer, mi hijo me hizo descubrir que su padre biológico no había muerto aquella tarde como yo pensaba.

—¿Qué sentiste?

Nina se dudó por un instante.

—Me sentí engañada. Me pasé toda la noche repasando minuto a minuto aquel día en Las Maras. Levantarme, estar con él, preparar el almuerzo. Me pregunté mil veces cómo podía ser que Raúl estuviera vivo si yo misma lo había visto inmóvil con una cuchillada en el pecho.

—Supongo que con el tiempo te habrás enterado de que en realidad no tenía ni un rasguño y que la sangre era de cordero.

—Por supuesto que me enteré. Pero todo eso lo supe mucho después. Aquella noche, tras leer ese

artículo, lo primero que hice fue intentar averiguar si Raúl seguía vivo. Fue un golpe durísimo encontrar otra noticia que describía cómo había muerto. Me imagino que tú sabrás lo que pasó.

Asentí sin decir palabra. Báez, desahuciado y convertido en un vagabundo, se había ahorcado en la despensa de la casa de Las Maras el día que se cumplían quince años de la desaparición de Fabiana Orquera. Un ejemplo claro de cómo la vida se puede ir a la mierda en un abrir y cerrar de ojos.

Me terminé el Baileys de un trago y pedí otro.

—Esa noche no sólo me enteré de que el padre de mi hijo no había muerto veinticinco años atrás como yo pensaba, y como esos hombres encapuchados me habían hecho creer. Me enteré también de que aquel día en Las Maras, la vida de ese hombre, cuya cara había visto durante veinticinco años reflejada en la de mi hijo, se había arruinado tanto como la mía.

Nina tenía la mirada ausente.

—A partir de entonces, sólo pude pensar en averiguar qué había pasado aquella mañana en la estancia —dijo, levantándose de la silla.

Apoyada en su bastón, se fue lentamente hacia el baño.

64 — VEINTISÉIS AÑOS DESPUÉS

Aunque era casi imposible, intenté ponerme en su lugar. Pensé en lo que habría significado descubrir que, durante catorce años, padre e hijo habían vivido sin saber el uno de la existencia del otro. Y en lo duro que habría sido enterarse de cómo Báez había pasado sus últimos días e imaginar el sufrimiento que lo había llevado a ahorcarse en la fecha y el lugar en que lo hizo.

—Espero que realmente sea sólo por un par de semanas, como dijo el médico —comentó Nina al volver, apoyando de mala gana el bastón en la silla vacía—. Parezco una anciana andando con esto. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En que cuando te enteraste de que la muerte de Báez había sido falsa, te obsesionaste con saber la verdad.

—Obsesión, exactamente. Esa es la palabra. Tanta que no paré hasta comprarme un vuelo Madrid-Buenos Aires. En 2009, hace cuatro años, volví a Puerto Deseado después de veintiséis años.

—¿Nunca antes habías pensado en volver?

—Ni a Deseado ni a Montevideo —respondió ella inmediatamente—. Todos los recuerdos que tenía de este lado del charco eran una mierda. En España, por el contrario, la vida me había sonreído desde el principio. Gerardo creció junto a un padre maravilloso, que además fue un excelente compañero, y cumplí el sueño de llevar una vida normal. Además me enamoré de España, de su gente, del sol de Andalucía. Sentí que había encontrado mi lugar en el mundo. Ya lo ves, si hasta hablo como ellos.

—Pero después de enterarte de lo de Raúl, decidiste volver a Argentina.

—Fue la necesidad de saber la verdad. Leer, preguntar, escuchar. Vine por tres semanas y me la pasé días enteros en la biblioteca leyendo el archivo del diario El Orden. Hasta conseguí una copia de la declaración de Raúl en el juicio.

—¿Y nadie te reconoció en todo el tiempo que pasaste en el pueblo?

—Viví en Deseado apenas un año. Y me hice famosa justamente cuando ya no estaba. La mayoría de la gente sólo me había visto en la foto con la que hicieron los carteles pidiendo información sobre mí. Conocían a la Fabiana Orquera de veintitrés años, que no llegaba a pesar cincuenta kilos y tenía pelo largo y castaño. Era imposible asociarla con la cincuentona española de pelo corto y teñido de negro para tapar las canas.

Tenía razón, pensé. Ni siquiera yo había podido relacionar la foto en el diario con la mujer que tenía enfrente. Y eso que, por diferentes motivos, había mirado a ambas con detenimiento en los últimos días.

—Por supuesto que, para asegurarme evité cualquier encuentro con Edith, la señora con quien viví mientras estuve en Deseado.

—Y fue en esa primera visita cuando se te ocurrió inventarte a NN y sus cartas —adiviné.

Nina negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor al girar el cuello entablillado.

—Eso vino después —dijo.

65 — A FUEGO LENTO

—Cuando volví a España después de aquel primer viaje, intenté superar el golpe. Quise convencerme de que podía volver a ser feliz, como lo había logrado ser mientras creí que Báez había muerto en el ochenta y tres. Pero fue inútil, descubrir algo así te cambia.

—Me imagino.

—Lo dudo mucho. No creo que entiendas lo que sentí al enterarme de que el padre de mi hijo se había ahorcado en Las Maras exactamente quince años después de mi desaparición.

—¿Te estás culpando de lo que pasó?

—Por supuesto que no. Al menos en una gran parte, yo no tuve nada que ver. Es cierto que me metí, sabiéndolo, con un hombre casado y padre de familia. Y también es cierto que mi pasado facilitó las cosas a los hijos de puta que causaron todo esto.

—¿Cuándo te enteraste de quiénes eran los encapuchados y por qué hicieron lo que hicieron?

—Durante aquella primera visita. Eso fue lo más fácil de todo. Sabiendo cómo le había afectado mi desaparición a la carrera política de Báez, me bastó con enterarme de que Pintaldi, la mano derecha de Ceferino Belcastro, tenía un colmillo partido. Recuerdo esa dentadura horrible asomando por el agujero del pasamontañas como si el día en que me forzaron a irme hubiese sido ayer.

Yo había llegado a la misma conclusión, a excepción de que creí que Pintaldi había *matado* a Fabiana Orquera por orden de Belcastro.

—¿Y por qué decidiste vengarte de esta manera?

Nina soltó una risa cansada y negó con la cabeza.

—¿Vengarme? No has entendido nada. A estas alturas la venganza ya no vale la pena —dijo Nina señalando a su alrededor—. Belcastro y Gómez llevan años muertos.

—¿Gómez?

—Danilo Gómez. El grandote que no hablaba. El que me llevó a Fitz Roy en el Peugeot. Murió en un accidente de tráfico en los noventa.

—Pero Pintaldi sigue vivo —dije.

—A Pintaldi le quedan dos telediarios. Ya has visto cómo está. Llegué demasiado tarde para la venganza.

—Y entonces, ¿para qué lo hiciste?

—Pues para que todo el mundo supiera la verdad. Para disipar todas las dudas de que Báez tuvo algo que ver con mi desaparición.

—Pero... ¿por qué no saliste en la radio o en la televisión explicándolo todo? De esa manera también habrías podido reivindicar al padre de tu hijo.

—Estuve a punto de hacerlo. Mil veces. Y las mil veces me arrepentí. Fui incapaz de superar la cobardía.

—¿Miedo a qué tenías, se puede saber? Si sabías que los que te amenazaron estaban todos muertos, o casi.

Noté que su mano izquierda estaba cerrada en un puño. De tanto apretar, los nudillos se le habían puesto blancos.

—No tiene nada que ver con ellos. Es otro tipo de miedo. Imagínate que te has pasado treinta años de tu vida intentando ocultar tu pasado. Treinta años queriendo arrancarle un pedazo a tu propia historia. Y treinta años viendo como ella se resiste y contraataca. Te bombardea con nombres, recuerdos, olores. Con cicatrices cuando te miras al espejo. Con gestos de tu hijo.

Nina hizo una pausa y abrió lentamente la mano para agarrar el vaso de agua y beber un trago.

—Tuve pavor de que Gerardo supiera lo que le oculté toda su vida. Terror de que, después de haberle mentido durante treinta años sobre su padre y el pasado de su madre, se enterara de la verdad. Temí perder lo más bonito que tuve nunca en esta vida, ¿entiendes? Por eso no podía ser yo quien contara la historia de Fabiana Orquera.

—Y entonces te inventaste una historia falsa a través de las cartas póstumas de NN.

—No del todo falsa. Belcastro y su gente mataron aquel día a Fabiana Orquera cuando me obligaron a subirme al bus en Fitz Roy.

—Pero en las cartas de NN prometías la ubicación del cuerpo de Fabiana.

Nina se encogió de hombros.

—Supongo que esa es la parte del enigma que jamás ibas a poder descifrar.

66 — ¿POR QUÉ A MÍ?

A medida que el sol se ponía al otro lado de la ría, yo iba entendiendo un poco más a la mujer que tenía sentada enfrente. Ante la necesidad de hacer pública toda la verdad, Adelina Arteaga se había sentido acorralada. Y, una vez más, había hecho lo que llevaba haciendo toda su vida. Encontrar una salida.

De a poco me la empezaba a imaginar escribiendo cartas y firmándolas como NN. Me la figuraba en la Cabaña, limando la moneda de la salina para sellar el lacre y sonriendo al retroceder las páginas del libro de visitas de Las Maras y encontrar un hueco casi en el margen donde meter una nota de letra pequeña y comprimida. De golpe, tenía sentido que una española tomara tanto mate y se hubiera pasado dos veranos ayudando en Cabo Blanco. Y que hubiera una huella digital reciente en la carta de NN.

—¿No fue casualidad que haya sido yo quien encontró la primera carta, no? —quise saber.

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué me elegiste a mí para este juego?

—Porque nadie hubiera sido más indicado que tú para esto. Estás sentimentalmente involucrado con Las Maras y no tienes miedo a publicar una buena historia aunque eso te ponga a medio pueblo en contra.

—Además de buenas, me gusta que las historias que escribo sean *verdaderas*.

—Pues la que yo te di tiene más de verdad que de mentira —dijo Nina subiendo la voz.

El hombre calvo que trabajaba en su computadora portátil a dos mesas de la nuestra se giró al oírla, pero volvió a lo suyo cuando Nina retomó el tono bajo y calmado.

—A Fabiana Orquera no la hizo desaparecer Báez como cree medio Deseado. Fue la gente de Belcastro para ganar una elección. No les importó arruinarle la vida a dos personas para quedarse con el poder del pueblo.

—¿Me vas a decir ahora que mentiste sólo en los detalles?

—Por supuesto que sólo fue en los detalles. Belcastro nunca habrá escrito esas cartas dejando pistas, ni puesto el mensaje en el microfilm, pero ese hijo de puta hizo desaparecer a Fabiana Orquera por ambición política. Ese era el mensaje que yo quería transmitir.

—El mensaje que quisiste que *yo* transmitiera, querrás decir.

—Nahuel, entiendo que no quieras aceptar mis razones para no dar la cara. Pero créeme que inventarme la confesión póstuma de NN fue la manera más inofensiva que encontré de que se supiera la verdad. Piensa que si hubiera salido bien, no habría habido perjudicados.

—¿Te parece que no hay perjudicados? —dije, derramando un poco de Baileys al apoyar de golpe el vaso sobre la mesa—. ¿Y mi perro, por ejemplo? ¿O haberlo matado también te parece

simplemente un detalle?

Antes de volver a hablar, agachó la vista y revolvió mecánicamente su café con leche.

—Yo no maté a tu perro.

—¿Cómo que no? ¿Entonces quién me escribió esa nota amenazándome para que dejara de investigar el caso de Fabiana Orquera?

—La nota la escribí yo. Pero no envenené a Bongo. No tuve absolutamente nada que ver con eso.

—No entiendo.

—Me aproveché —dijo finalmente, sin levantar la mirada—. Cuando me avisaste que Bongo había muerto y me pediste que postergáramos la vuelta a Las Maras, vi una oportunidad única para involucrarte personalmente en el asunto. Entonces se me ocurrió escribir la nota para que creyeras que lo habían envenenado porque investigabas el caso de Fabiana Orquera.

—Me dijiste que adorabas a los perros.

—Claro que los adoro. Y no le hice nada a Bongo. Habría sido incapaz.

—¿Cómo te pudiste aprovechar de algo así?

Nina miró por la ventana. Se estaba haciendo de noche y los barcos amarrados en el puerto ahora brillaban iluminados por potentes luces eléctricas. Se giró hacia mí y me miró con un gesto de dolor que parecía genuino.

—He venido del otro lado del mundo para hacer esto, Nahuel. Estaba decidida a usar todos los medios posibles para limpiar la memoria de Raúl, y el asesinato de tu mascota como mensaje mafioso encajaba perfectamente con el perfil de matón de Pintaldi. Además, estaba convencida de que una amenaza así, lejos de espantarte del caso, te acercaría más a él. Sabía que no pararías. Que eres el tipo de persona a quien las amenazas no detienen, sino empujan.

—¿Cómo podés decir eso, si apenas me conocés?

—Nahuel, hace más de tres años que vengo planeando esto. El año pasado, cuando me enteré de quién eras, empecé a averiguar sobre ti. He leído todas tus columnas en El Orden, incluyendo aquellas en las que denuncias públicamente las amenazas que recibes. Amenazarte era la manera más segura de que publicaras la historia. Y no me equivoqué. Me lo confirmaste tú mismo con lo que me dijiste el día que murió tu perro.

—¿Y entonces quién lo mató?

Se giró con esfuerzo para alcanzar su cartera, colgada en el respaldo de la silla. Revolvió en el interior hasta sacar un papel doblado en cuatro.

—La noche en que murió Bongo, antes de deslizar mi nota por debajo de tu puerta, quité esto. Estaba clavado con chinchetas a la altura de la mirilla —dijo Nina, poniendo el papel sobre la mesa y empujándolo hacia mí.

Al desdoblarlo, reconocí la imagen de inmediato. Era una impresión a color de uno de los cuadros más reproducidos en el mundo. Siete perros de diferentes razas estaban sentados en sillas alrededor de una mesa de paño verde. Algunos fumaban y otros tomaban whisky. Todos tenían cartas en la mano, y en el centro había un montón desordenado de fichas de colores.

En una de las esquinas del papel había unas letras diminutas y pixeladas.

Reproducción. De la serie, "Perros jugando al póker". Original óleo, 1903, Cassius Marcellus Coolidge (Antwerp, New York, 1844 – New York City, New York, 1934).

—Perros jugando al póker —murmuré.

Seguro que se apostaban una plaza.

67 — EN LA DIRECCIÓN CONTRARIA

—Ya ves —dijo Nina tras un momento de silencio—. No le hice daño a nadie. Es más, si todo hubiera salido bien, tendrías una gran historia para publicar.

Meneé la cabeza de un lado a otro.

—Esto es de no creer. Si seguimos hablando te voy a terminar dando las gracias por haberme disparado con un rifle en la salina.

—Era obvio que no iba a lastimarte. Demasiado obvio quizás. Tanto que te pusiste a correr y mi plan se fue a tomar por culo.

—¿O sea que no te bastó con hacerme creer que habías matado a mi perro? Tenías que dispararme para asegurarte.

—Al día siguiente de la muerte de Bongo, cuando volvíamos de Deseado, me dijiste que el tema daba para un libro y que no escribirías nada en El Orden a menos que la cosa se pusiera más peligrosa. Yo me tenía que ir en poco tiempo, y no podía esperar a que terminaras tu libro. No podía exponerme a que por cualquier problema no llegaras a publicarlo y todo mi esfuerzo quedara en nada. Poniéndote en peligro, te obligaba a escribir una denuncia pública y empezar a hablar del caso. Tú mismo me lo dijiste aquel día.

—¿Cómo conseguiste el rifle de Carlucho?

Nina me miró extrañada, como si la pregunta fuera demasiado simple.

—Lo cogí del armario del garaje. Él mismo me dijo que siempre lo dejaba ahí. Las balas las compré en el pueblo.

Recordando lo que había pasado en la salina, metí la mano en el bolsillo y saqué el papel que Nina había dejado en mi parabrisas. Era una nota escrita con la misma letra mayúscula y desapareja que la amenaza después de la muerte de Bongo.

PUERTO DESEADO HACE TREINTA AÑOS QUE TIENE UN CULPABLE. LA LENGUA MORDAZ DEL PUEBLO NO PERDONA A NADIE, Y ES MÁS FUERTE QUE EL VEREDICTO DE CUALQUIER JUICIO ¿POR QUÉ NO LO DEJAMOS ASÍ?

—¿O sea que si todo salía bien, tu plan era devolver el rifle, volver a Deseado y reaparecer en Las Maras fingiendo no tener ni idea de lo que había pasado?

—Ese era el plan. No contaba con que salieras corriendo hacia mí cuando te empecé a disparar. En una situación así, la gente normal huye en la dirección contraria.

La gente normal sí, pensé. Pero los locos de mierda como yo después de dos palizas en un mismo día, no.

EPÍLOGO

Mientras veíamos aterrizar por la ventana el avión que se la llevaría a Buenos Aires, nos dijimos las últimas palabras con un café de por medio en el bar del aeropuerto de Comodoro.

—Una vez más, perdón —me dijo, sin levantar la vista de su taza.

Había pasado una semana desde nuestra larga charla en el bar de su hotel, cuando me confesó que había intentado usarme como un títere para limpiar la imagen de Báez sin ensuciar la suya.

—Supongo que hiciste lo que tenías que hacer.

—¿Y qué harás tú, Nahuel?

—¿A qué te referís?

—¿Qué vas a escribir sobre Fabiana Orquera?

Yo mismo llevaba una semana haciéndome esa pregunta.

—No lo sé todavía.

Sonó entonces un mensaje por la megafonía del pequeño edificio. Aerolíneas Argentinas anunciaba la salida de su vuelo con destino a la ciudad de Buenos Aires y rogaba a los pasajeros dirigirse a la única puerta de embarque del aeropuerto.

Ella insistió en pagar el café y yo en acompañarla a la cola del control de seguridad.

Media hora después del abrazo torpe con el que nos despedimos, el avión despegó llevándose de la Patagonia a Fabiana Orquera, a Adelina Arteaga y a Nina Lomeña. Cuando el Boeing 737 ya no era más que un punto en el cielo, me separé de la ventana y volví al bar.

Elegí la mesa en la que acabábamos de desayunar. Para cuando el mozo me trajo el café con leche, yo ya había escrito la primera página de esta historia. Después de todo, uno nunca sabe cuánto hilo le queda en el carretel.

Fue así como decidí contar dónde encontré a Fabiana Orquera.

FIN

¿Qué te pareció esta novela?

Si te gustó la historia, te agradecería un montón que me dejaras una opinión sincera en Amazon.

Si te quedaste con ganas de más misterio y aventura en la Patagonia, seguramente disfrutarás [El secreto sumergido](#) y [Cazador de farsantes](#), mis otras novelas.

Y lo más importante de todo, **te recomiendo que vayas a www.cristianperfumo.com y te suscribas a [mi lista de correo](#)**. La uso para enviar cuentos inéditos exclusivos y para regalar ejemplares firmados de vez en cuando. También aviso cuando publico algo nuevo (podés darte de baja cuando quieras). Para mí, esa lista es una forma fantástica de tener una conversación directa con mis lectores.

¡Estamos en contacto!

Cristian Perfumo

AGRADECIMIENTOS

Hubo muchísima gente que me ayudó a escribir este libro, y quiero agradecer a cada uno de ellos.

En primer lugar a Trini, mi compañera de viaje. Gracias por la paciencia infinita, el apoyo constante, los comentarios en rojo y por ser una fuente inagotable de buena onda. Sin ella, me hubiera costado el doble terminar el libro. O no lo hubiera terminado nunca, quién sabe. Prefiero no imaginar nada sin ella.

A toda la gente que me ayudó con cuestiones técnicas, compartiendo conmigo conocimientos de sus áreas de interés (las imprecisiones que puedan haber sobrevivido son culpa exclusivamente mía). A Rolando Martínez Peck por sus mates charlando sobre perros envenenados. A Hugo Giovannoni por su clase magistral sobre fusiles patagónicos. A Renzo Giovannoni, Grato Cocoz y César Vera por la información sobre los barrios de Deseado. A Fabiana López por contarme cómo vive un farero en Cabo Blanco. A Celeste Cortés por su paciencia ante mis preguntas sobre huellas digitales. A Marta “Tata” Segundo Yagüe, mi doctora favorita, por explicarme cuándo se cose una herida y cuándo no. Y a Vanesa Vera por el asesoramiento legal de último momento.

A Verónica Naves Manildo por diseñar la tapa de la novela, que me encanta. A Jorge Combina por las fotos espectaculares de Cabo Blanco que Vero usó en la portada y contraportada. Y a los dos por ayudarme sin pedir nada a cambio.

A todos los que leyeron el manuscrito y me dieron comentarios para mejorarlo: Gerardo Mora, Norberto Perfumo, Renzo Giovannoni, Javier Debarnot, Mónica García, Clelia Poaty Luque, Celeste Cortés, Dora Manildo López, Analía Vega Uceta, Julio Braslavsky, Sebastián Cárdenas, Stephen Logan (el irlandés que más español sabe en este mundo), Cecilia Mora, Ana Barreiro Diéguez, Mariana Perfumo, Rolando Martínez Peck, Marta Segundo Yagüe, Trini Yagüe, Nicolás Reyes, Fabiana López y María Serón.

A todos los lectores de *El secreto sumergido*, mi primera novela, por animarme a escribir otra. Y en particular a Mariano Rodríguez y Pablo Reyes por ser espectaculares embajadores de esa historia.

Y por último, a mi Puerto Deseado querido y todos los habitantes de ese rincón maravilloso del mundo.

Otra novela de Cristian Perfumo

Cazador de Farsantes



“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los brujos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y curanderos de Comodoro Rivadavia y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existen brujos que verdaderamente tienen poderes, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

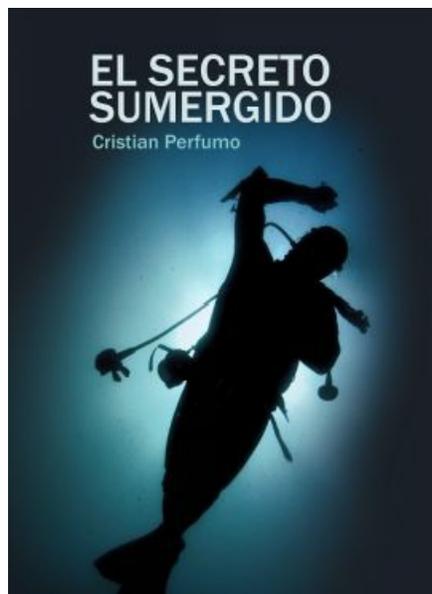
Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.

Disponible en [Amazon en este enlace](#).

www.cristianperfumo.com

Otra novela de Cristian Perfumo

El secreto sumergido



En plena Patagonia, un joven buzo aficionado oye por casualidad la historia de una corbeta británica que naufragó en 1770 no lejos de lo que hoy es su pueblo. Probablemente se trate de otro de los tantos rumores falsos que circulan por Puerto Deseado pero, por preguntar, él y sus amigos no pierden nada. ¿O sí? Tan pronto como obtienen algo de información, un asesinato transforma la inocente búsqueda en una competencia por reflotar, luego de más de dos siglos bajo el mar, un secreto capaz de cambiar la Historia. Pero, si quieren encontrarlo, deberán arriesgar sus vidas.

Disponible en Amazon.es usando [este enlace](#) y en Amazon.com usando [este otro](#).

www.cristianperfumo.com